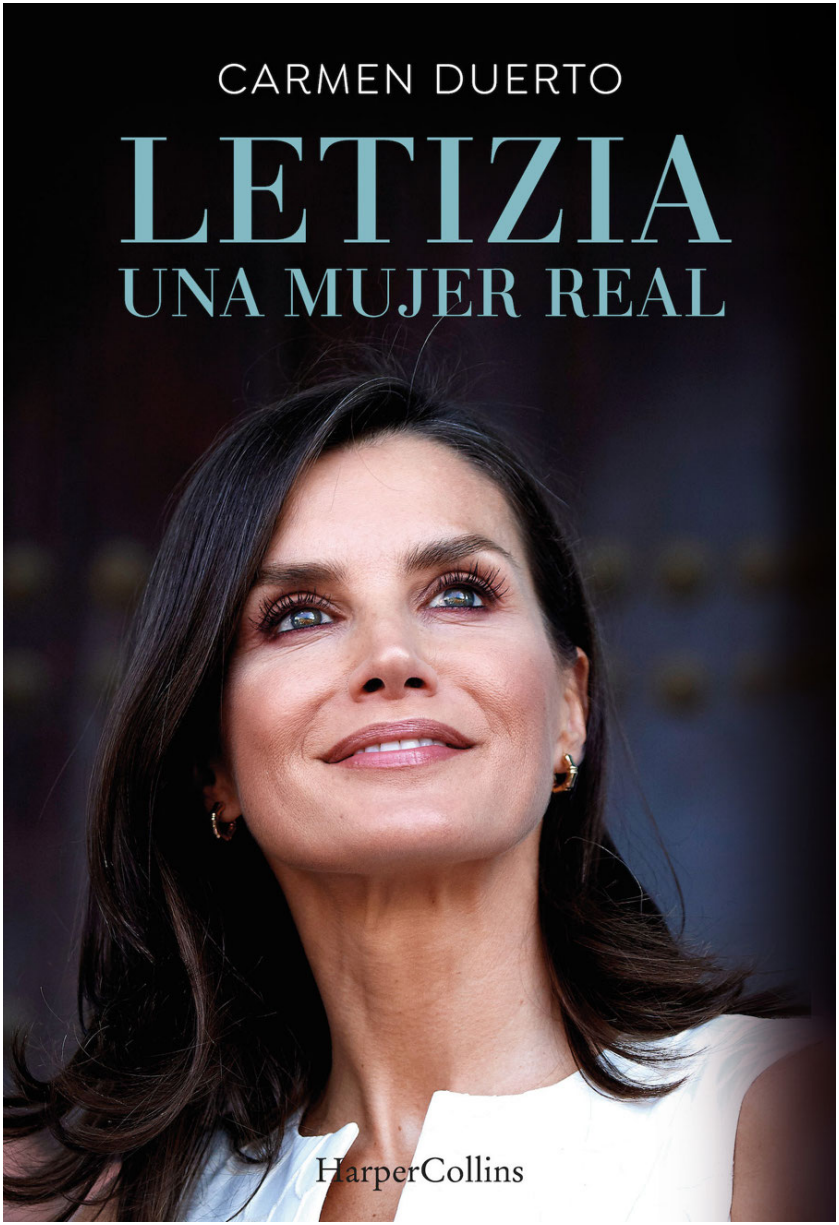
CARMEN DUERTO

LETIZIA

UNA MUJER REAL

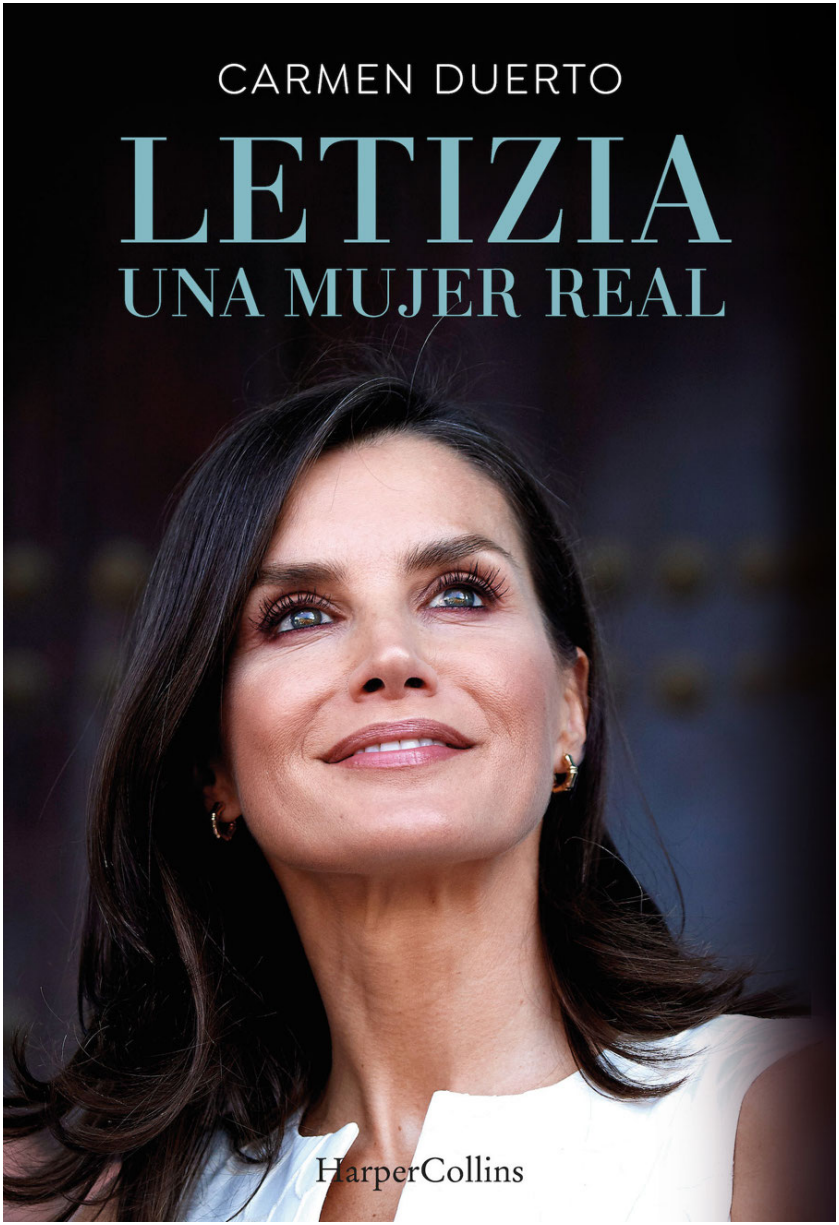


HarperCollins

CARMEN DUERTO

LETIZIA

UNA MUJER REAL



HarperCollins

CARMEN DUERTO

LETIZIA
UNA MUJER REAL

HarperCollins

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B – Planta 18

28036 Madrid

Letizia, una mujer Real

© 2022, Carmen Duerto

© 2022, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Diseño de cubierta: LookAtCia

Imagen de cubierta: Getty Images

Foto de solapa: facilitada por la autora

ISBN: 978-84-9139-839-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Dedicatoria

CAPÍTULO 1. UN COMUNICADO QUE LO CAMBIARÁ TODO

Letizia se instala en la Zarzuela

CAPÍTULO 2. NO NACE REINA

Por qué su nombre con zeta

La sociedad española en 1972

CAPÍTULO 3. UN NOVIAZGO BREVE Y SECRETO

Qué hace que la presentadora del telediario sea la escogida

CAPÍTULO 4. LA MÁQUINA DE PICAR CARNE SE ACTIVA

El amigo misterioso

CAPÍTULO 5. LA INTRAHISTORIA DE UNA BODA

Treinta y dos días de luna de miel

CAPÍTULO 6. UN ANTES Y UN DESPUÉS

La familia del rey

CAPÍTULO 7. LA ZARZUELA, UN PALACIO A ESCALA HUMANA

Marivent, la residencia de verano

Al palacio en autobús de línea

«Acaso esto son vacaciones»

CAPÍTULO 8. COSTUMBRES ADAPTADAS A LOS NUEVOS TIEMPOS

Más cambios en la monarquía

CAPÍTULO 9. UNA AGENDA CON POCOS DÍAS LIBRES

Batallas libradas

CAPÍTULO 10. UNA REINA QUE SE ESCRIBE SUS DISCURSOS

Cómo interactúa

Los viajes de cooperación

CAPÍTULO 11. SALUD Y ALIMENTACIÓN: DOS GRANDES OBSESIONES

La comida

Cocinando para reyes

CAPÍTULO 12. UN ARMARIO QUE HABLA POR SÍ SOLO

Recupera, recicla y póntelo: el mantra de la reina

Hay vida más allá de Felipe Varela

El traje de Pertegaz que la convierte en princesa

Los «letizios»

El equipo de estilismo

CAPÍTULO 13. UN REFERENTE DE ESTILO

Fotos y más fotos

Pocos complementos y joyas

Un anillo chapado en oro y no su alianza

CAPÍTULO 14. LETIZIA Y FELIPE, PADRES ADEMÁS DE REYES

Disciplina y cariño

El padre en el que se fijan la princesa y la infanta

Escolarización y planes familiares

La educación de Leonor y Sofía

Los Ortiz, protagonistas de una historia de la que ellos hablaban

CAPÍTULO 15. LEONOR SERÁ LA REINA QUE LA INFANTA ELENA NO PUDO SER

El precedente, su padre

Sus últimos cumpleaños confinada

Cómo afrontar los primeros novios

Este libro se lo dedico a Letizia. Reunir en estas páginas la transformación de su vida merece que nos sentemos en el jardín del palacio de la Zarzuela con unas sidrinas para que me lo explique de periodista a reina o de reina a periodista, aunque en este caso el orden de los sumandos sí altera el producto.

CAPÍTULO 1

UN COMUNICADO QUE LO CAMBIARÁ TODO

–Está claro que a partir de ahora y de forma progresiva voy a integrarme y a dedicarme a esta nueva vida, con las responsabilidades y obligaciones que conlleva y con el apoyo y cariño de los…

Y es entonces cuando su prometido quiere intervenir, pero su novia, con una mirada y una sonrisa, le dice por primera vez a un príncipe en público más o menos que se calle:

—Déjame terminar…

Murmullos, carcajadas y Letizia consigue acabar una frase que ya es historia:

—Con el cariño de los reyes y el ejemplo impagable de la reina.

El 2 de noviembre de 2003 España se levanta con la sorprendente noticia de que la presentadora del telediario de Televisión Española, Letizia Ortiz, es la prometida del príncipe Felipe. Es domingo y la joven no aparece por su piso en el número 40 de la calle Ladera de los Almendros en Valdebernardo, Vicálvaro, donde ha trascendido que vive la novia. En el séptimo piso nadie contesta al telefonillo y todo el barrio está conmocionado. La panadera, el del bar, el del quiosco de periódicos y, en especial, los vecinos.

Los vecinos la encuentran muy maja, pero la conocen poco, más de verla en la tele que en el ascensor. La casa real ha anunciado la boda para dentro de cuatro o cinco meses. Aún hay tiempo, piensa Letizia, que, además, tiene intención de seguir trabajando y viviendo en su piso, del que todavía le queda hipoteca por pagar.

Aunque puede salir a la calle en su coche desde el garaje, siempre hay una nube de compañeros periodistas tratando de captar imágenes o de recoger declaraciones. Se trata de complacer su deseo porque ama su libertad de movimientos y el periodismo. Quiere ir dejando ambos, trabajo y piso, poco a poco:

—Es deseable, y lo que vamos a intentar, es que de forma gradual yo me desvincule de Televisión Española, no inmediatamente.

Pero el equipo de seguridad del palacio de la Zarzuela, y en especial su novio, en el corto espacio de un fin de semana, que es cuando se anuncia el compromiso, se dan cuenta de que es imposible, y aunque ella afirma que como periodista sabe despistar a los suyos, se rinde.

Desde el lunes pos-Día de Difuntos Letizia está oficialmente de vacaciones. El viernes por la noche presenta el último telediario de su vida. Se acuesta siendo periodista y se levanta siendo la prometida del príncipe Felipe. Diez días más tarde acude a Televisión Española para firmar el fin de su contrato y despedirse de los que han sido sus compañeros.

La expectación por cualquier cosa relacionada con la novia es inmensa. Se produce un tsunami por conocerlo todo sobre ella y nadie está exento. La familia, las amigas del colegio, la peluquera, el estilista que le compra la ropa del telediario… Cualquiera es candidato a ser noticia por lo que pueda contar, porque Letizia Ortiz Rocasolano es presentadora, pero no mediática. Apenas se saben detalles sobre la novia. Y eso significa una guardia de cámaras permanentemente en todos los lugares que suenen a Letizia.

En esas condiciones, seguir viviendo como hasta ahora es imposible. El rumor es tan insistente el viernes que en el breve espacio de cuarenta y ocho horas la presentadora sacrifica su alma de reportera para emprender el camino de reina de España.

Tenían idea de hacerlo público entre finales de noviembre y principios de diciembre, pero algo se filtra y se precipita el comunicado.

—Hubiéramos necesitado más tiempo —admite el propio Felipe.

Con un par de maletas abandona su piso y pone rumbo a una urbanización cercana a la Zarzuela. En casa de unos buenos amigos de su novio parece que puede estar más tranquila. Confían en que la valla de seguridad en la entrada del recinto pueda aislarla. Poco dura el secreto, y su paradero se descubre en unos días. La vivienda del amigo tampoco parece segura. Definitivamente, lo mejor es ubicarla en el palacio de la Zarzuela, no en la casa del príncipe, que sería lo normal. Es la versión oficial que me dan y en aquellos días tan solo yo tengo acceso a una información cercana y puntual, que luego reproducen el resto de periodistas.

Se inclinan por buscarle acomodo en la residencia de los reyes, donde doña Sofía la acoge encantada. Es lo mejor para ir tomando contacto con la realidad de su nueva vida y, de paso, poder conocerse más, ya que el noviazgo ha sido muy corto. Así que, en noviembre de 2003, la prometida del príncipe se instala en la Zarzuela invitada por los reyes. Solo vuelve a su casa para recoger un par de cajas y despedirse, simbólicamente, de una vida que abandona para siempre. Letizia deja su pasado, su profesión, sus recuerdos, un piso recién amueblado y treinta y un años vividos a su aire.

Sofía y Letizia parecen encajar divinamente. La reina se da cuenta del bien que el carácter y la cultura de la prometida le aportarán a su hijo para la nueva monarquía que se avecina, donde la plebeyización es una realidad. Y no es un fenómeno aislado en España, para nada. En el resto de Europa y de Asia todos los herederos han tomado el mismo rumbo: abrir los palacios a los plebeyos. Unos con mejores resultados —Noruega, Países Bajos o Suecia— que otros —Japón, donde su actual emperatriz, una diplomática de carrera, lleva sumida en una depresión desde que llegó al palacio imperial, o Inglaterra, donde Lady Di estuvo a punto de hacer saltar por los aires los viejos muros de Windsor—.

LETIZIA SE INSTALA EN LA ZARZUELA

Tras los gruesos muros de granito del antiguo palacete de caza del rey Felipe IV amanece Letizia sobre las siete y media u ocho de la mañana. No le cuesta saltar de la cama. Hay mucho que hacer, como dice su prometido:

—Trabajo no le va a faltar.

Tiene que aprender cómo funciona el palacio, quién es quién, dónde se ubica todo, las normas, y lo más importante, preparar una boda de Estado en tan solo seis meses. Es verdad que la prometida ya ha vivido la experiencia de casarse, pero el enlace con Alonso Guerrero —que fue más bien una reunión de amigos y un papeleo civil— no es una referencia para la que se avecina, y gracias a que solo fue civil, la Iglesia no pone impedimentos para el matrimonio. Es algo que consultaron. Según el derecho canónico en su número 1.055, al que complementa el 1.071, para la Iglesia católica Letizia es soltera. El matrimonio civil entre dos bautizados es inexistente y no contribuye un impedimento para la boda por la Iglesia. La palabra divorciada es un término exclusivo del derecho civil.

Con la tranquilidad de saber que no hay obstáculos, se levanta como un resorte. En la Zarzuela se duerme fenomenal, no hay ruido del vecino tirando de la cadena del aseo, ni perros correteando por el parqué, ni el camión de la basura recogiendo cubos. En su habitación solo entran los sonidos de la naturaleza, vive en lo alto de un monte y todo lo que la rodea es arboleda, pajarillos, ciervos y gamos.

Con la ilusión de su nueva vida, se pone la bata y lo primero que hace mientras desayuna copiosamente —me dicen que come como una lima, es de genética delgada, igual que sus hermanas— es leer el resumen que el equipo de comunicación del palacio elabora a diario cada mañana. También recibe y ojea la prensa, nacional e internacional, escucha la radio e incluso ve las noticias. En especial le gusta dar una vuelta por el Canal 24 horas de televisión, la CNN y la BBC, que la ayudan con su inglés.

El desayuno se lo sirven en la salita anexa al dormitorio que ocupa en el ala derecha de la zona privada del palacio. Prefiere lo salado a lo dulce. Con unas tostadas empapadas en aceite de oliva virgen extra y unas lonchas de jamón por encima es feliz. Y aunque le gusta el café con leche, prefiere las infusiones. Su favorita es el poleo —en la tele no era raro verla con una taza en la mano— y si puede, por tiempo y ganas, termina con una ensalada de frutas o un buen zumo natural de naranja. La fruta le encanta. Y cuidar su alimentación también.

Sus amigos coinciden en que no le gusta beber alcohol, aunque en ocasiones acepta un vaso de buen tinto o un gin-tonic. Su novio tiene fama de ser un experto en prepararlos en copa de balón, en la que alguna vez incluye un trozo de manzana.

Se asea, se aplica la crema hidratante, un poco de colorete en las mejillas y brillo en los labios. Y así, con un maquillaje muy natural, se dispone a empezar la jornada. No sin antes darse olor con unas gotas de Allure de Chanel o Thé Vert de Bvlgari, aunque también le encanta Cool Water de Davidoff.

Suele escoger para estar por palacio un atuendo sencillo y cómodo, prefiere los colores pastel y el azul. El pelo le resulta más cómodo recogido en una coleta y se calza los zapatos. Siempre ha llevado tacón, en la vida se la ve desaliñada. Entre informarse y el desayuno, que toma sola, se le va fácilmente una hora.

Después de leer la prensa recibe al profesor de inglés. Un docente prestigioso que ha preparado a unas cuantas generaciones de diplomáticos españoles. Con él perfecciona su vocabulario y pronunciación «porque necesita un nivel altísimo». Suelen practicar dos o tres veces a la semana y el profesor le pone montañas de deberes que ella cumple a rajatabla.

La salita, que no tiene chimenea y da a la piscina y a los jardines interiores, es acogedora. Está pintada en tonos ocres y allí pasa muchas horas en este tiempo de aprendizaje y adaptación a su nueva vida. Cuenta con una amplia mesa con ordenador, varias estanterías y un televisor.

Lo primero que hace es trasladar sus libros, la ropa, las cartas, los

marcos con fotos y sus discos con su música favorita: Dire Straits, Pretenders, Coldplay, Billy Joel, Robbie Williams —le encanta la banda sonora de Moulin Rouge—, Supertramp, Pink Floyd, Celia Cruz, Víctor Jara, Joaquín Sabina y los clásicos con Wagner y el Réquiem de Mozart, «con el que se le saltan las lágrimas». Son sus imprescindibles para crear un ambiente familiar, y qué mejor que rodeada de sus cosas. Y añade un detalle entrañable a esos objetos con los que se traslada al palacio: unos cojines de colores que tenía en el sofá de su piso.

En la Zarzuela se siente como en su propia casa. La reina la trata como a una hija. Le dejan su espacio para que se encuentre a gusto, pero tiene tanto trajín que tampoco le da tiempo a echar de menos nada. Además, mantiene un par de costumbres nocturnas fijas. Todos los días habla por teléfono con su madre y su sobrina Carla. A Letizia le gusta que la niña le cante una canción o le haga dibujos. Esas llamadas no son rutinarias, son necesarias para continuar conectada con una realidad que poco a poco siente que se aleja.

Como no tiene agenda oficial ni personal asignado a su servicio, ella misma atiende el teléfono por la línea que le han instalado con su propio número. Una de las tareas que más tiempo le ocupa es contestar el ingente correo electrónico que se le acumula. Y aunque la cuenta que tenía con Yahoo quedó desactivada coincidiendo con su nueva vida, en la de ahora es incesante la marea de felicitaciones, igual que las sacas de correo postal que le dejan todos los días. Para responder dispone de unos tarjetones blancos alargados con su nombre y apellidos grabados en relieve. Después de la boda, en ellos se colocará el escudo real y el título de princesa de Asturias.

Y precisamente son los preparativos del enlace los que la tienen más ocupada con reuniones constantes para decidir todo tipo de detalles: si la vajilla será la verde, la del filo dorado o la de Santa Clara. Para elegir la música, gracias a Dios, cuenta con la inestimable ayuda de la reina como gran melómana que es. También para revisar las listas larguísimas de invitados; habrá cientos de personas, desde compromisos institucionales hasta miembros de la realeza, que al fin y al cabo son familia, porque los

Borbones están emparentados con casi todas las casas reinantes y no reinantes. Además, hay que invitar a representantes de todos los ámbitos de la sociedad y amigos. Al mismo tiempo sigue muy de cerca —y eso es más por devoción— los pormenores de la retransmisión de su boda por Televisión Española. Quiere conocer los tiros de cámara, los medios técnicos, los detalles de la operativa, los realizadores y periodistas que lo cubrirán y lo que no desea que se muestre. Quiere saber todo sobre la seguridad, las invitaciones o el circuito por Madrid.

Son jornadas diversas y novedosas porque a los preparativos nupciales se le une su afán por entender el día a día del palacio y no es raro verla por los pasillos y estancias con su libreta, apuntando los pormenores de todos los departamentos que dan servicio a la Corona. Pregunta muchísimo sobre protocolo, seguridad, comunicación o cómo enfrentarse a diferentes situaciones. Sus dudas se las resuelven en cada departamento, pero hay otras en las que su novio y su suegra son sus oráculos más efectivos. No le hacen falta clases de Historia ni de protocolo, ella lee mucho y se documenta.

Esos meses de preboda en la Zarzuela son muy interesantes para la pareja porque les permiten pasar tiempo juntos de forma relajada, ya sin la presión de ser descubiertos. Unas veces almuerzan solos y otras con los reyes. A las dos si es comida y sobre las nueve si optan por cenar con los reyes. La encargada de escoger el menú siempre es doña Sofía, como jefa de la casa. Lo decide el mismo día por la mañana o la tarde anterior según el cuaderno de menús que le presentan, y siempre teniendo en cuenta que a Letizia no le hace gracia el cordero. Sin embargo, no pone reparos al pescado, a la verdura o a las legumbres, como las lentejas, que adora su suegro y que tan bien preparan en las cocinas de palacio. Por supuesto también la carne, aunque su consumo se irá reduciendo con el tiempo. Letizia prueba de todo, es de las que al llegar a un país pregunta qué se come en él. Es capaz de comer hormigas fritas si es la costumbre del lugar. Está con permanentes ganas de aprender y se deja aconsejar.

Las sobremesas en palacio son de lo más divertidas porque los cuatro, más la princesa Irene que vive en la Zarzuela, son personas

muy informadas. Todos conocen hasta los chistes que se cuentan sobre ellos —en esos días el último es: «¿Sabes de qué equipo dicen que soy aficionado? De la Leti»—.

Excepto Letizia e Irene, el resto tiene agenda oficial, así que se van a sus asuntos y ella aprovecha para darse una vuelta por el barrio de Chueca o visitar el taller de algún diseñador para hacerse con un buen fondo de armario. Tiene que encontrar su estilo. Recibe muchas propuestas de diseñadores y de momento «va probando».

Si decide quedarse en palacio, una opción para relajarse es acercarse a la piscina para nadar un rato. En esa época aún no se ha iniciado en el yoga. Antes nunca había ido al gimnasio, un espacio inédito para ella y del que hoy es forofa. Su conexión con el deporte hasta entonces se había limitado a ir de vez en cuando a la piscina municipal que quedaba cerca de su casa. Ahora que entra en una familia deportista, comienza a aficionarse por esas ganas de aprender y verse bien.

La vela no le entusiasma, y eso que es consciente de que sus suegros, tanto el rey Juan Carlos —Múnich, 1972— como la reina Sofía —Roma, 1960— han participado en las Olimpiadas en los equipos de vela; sus cuñadas han navegado toda la vida y a los sobrinos de su novio se les apunta a la escuela de vela de Mallorca desde que aprenden a andar. Es una familia que tiene la náutica en su genética. Ella lo sabe y, aunque lo intenta, no consigue descubrir ese gusto por el mar que le encuentran los Borbones. Y parece que tanto Leonor como Sofía saldrán a su madre. A pesar de que practicarán la vela en los dos años que acuden al campamento de verano en Estados Unidos, por sus venas no corre el amor por la navegación. En deportes son más Ortiz que Borbón y eso que el rey tratará de influirles llevándolas a conocer las tripas de su barco de competición.

—Si les gusta o no —me reconoce—, ya se verá con el tiempo, pero no se puede forzar.

Tampoco tiene puntería porque nunca ha ido de caza ni ha tirado al plato. Ocasionalmente acompaña a Felipe en alguna montería, pero más por la parte social que implica. Desde luego Letizia no disfruta «matando patos, osos o ciervos». Eso sí, recibe alguna escopeta de

regalo de bodas.

Del esquí, sin embargo, «vuelve entusiasmada». Habrá esquiado dos o tres veces en su vida y fue con el colegio. En Baqueira Beret la familia real tiene un par de casas a pie de pista que han utilizado muchísimo, pero cada vez es más raro verlos por allí. En los dieciocho años que lleva en la familia, han ido también a estaciones extranjeras, pero tampoco es algo que haya enganchado a la actual reina. Con gimnasio y piscina de verano y de invierno en casa es más fácil hacer deporte e incluso excursiones por el monte de El Pardo. Prefiere un ejercicio físico que le permita sentirse bien y tonifique su musculatura para conseguir un cuerpo lo más perfecto posible. En muchas fotos se puede ver el ensayo de musculatura que es su cuerpo, cuando da la mano y se tensan sus fibras o cuando en un acto solidario de la Cruz Roja, en primavera de 2022, aprovecha para hacer públicos sus abdominales con un vestido que los deja al aire.

Letizia es más de leer y de fomentar la cultura en el tiempo libre que de practicar deporte. Zumba, spinning y yoga son actividades más de su gusto que subir y bajar velas en un campo de regatas o deslizarse por la nieve. Prefiere un ejercicio que complemente su vida sana más que el de competir.

Si su prometido está de viaje o en un acto oficial, aprovecha para quedar a comer con amigos o ir de compras. En esos casos avisa de su salida y seguridad le monta el operativo correspondiente para el desplazamiento, con el consiguiente chequeo a la lista de personas con las que se verá en esos encuentros fuera del recinto de la Zarzuela. No vive secuestrada en palacio, ella entra y sale sin problemas, eso sí, con una escolta discreta.

Sigue quedando con sus amistades, ya con libertad para hablar porque no tiene que ocultarles quién es su chico, e incluso en algunas de esas citas para ir al cine o a cenar también le acompaña Felipe que, como es lógico, cae fenomenal. En las distancias cortas gana mucho, tiene sentido del humor y es hipereducado. Y según sus amigas ella tampoco ha cambiado. Continúa queriendo saber todo. No se ha encerrado en palacio, al contrario. Lo único que ahora no dispone del tiempo y de la facilidad que tenía antes; digamos que es más complicado y aparatoso quedar con ella. Pero

qué van a decir las amigas, pues como Julio Iglesias, que la vida sigue igual. Hay alguna que manifiesta la dificultad que tiene para seguir invitándola a su casa:

—Ahora tengo que contratar a alguien que nos ayude a servir la mesa porque ya no viene mi amiga, viene ella sí, pero es la novia del príncipe y el príncipe.

De regreso al palacio siempre hay algún regalo de boda que abrir, porque fue anunciar el compromiso y comenzar a recibir atenciones de todo tipo, desde un burro hasta múltiples vajillas, vinos o lencería. De eso también se encarga Letizia, que envía los alimentos a las cocinas de palacio o a los comedores sociales del padre Ángel, las flores se distribuyen por las estancias y por las iglesias de los alrededores, como las de El Pardo, y los objetos más repetidos y voluminosos van a la bodega de la casa del príncipe.

Lo de los regalos de boda es una locura. Menos mal que tiene ayuda para ir clasificando lo que se recibe y se busca acomodo, porque es un no parar. ¿Qué hacer con todos los obsequios? Ya no son solo los amigos, es que las diecisiete comunidades autónomas, más Ceuta y Melilla, los Ayuntamientos de toda España, empresas de todo tipo, agencias de comunicación, diseñadores, bodegas, diplomáticos, asociaciones…, todos quieren agasajar a los novios. Evidentemente, los juegos de café, las vajillas, las cristalerías, los pañitos bordados, los libros, los vinos, las velas, los bolsos o los zapatos son un aluvión. Y cuando se envían las mil setecientas invitaciones, la locura se incrementa y las donaciones también.

Siempre con discreción y con la lógica de no herir a nadie por no quedarse con el presente, hay regalos que son imposibles de tener en casa, como la novilla de raza morucha, Admirada, que les regala la Asociación Nacional de Criadores de Ganado Vacuno de Raza Morucha. Ellos aceptan el presente, pero el jefe de la Secretaría del príncipe les hace una petición:

—En cuanto al cuidado y alojamiento de la novilla les sugiero que quede en depósito y custodia en sus instalaciones por carecer en este palacio de las instalaciones adecuadas para el efecto.

El ofrecimiento de ponerle el nombre de Letizia a la mandíbula más

antigua hallada en Atapuerca, un cerezo de seis años del Jerte —este sí pueden plantarlo en el jardín de la residencia de Felipe, y allí lo tienen desde entonces dando sus cerezas de la variedad Pico Negro—, una liga azul bordada a mano con pedrería llegada desde San Sebastián —que no hace falta usar en la boda, ya que Pertegaz, el autor de su traje, le cose un lacito azul en la falda—, el Juan Sebastián Elcano a escala realizado con encaje de bolillos de Camariñas y, como los españoles conocen la afición del novio por los relojes, pues qué mejor que enviarles uno artesanal con arena de las playas gallegas, o un par de burros de Rute, Ruiseñor y Calandria, que también piden que se queden en Córdoba por carecer de instalaciones adecuadas para ellos, y eso que en el recinto existen las cuadras que el rey Juan Carlos manda levantar para los caballos que monta su hija Elena.

Abriendo cajas se le hace de noche. Tiene que prepararse porque, aunque la consideran una más de la familia, hay costumbres que ella respeta. Para cenar, el segundo día de estar en la Zarzuela, toma nota de que todos se cambian de ropa, y según van llegando, se van sentando en el comedor privado de la primera planta. Allí dos camareros, siguiendo las instrucciones del jefe de camareros, comienzan a servir a los reyes, a ella, a su prometido y a la princesa Irene. Y así un día tras otro, los casi cuatro meses que está adaptándose a su nueva vida dentro del palacio donde «encuentra sosiego».

Solo Máxima, Mary, Mette-Marit o Letizia conocen el coste personal de la decisión y el precio emocional de la metamorfosis. Todas ellas mujeres que no nacieron princesas son ahora reinas (o proyecto para serlo) y encargadas de dotar de un sentido a su estatus y que el cuento real siga teniendo eslabones. Ese es su cometido oficial: ser reinas consortes y parir la descendencia. Y no es por machismo, porque eso le ocurrirá también al marido de la futura reina Victoria de Suecia, aunque en el caso de los hombres —y esto puede ser discriminatorio— ellos no adquieren el rango de rey consorte, ellos se quedan en príncipes. Le ocurrió a Felipe de Edimburgo en Inglaterra y a Enrique de Laborde, esposo de la reina Margarita II de Dinamarca.

CAPÍTULO 2

NO NACE REINA

Las comentadas repeticiones de vestuario, sus interrupciones y gesticulaciones, sus inagotables preguntas, la preparación de las reuniones y su aportación en ellas, el cariz de los discursos de la reina y del rey en los que se implican, la hoja de ruta que traza con sus hijas, además del aporte de realidad y la mejora de la oratoria que le ha proporcionado a su marido, todos estos movimientos son producto de sus años en un mundo más real que regio donde vive desde hace casi dos décadas. Y esto lo advierte la reina Sofía cuando le abre las puertas de la Zarzuela para que vaya acostumbrándose a su nueva vida.

Para celebrar el nacimiento de la primogénita de los reyes de Grecia, se concede una amnistía y se disparan veintiuna salvas de honor. Mientras que estas suenan, los griegos corean el nombre de Sofía. Sus padres quieren ponerle Olga, en honor a su bisabuela, nacida gran duquesa rusa y posterior reina de Grecia. Dado el fervor popular, que la madre de la criatura, Federica de Hannover, califica de «muchedumbre», acceden a que sea como el pueblo les pide: Sofía.

La niña nace con su hoja de ruta marcada. Algún día ese bebé será reina. Desde ese momento su cometido será reinar, y para ello la preparan, desde el mismo instante en el que abre los ojos el 2 de noviembre de 1938. Años más tarde, en 2004, esa hoja de ruta natal será a sus sesenta y seis años el ejemplo impagable para una nuera plebeya y descreída, hasta ese día, de las lides de reinas y princesas.

Cuando Letizia nace un viernes 15 de septiembre de 1972, en el hoy desaparecido sanatorio Miñor de Oviedo, en España no existe la ley del divorcio que hubiera trastocado el curso de este libro y de la

historia. En televisión triunfa Un, dos, tres con la calabaza Ruperta de protagonista, y aunque se viviese en el reino de España, no hay rey, la Jefatura del Estado la ocupa el generalísimo de todos los Ejércitos, Francisco Franco. Un militar que para entonces tiene decidido que su heredero sea Juan Carlos de Borbón, al que llama príncipe de España, un título que él se inventa, y al que está formando, y lo hace saltándose el orden dinástico, algo en lo que, el hoy emérito, está convencido de que es la única forma de instaurar una monarquía en nuestro país. Estas cuitas se libran entre Estoril, el palacio de El Pardo y el de la Zarzuela, donde Felipe tiene seis años y es el pequeño de la casa.

Una problemática muy alejada de la realidad que se vive en el hogar de los Ortiz en Asturias, donde están más ocupados del nacimiento de la primogénita que de lo que ocurre en la Jefatura del Estado, un lugar tan alejado de ellos como la luna.

Ese bebé ovetense que llega al mundo no tiene su futuro marcado más allá de recoger las enseñanzas de una abuela radiofonista, un abuelo taxista, otro empleado en la compañía de máquinas de escribir Olivetti y, en el momento del parto, un padre estudiante —así consta en la partida oficial de nacimiento del bebé Letizia— y una madre enfermera. Desde luego, cualquier campo y profesión estaban abiertos a la pequeña. Todos, excepto el de reina, para el que no hay oposiciones ni elecciones. Solo hay un príncipe entre cuarenta y siete millones de españoles y las probabilidades de ser elegida por la varita mágica son de 0,01 %. Aunque su abuela materna, Enriqueta Rodríguez, años más tarde admitiese:

—Letizia ha tenido la cabeza muy bien amueblada y desde que nació parecía que iba a mandar en el mundo.

Aun así, en 1972, para una familia modesta asturiana ese destino era impensable e ideológicamente disparatado, y más si pensamos que tiene que elegirte el único hombre que es príncipe.

A las seis y media de la tarde de ese día de septiembre a sus padres solo les preocupa que ha nacido bien y que hay que ponerse de acuerdo en el nombre para inscribirla en el Registro Civil ordinario de Oviedo.

Al padre, Jesús Ortiz, no le gusta el nombre escogido por la madre, Paloma Rocasolano, pero accede a registrarla así con dos condiciones: una, que no le pongan María como antenombre, que es la advocación que exigen en el Registro para ajustarse a las reglas católicas, y la otra, evitar los diminutivos con el nombre. Y es el propio suegro del rey Felipe quien me da todos los detalles de por qué su hija se llama Letizia y la peripecia hasta conseguirlo.

POR QUÉ SU NOMBRE CON ZETA

A principios de los años setenta, el multitudinario grupo de jóvenes Viva la Gente, que recorre España con sus canciones de paz y amor, se alojan en casas particulares para ahorrarse el dineral de hoteles. Así Paloma Rocasolano tiene la oportunidad de conocer a una italiana llamada Letizia. Le gusta tanto la sonoridad del nombre, pronunciado a la italiana como che, que en ese momento decide que se lo pondrá a su primera hija.

Cuando Jesús Ortiz se persona el lunes por la mañana en el Registro para inscribirla, acepta atenerse a la grafía española, Leticia con ce, pero el funcionario es más purista y le dice que ese nombre no está en el santoral español y que tiene que anteponerle el católico y apostólico María. Jesús no está dispuesto. Esa misma tarde se dirige al obispado a pedir autorización. El religioso que le atiende encuentra una advocación de la Virgen en Italia, La Madonna della Letizia, Nuestra Señora de la Alegría. Alabado sea el Señor. Jesús ha salvado el requerimiento de su esposa. Con las mismas, el comprensible y amable religioso le rellena una cuartilla con la autorización para librar al funcionario del Registro de cometer una infracción. Y así, escrito a mano en el formulario, queda constancia de que sus padres, Jesús José Ortiz, estudiante, y María de la Paloma Rocasolano, asistente técnico sanitaria, se han casado un año antes en Oviedo e inscriben a su hija como Letizia Ortiz y Rocasolano en el lomo 020889, página 449. Al año nacería Telma y tres más tarde, Érika, con acento en la e y con ka.

Unos días más tarde, en la página ocho de la sección llamada Registro Civil del periódico Nueva España —el medio en el que Letizia publica su primera crónica—, se puede leer: «Ha quedado registrada Leticia Ortiz Roca Solano» junto a otros cinco niños que nacen en Oviedo el mismo día que ella. Cuando nacen sus hijas, Leonor y Sofía, son registradas en el particular Registro Civil de la familia real con los números 21 y 22.

Es cierto que cuando nacen en Madrid Elena, Cristina y Felipe sus padres son príncipes de España, un título que como digo se inventa

Franco para darles una distinción regia. Aun así, no existe en esos momentos más Registros que el ordinario. Don Juan Carlos inscribe a su primogénita y al resto en el Registro Civil de Moncloa como hace en Oviedo Jesús Ortiz con su hija Letizia.

En 1981 se restablece el Registro Civil de la familia real, y un pendolista procede a inscribirles como sus regias condiciones demandan a diferencia del resto de los nacidos. Ese libro donde quedan anotados nacimientos, matrimonios, defunciones y todos los actos de la legislación civil que afecte al rey de España «a su Augusta Consorte, sus ascendentes de primer grado, sus descendientes y al príncipe heredero de la Corona», queda a cargo del ministro de Justicia y se guarda en la cámara de seguridad de la Dirección General de los Registros y del Notariado.

Los padres de Felipe celebran dos bodas: una católica en la catedral de San Dionisio de Atenas y otra ortodoxa en la catedral de Santa María. Ambos son príncipes y están emparentados con toda la nobleza del continente. Se declaran días de fiesta y amnistías. Europa celebra que dos jóvenes de sangre azul se casan. Aunque Juan Carlos viva en el exilio y su futuro reinado sea incierto, hacen lo que les corresponde: casarse con un igual. Las leyes monárquicas se cumplen y tanto uno como otro han sido educados para ser reyes, aunque la novia se haya criado en un palacio griego y el novio en un piso, como me cuenta la infanta Pilar:

—De pequeños teníamos un pisito en Roma, encima de una tienda de vinos, y ahí vivía un actor muy conocido y guapísimo que ayudaba a mi madre a bajar el carrito y a los niños porque no había ascensor. Luego, en Portugal, lo mismo. Mi madre siempre supo hacer un hogar allí donde viviéramos.

Cuando los padres de Letizia se casan el 2 de octubre de 1971, el mundo no se da por aludido. Nadie más allá de la familia celebra el enlace del joven matrimonio. Los dos están aún estudiando, ella Enfermería y él, Derecho, pero eso no impide que Jesús sea llamado a filas a León al mes de casarse. Con el marido en la mili, Paloma se instala en el piso de los suegros. Allí vive sus primeros años Letizia. Una vivienda modesta en Oviedo. Nada de tapices de la Real Fábrica, ni arañas de cristal de La Granja, ni Rolls descapotados para sus desplazamientos. Todo su interés y conocimiento por los

oropeles se ciñen a las portadas de las revistas con Grace de Mónaco, Fabiola de Bélgica o la abuela del príncipe Juan Carlos de Borbón, Victoria Eugenia de Battenberg, con su collar de chatones. Sin duda seres de otra galaxia en esos momentos para los Ortiz Rocasolano, que viven en la realidad de llegar a fin de mes.

En esos años el salario mínimo es de ocho mil pesetas, unos cincuenta euros, pocas diademas y coronas se pueden comprar con esos ingresos. Nada hace presagiar que esa niña pizpireta, simpática y preguntona será treinta y un años después la protagonista de esas portadas con el collar de chatones de la reina Victoria Eugenia prendido de su asturiano cuello.

Dadas las circunstancias, más que prepararse para princesa —aunque lo sea de su propia casa— la vocación se la marca su familia. No hay nannies que cuiden de las niñas ni más conciliación laboral que la de los abuelos. Quizás hacer tantos deberes y comer tanto bocadillo en la radio, mientras su abuela Menchu del Valle ejerce de locutora de éxito, o acompañar a su padre, cuando en la radio hacen programas en exteriores, va creando en Letizia interés por el periodismo. Tanta atención pone y tantas horas pasa allí que hasta siendo una niña tiene su programa en radio Oviedo, El columpio, con su padre de guionista; Jesús Ortiz es técnico de radio y televisión. Es una cría llamada para la comunicación.

Desde que la apuntan con cinco años al colegio nacional de prácticas femenino Gesta de Oviedo en septiembre de 1980, su expediente 3.467 brilla con las asignaturas de letras y con los apuntes de ser meticulosa, perfeccionista, expresiva y arrastrar al hablar la ese. Cuatro características que siguen marcando su personalidad.

Un par de años de solfeo y otros cuantos de ballet serán sus extraescolares y el Seat Seiscientos familiar el autobús escolar de las tres niñas: Letizia, Telma y Érika. No sobra el dinero, sus gastos son los normales de una familia convencional ovetense que como gran lujo se desplaza en taxi porque es de la familia y lo conduce el abuelo Francisco.

El viernes en el que nace Letizia nada hace presagiar que ha venido al mundo una reina en el seno de una familia modesta. Hasta la

fecha las soberanas nacían en palacios y siempre con una misteriosa sangre azul. Curiosamente, en el reinado de Letizia han coincidido, en casi todas las monarquías vigentes, los matrimonios morganáticos. Que es una palabra más elegante para decir que son desiguales.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA EN 1972

Al nacer Letizia triunfan en la cartelera El Padrino, Cabaret y la claustrofóbica La cabina, con José Luis López Vázquez. Ese año se casan Carmencita Martínez-Bordiú Franco con Alfonso de Borbón en el palacio de El Pardo, donde años más tarde Letizia celebraría su pedida de mano ante cuatrocientos millones de espectadores. También pasan por el altar el cantante Raphael con la aristócrata Natalia Figueroa y en el exilio de Estoril la infanta Margarita con el médico Carlos Zurita, que hoy son sus tíos políticos, algo inimaginable en un momento en el que la familia real española vive ese feliz acontecimiento en Portugal.

En ese 1972 hay dos gestas deportivas que conmocionan al país: la medalla de oro en esquí de Paquito Fernández Ochoa y el torneo francés de tenis Roland Garros que gana Andrés Gimeno. Se crea la Universidad a Distancia, UNED, donde tanto su suegra, Sofía, como su madre, Paloma, siguen estudios de arte. Y por fin, en ese año en el que nace, se equipara la mayoría de edad entre hombres y mujeres. Se pasa de los veinticinco a los veintiuno que se aplica a los hombres. A las mujeres les queda mucho para conseguir la igualdad que tanto defiende desde siempre la propia Letizia:

—Hay muchas cosas que deben mejorar y cambiar. Por mencionar algunas: las tasas de analfabetismo, los matrimonios de niñas menores de edad, el paro femenino, la violencia, la desigualdad en los salarios y en el tiempo que hombre y mujer dedican a la casa y a los niños.

Estas palabras las pronuncia en 2015 siendo ya reina, pero en su época de estudiante no duda en manifestarse y en reclamar la igualdad de sexos.

Por suerte para la historia de amor entre una plebeya y un príncipe, la Constitución de 1978 acaba con las discriminaciones con respecto a los orígenes sociales desiguales de los consortes de los miembros de la familia real. De esta forma, Letizia se convierte en la primera reina española no procedente de una casa real y con un nombre que

no hace referencia a ninguna antepasada con gestas de conquista. Treinta y tres años más tarde, el 31 de octubre de 2005, se vuelve al cauce monárquico de los nombres con «pasado», escogiendo para la primogénita del matrimonio Borbón Ortiz el histórico Leonor, quizá por la reina Leonor de Castilla o de Aquitania, pero nada de referencias musicales populares.

La familia Ortiz Rocasolano vive asentada tranquilamente en Oviedo donde la madre trabaja de enfermera por las mañanas en el ambulatorio La Lila y el padre, en la radio sin horarios. Lo mismo hay un problema a las cuatro de la madrugada —y Jesús tiene que salir a ver la antena que tiene la emisora en el Naranjo de Bulnes— que debe perseguir a los galardonados con el Príncipe de Asturias con su voluminoso equipo de radio a cuestas. Son vivencias que se le quedan grabadas a Letizia:

—Yo recuerdo a mi padre, de madrugada, dirigirse al Naranjo porque había una avería en el equipo emisor de radio.

Esa vida tranquila en una ciudad de provincias se trastoca cuando a Jesús Ortiz le surge una oportunidad laboral en Madrid. En el despacho de comunicación de un asturiano amigo de la familia, Lalo Azcona, le ofrecen trabajo y él lo acepta.

Llega a la capital de avanzadilla y alquila un piso en Prosperidad, el mismo en el que vive su suegro taxista y, además, ha sido el barrio de toda la vida de su mujer. A ese distrito pertenece el instituto público Ramiro de Maeztu, y pide plaza para las dos hijas mayores, Letizia y Telma. La pequeña aún seguirá viviendo con la madre en Asturias.

Letizia entra en el turno de noche para completar el bachillerato —primero lo cursa en el instituto Alfonso XII de Oviedo— y hacer el COU. Su predisposición para las letras hace que las clases de Lengua y Literatura de su profesor, Alonso Guerrero, sean tan apasionantes que no puede evitar sentirse atraída por él. Tanto es así que inician un larguísimo noviazgo que termina en boda en la localidad del novio, Almendralejo, Badajoz. Igual que sus padres, Letizia no espera a terminar la carrera. Se casa cuando aún le queda un año para completar su licenciatura en Periodismo.

Un viernes 7 de agosto de 1998 celebran la boda por lo civil ante el alcalde, Manuel Jesús Morán, amigo del novio. Ella viste un traje de chaqueta blanco y se hace a las nueve de la tarde para evitar el calorazo en los salones del restaurante El Paraíso. La noche de bodas la pasan en el hotel Espronceda, haciendo honor al poeta nacido en Almendralejo.

Lamentablemente, no todo son alegrías en la familia. Poco después del enlace de Letizia con Alonso Guerrero, Paloma y Jesús deciden separarse. A la madre le cuesta años superar el divorcio. El padre rehace pronto su vida con Ana Togores, que aporta una hija y el domicilio donde establecerse y al que hasta la fecha ha sido costumbre que Letizia acuda a tomar el roscón de Reyes cada Navidad desde que es princesa y ahora reina.

Estas situaciones van forjando su personalidad. En casa ve cómo se desestructura su familia y cómo se puede rehacer una pareja. Algo a la orden del día en el mundo en el que ella vive. También lo difícil que es conciliar su reciente matrimonio con el trabajo que impone la televisión, y más si acaba de empezar. Vive en el municipio de Rivas Vaciamadrid y colabora en un periódico de ámbito nacional enviando crónicas locales y mal pagadas.

Cuando comienza a trabajar en televisión, el horario es imposible con la convivencia, aunque su marido se levante de madrugada para desayunar con ella, antes de que un vehículo la recoja cuando aún es de noche. Su esposo tiene horario de docencia y su vida es más ordenada que la de Letizia. Con esas condiciones es inevitable que lleguen los problemas y con ello la ruptura.

Para salvar su matrimonio, envía una cinta de vídeo con una recopilación de sus trabajos a Televisión Española pidiendo trabajo, pero ya es tarde. Ella lo hace por crecer laboralmente, pero también segura de que en la cadena pública los horarios serán más compatibles con su vida personal. No puede salvar su relación, sin embargo, le surgirán interesantes proyectos, aunque es consciente de que el periodismo no es una carrera fácil:

—Esta profesión es muy dura, con mucha competencia, creo que he tenido suerte, pero todo depende de decisiones que no toma el profesional.

Cuando el director del Canal 24 horas recibe la cinta de vídeo con su trabajo en CNN+, la ficha. A ella le gusta hacer reportajes como enviada especial. Su último jefe en la televisión pública, Alfredo Urdaci, no duda en afirmar que es una periodista de raza, una mujer con mucha vocación, a la que le encanta participar en los operativos de informativos especiales y enterarse de las noticias en primera persona. Estas palabras se las dedica Urdaci sabiendo que es la prometida del príncipe Felipe y futura princesa de Asturias. En ese momento las lisonjas son fáciles de encontrar, pero ella sabe lo que es por sí misma y por su entorno la crudeza de la vida laboral.

Los padres han tenido la suerte de tener trabajos estables, pero las tres hijas han cambiado con frecuencia y algunos han sido precarios y mal pagados. Letizia gana un dinero extra participando en campañas publicitarias durante el tiempo que está en México y, una vez licenciada, por distintos medios de comunicación hasta llegar a Televisión Española.

—Yo nunca he pensado en otra cosa en la vida. Me encanta mi trabajo, disfruto mucho y tengo la suerte de dedicarme a algo que me gusta y que siempre he querido. Una nace periodista y muere periodista.

Tiene firmado su contrato mercantil con Televisión Española hasta junio de 2004. A Letizia le cuesta dejar de presentar el telediario, pero al anunciarse su compromiso a las siete y dieciocho minutos del día de Todos los Santos de 2003 sabe que deberá dejarlo para ser princesa.

Su hermana Telma pasa años enlazando trabajos como cooperante en Sudamérica, Cabo Verde o Filipinas; sin embargo, a raíz de la notoriedad que adquiere su vida, le ofrecen otros mejor remunerados en Barcelona y en Madrid. A Érika, que es la primera de las tres hermanas en tener pareja estable, Antonio Vigo, y una hija, Carla, le es más complicado encontrar uno acorde a su preparación. Se licencia en Bellas Artes en la Universidad de Berlín, a la que acude su último año de carrera con una beca Erasmus. Según su padre, con «premio extraordinario». Después de poner un negocio en Asturias, intentarlo en una editorial y separarse del padre de su hija, le llega por fin la actividad soñada en el departamento de escenografía de una productora de televisión.

Por el contrario, los padres de Letizia han sido fieles al mismo lugar de trabajo. Paloma se jubilará en el sindicato SATSE, donde pasa de enfermera liberada —haciendo labor sindical— a, y una vez que su hija es princesa, directora del programa Vacaciones Solidarias. Y Jesús Ortiz como consultor sénior en Estudio de Comunicación.

Todas estas situaciones forjan el carácter de una mujer que va tejiendo su vida sin hoja de ruta. Sabe lo que es enviar un currículum y que no te hagan caso, pedir una hipoteca, ahorrar para comprarse un coche, que no te llegue para pagarte unas vacaciones, compartir habitación porque la vivienda es pequeña, lo que cuesta la cesta de la compra, ponerse bata gruesa y calcetines en casa para no pasar frío y consumir menos calefacción, aceptar trabajos y sueldos basura, que un apellido Ortiz no te abra puertas, pedir apuntes a los compañeros, pelear por un puesto para el que hay varios candidatos o heredar ropa usada para reducir gastos y no por ecología o economía circular. Y lo sabe porque lo ha vivido y entiende lo útil que resulta ganarse las cosas, de ahí que quiera trasladar a Leonor y Sofía esa cultura del esfuerzo en la que ella se ha criado, pero que sus hijas no conocerán en su propia piel, tan solo lo intuirán por lo que la madre pueda transmitirles de su ejemplo y de lo que observen en el entorno materno, que sigue viviendo en barrios populares, en familias convencionales con los problemas de la clase media y ejerciendo sus trabajos rutinarios. Tal vez por ello, en momentos como las vacaciones en Mallorca, Letizia organice salidas fuera del palacio para que las niñas vayan al mercado y hablen con los tenderos, vean, huelan y escuchen lo que les rodea e, incluso, conversen con algunos jóvenes que trabajan en verano, como hizo ella en su juventud para sacarse un sueldo para sus gastos. Como esa mañana que pasan en la isla, Letizia, Sofía y Leonor, delante de un puesto de kiwis hablando con los chicos que lo atienden y allí su madre les dice:

—Niñas, tomad nota de cómo hay jóvenes que estudian y dedican sus vacaciones a trabajar.

Más de media hora está haciéndoles un tercer grado a los muchachos para que sus hijas aprendan y, de paso, reciban un «auténtico máster sobre kiwis», como ella misma comenta con ironía un rato después. Así también averiguo que todos los días

desayuna, además de otras frutas, un kiwi, y que le gustan los amarillos, que son más dulces y tienen más vitaminas.

Esos escarceos con las niñas son escapadas de realidad, como las que hacen al cine en vaqueros, a El Corte Inglés o a elegir el árbol de Navidad a un centro de jardinería en la zona de Alcobendas en Madrid. Ese pulso de la calle a Letizia le parece fundamental que lo conozcan y absorban sus hijas. El rey Felipe no lo ha vivido porque siempre fue familia real, y esa es una realidad, como ciudadano anónimo, a la que no tiene acceso, pero Letizia sí, y sabe lo importante que es tenerlo siempre presente.

Con una vida de esfuerzo y de ganarse lo que tiene y de verlo en los que la rodean, a veces puede ser difícil entender la monarquía. Las tres décadas de vivencias, quizá las más trascendentales porque son las que moldean el carácter, son imposibles de borrar y, posiblemente, no quiera prescindir de ellas, pero sí que hace un esfuerzo por encontrar la fórmula para que ambos mundos convivan. Necesita darle un sentido y un equilibrio. Y lo encuentra después de muchas vueltas y de meter varias veces la pata. Y la clave es que hay que desempeñar el puesto como un trabajo.

No nace reina ni la forman para ello, pero también la sociedad es diferente, y los derechos ganados por la sangre más que por el esfuerzo son difíciles de encajar, e igual que es consciente de que se la observa al detalle y se cuestiona su función, sus salidas, sus entradas, su vida —como posiblemente ella misma cuestionaba antes de ser familia real—, entiende que la única forma de defenderlo es dotándolo de contenido y con profesionalidad. Esa palabra tan odiosa para la reina Sofía cuando su marido se lo decía para Letizia es la salvación.

Haber sido primero princesa de Asturias y ahora reina de España lo ha convertido en una profesión más que en un dogma de fe; hay que recordar que los reyes lo eran por la gracia de Dios. Incluso con un intento de horario para conciliar ella y los que la rodean —que es un equipo enorme de gente—, y esto, si me permiten la licencia, puede ser herencia al tener una madre sindicalista. Nada de seguir la estela de las señoras marquesas de la alta sociedad, mesas petitorias, tardes de merienda, exposiciones y beneficencia. No, Letizia no ha sido educada para eso ni el mundo que conoce

necesita otra señora más. Si acepta presidencias honorarias, será porque piensa ser parte activa. Si se implica con las asociaciones de enfermedades raras, será a muerte. Si se interesa por la salud mental, será porque lo ha sentido de cerca y le preocupa. Y si es embajadora de la FAO, no irá a soltarles un discurso de buenas palabras. No, irá a tirarles de las orejas, a participar y a sumar porque Letizia, igual que le pasaba a Lady Di, sabe que su presencia da visibilidad. Y si algo conoce en profundidad, son las claves de la comunicación y lo dañino que puede ser lo que califica como «máquina de picar carne». Una máquina que le aterra que se active. De ahí los cordones sanitarios que se establecen cuando salta el caso Nóos y la imputación de su cuñada, la infanta Cristina, o cuando semanas antes de su boda se van de viaje de despedida de solteros a Nassau con una pareja de amigos.

CAPÍTULO 3

UN NOVIAZGO BREVE Y SECRETO

En Mallorca, durante el verano de 2003, según dan las tres de la tarde, Felipe desaparece. Con sigilo se va a la salita donde está la televisión en el palacio de Marivent a ver el telediario. Letizia Ortiz Rocasolano sustituye a la veterana Ana Blanco en el informativo de la sobremesa. A la reina Sofía no le pasa inadvertido el interés de su hijo por ver siempre las noticias en Televisión Española.

Cuando en septiembre, a la vuelta de las vacaciones, el príncipe organiza una merienda para que sus padres conozcan a su novia, Sofía se da cuenta de que esta vez su hijo por fin se les casa. Si hay ultimátum, si don Juan Carlos está plenamente de acuerdo, si le disgusta o no, es algo que, si llega a ocurrir, desde luego no hace cambiar el curso de la historia que Felipe tiene prevista en su cabeza.

El noviazgo es muy corto. Bien sea porque Felipe acumula sobre sus espaldas la presión por casarse o porque ya ha sufrido varios traspiés, la realidad es que se le empieza a pasar el arroz. Tiene treinta y cuatro años cuando conoce a Letizia en otoño de 2002 durante una cena en casa del periodista de Televisión Española, Pedro Erquicia, con el que Felipe tiene trato y confianza.

La historia, que comienza esa noche sin que ellos mismos lo sepan es tan sencilla como sentarlos juntos y caerse bien. Sin embargo, no hay flechazo, según los protagonistas.

Al mes se vuelven a ver en Oviedo en los Premios Príncipe de Asturias, pero él se toma un tiempo para llamarla. Y es que la noche de autos, en el piso de Erquicia, Felipe se despide de ella con un:

—Ya nos veremos cuando regreses.

Ambos tienen viajes a la vista y relaciones sentimentales que cortar.

—El príncipe la llama cuando ella está en Irak porque seguía sus crónicas por televisión. La telefoneó para felicitarla porque le gustaba cómo informaba desde allí. —Una aclaración que me facilitan para que me haga una idea de cómo transcurre su relación y cómo la tecnología los acerca, ya que entre WhatsApps, SMS y teléfono inician la relación de amistad—. Ha sido un conocimiento paso a paso y de muchas conversaciones que se hacían larguísimas por lo mucho que disfrutaban hablando.

Viajes fuera de España, casas de amigos e, incluso, la vivienda de la infanta Cristina en Barcelona son testigos mudos de esas primeras citas. Que así lo comparten conmigo y con este libro:

—Se caen muy bien y pronto Letizia se asusta porque le preocupa que las cosas se empiecen a comentar.

Él la invita a una cena con veinte amigos del príncipe en un restaurante de Madrid. Se sientan juntos y a Felipe le sorprende que coma tanto para lo delgada que es. Se nota que hay complicidad entre ambos. De momento son salidas, porque también van al cine, siempre acompañados de más gente. La atracción física llega más tarde, en primavera. A partir de ese día se ven en lugares privados en los que cuentan con la complicidad de todo el mundo.

Cautela y mucha precaución. Felipe sabe lo nefasto que puede ser la presión mediática en una relación. Ya lo ha vivido con Eva Sannum y no quiere repetir la experiencia, pero lo más sorprendente esta vez es que su novia es periodista y vive rodeada de amigos periodistas. Se encuentra en la boca del lobo. Sin embargo, en esta ocasión el secreto se mantiene porque dura poco y porque cuentan mentirijillas para proteger la relación. Si a ella le preguntan contesta que sale con alguien, sin más detalles; y si la persona insiste, Letizia explica que es diplomático, así justifica tanto viaje.

Felipe se preocupa porque mantenga su entorno y su vida. Además, encaja muy bien en el círculo de él, en contra de los rumores sobre la falta de empatía con las amistades del príncipe.

El momento crucial para la relación llega en verano. Letizia tiene vacaciones en julio y decide irse sola. Necesita pensar. Quiere ver si le echa de menos porque ya se sienten enamorados. Ese verano de 2003 es determinante para la relación. Ella debe tomar una decisión vital. La propuesta de Felipe va en serio y parece clara. La emoción de que una mujer profesional del siglo xxi se convierta de la noche a la mañana en princesa no está del todo compensada en la balanza. Es consciente de lo que gana, que es mucho, pero también de lo que pierde. Máxima de Holanda, antes de dar el sí quiero, se recorrió los Países Bajos, una tierra inédita para una argentina, y lo hizo disfrazada con una peluca y conduciendo su coche. Unas veces viajaba sola y otras acompañada por alguna amiga. La actual reina de los holandeses quiso conocer hasta el último rincón del que iba a ser su reino. Letizia no tiene ese problema:

—Pero se toma unas semanas en el extranjero para reflexionar. Se va a San José, a casa de un matrimonio amigo; él es corresponsal de Efe. Luego decide recorrer sola el país con su libreta donde va apuntando sus reflexiones. La suerte de Letizia es que viaja muy ligera porque es de poco equipaje.

Estas declaraciones que me hacen las personas que están al tanto del noviazgo son la radiografía del maremágnum que bulle en la cabeza de la periodista.

A su regreso a España, como aún le quedan días de descanso, acepta la invitación de terminarlas en la casa de la playa de Tarragona de una buena amiga. Ha pasado jornadas sola meditando y ahora necesita dar largos paseos, confiándole sus pensamientos a su anfitriona, periodista como ella. Parece que ya tiene la decisión tomada.

Allí recibe la llamada de la televisión para incorporarse al telediario de las tres de la tarde para sustituir a Ana Blanco en el informativo. Regresa a Madrid y se convierte en la chica de las noticias. Lo que nadie sabe aún es que desde ese momento pasa todos los fines de semana con su novio y que lleva dos teléfonos siempre con ella, y uno es solo para hablar con su chico.

Él lo tiene claro y ella ha reflexionado. La balanza se inclina a favor de Felipe. Según me manifiesta su entorno, este paso lo da porque

valora mucho las cualidades que encuentra en el príncipe. Además, Letizia anhela encontrar lo que le ofrece: una familia.

Ambos proceden de familias desestructuradas y quieren dar pasos para que la suya sea firme. Es consciente de que se casa con un hombre, pero también con una institución. A Letizia le desespera la gente sin motivación, sin rigor y sin ganas de aprender.

—Son tal para cual, se complementan mucho —me aclaran—. Ella tiene sus prontos y él es reposado. Letizia es incansable, muy activa, parece no tener límites. Se exige demasiado y es de una seriedad extrema. Por eso Felipe le transmite sosiego. Se complementan por la disparidad de carácter. Además, Letizia tiene un gran sentido del humor que él aprecia porque se parte de la risa con sus comentarios. Se cuentan chistes, incluso los que hablan sobre ellos.

Esa breve etapa de noviazgo «secreto» no la comparten con todos, apenas Telma y las infantas Cristina y Elena están al tanto, así que no hay problemas de roces familiares. Esos, según los rumores, llegan después.

Desde que se hace pública la noticia del noviazgo se especula sobre la fría acogida de Letizia en su familia política. Sin embargo, la infanta Pilar me lo desmiente en una ocasión:

—Por nuestra parte la arropamos, y es francamente simpática, muy inteligente y pregunta mucho, que es algo que me gusta.

La reina Sofía, que ha sido el referente de Letizia, también arrastra durante sus primeros años en España el mismo rumor y también su cuñada me lo niega:

—Eso son cosas que se inventan ustedes los periodistas, discutir hemos discutido mucho en muchas ocasiones, pero nos llevamos divinamente. Es una mujer estupenda que ha hecho muchísimo.

Puede que el rey Juan Carlos no apoye de manera efusiva la decisión de su hijo y que incluso hayan tenido fricciones, pero antes o después sabía que tendría que ocurrir y que la elegida tenía todas las papeletas de ser una ciudadana normal, que podría haber conocido en un cine, en una regata o gracias a unos amigos, como

así fue. Si está molesto, lo disimula en público y no duda en ponerle humor:

—Me tenéis que hacer más fotos porque estoy más gordo de felicidad. Ayer —por el día del anuncio— me jubilé.

Ese runrún puede estar motivado por el hecho de que Letizia sea una mujer divorciada. Algo que me niegan con rotundidad:

—Jamás fue un problema porque desde el momento en el que el príncipe lo supo no le dio más importancia. Se enamoró de ella y no encontró ningún problema en que fuera divorciada. Ni los reyes tampoco porque tenían asumido, tanto ellos como Felipe, que se casaría por amor.

La reina Sofía sabe desde el minuto cero a todo lo que Letizia renuncia, en especial a esa libertad de expresión santo y seña de una profesión que abandona, según ella, «por amor y con vocación de servicio a los españoles». Sofía entiende que el trabajo de su futura nuera es vocacional, de ahí que sea la que más la apoye y que ponga en valor lo que aportará:

—Inteligencia, sentido del deber, organización y perseverancia.

QUÉ HACE QUE LA PRESENTADORA DEL TELEDIARIO SEA LA ESCOGIDA

A Felipe de Borbón y Grecia no le educan con preceptores en palacio. Al enviarle al colegio, los reyes saben que las amistades que allí forjará serán con jóvenes de clase alta, pero sin sangre azul. Si quieren aristocracia, tendrá que acudir a bodas, cumpleaños, bautizos, comuniones y funerales de príncipes y reyes, algo a lo que no son aficionados los Borbones. Además de lo que escucha en casa sobre la idoneidad, y de los desaconsejados precedentes de Isabel Sastorius o Eva Sannum, tiene una figura de mucho peso y muy presente: su abuelo, el conde de Barcelona, que no perdía ocasión de aleccionarle.

Simoneta Gómez Acebo hace años me lo confirmaba:

—El abuelo tenía siempre a España como prioridad; él era más de estar con mi primo Felipe.

Y es que el abuelo Borbón creía firmemente que la ventaja que tenía alguien de sangre real es que era del oficio y que, por tanto, sería capaz de cumplir mejor el papel de reina que una persona que no lo es. Cosa que para los monárquicos rancios se aproxima bastante a la realidad.

Don Juan, siempre que puede, le insiste a su nieto heredero en que lo principal en la elección de esposa es que tenga condiciones para ser reina de España, que resume en «abnegación, inteligencia, cultura, bondad y seriedad, que son las condiciones que exige el ciudadano de quien va a ser su reina». Sin embargo, Felipe, el único día en el que le escuchamos hablar públicamente sobre Letizia es en su petición de mano, el 6 de noviembre de 2003 en el palacio de El Pardo. Allí no duda en destacar de ella:

—Su elocuencia y su inteligencia, su espíritu de responsabilidad en el trabajo. Tiene unos principios, una rectitud y una ejemplaridad en el trabajo que siempre me han impresionado, y desde que la conozco mucho más.

Dando a entender que, gracias a que en la Zarzuela son muy aficionados a ver televisión, ya la conocían de haberla visto en la pequeña pantalla.

A su vez, a Letizia le gusta de él que sea «un ser humano excepcional»:

—Muy respetuoso, muy sensato, inteligente. Y un gran lector, algo que para mí es muy importante, y desde luego es una persona afanada en crecer por dentro.

Coge carrerilla y, para despejar dudas, ya que tiene a todos los colegas de la prensa delante, continúa:

—Hasta los treinta y un años he trabajado como periodista con ganas, ilusión y fuerza, y de esa misma manera afronto lo que ahora iniciamos con responsabilidad y con vocación de servicio a los españoles —asegura el día que se presenta como novia oficial.

Seis días después de anunciarse el compromiso tiene lugar la pedida de mano en El Pardo. Los novios aparecen a las doce y media del mediodía en una soleada jornada de noviembre, ella vestida con un traje de chaqueta y pantalón blanco —comprado a toda prisa dos días antes— y él con uno oscuro y clásico.

El conjunto de Letizia, por el que paga mil ochocientos euros en Armani, lo replica a los pocos días Zara, convirtiéndose en superventas y por cien euros. La firma gallega tiene que reeditar la copia del traje pantalón blanco hasta tres veces de la demanda que recibe. Igual que las copias —falsas— del anillo de oro blanco y diamantes que el príncipe compra por catálogo y su entonces cuñado, Iñaki Urdangarin, recoge en una joyería de Barcelona. Todo es tan precipitado que no pueden ni grabarse mensajes de amor, ni fechas ni encargarse trajes a medida, tan solo da tiempo a meterle el bajo del pantalón, pero no a entallarle la chaqueta.

Letizia, el martes de la misma semana, se hace, sin poder pensar mucho por la premura, con unos gemelos de oro blanco y zafiro azul para su chico. Ambas joyas son las que muestran el día de la pedida a petición de los doscientos periodistas presentes. Están tan absortos respondiendo que no se dan ni cuenta de que los reyes les

están esperando para la foto de familia.

Y es que ambas familias, Borbón y Ortiz, acompañan a los prometidos en El Pardo para posar juntos. Ese primer encuentro sirve para conocerse, porque hasta entonces la mayoría —la abuela Menchu y Jesús Ortiz fueron a una audiencia en la Zarzuela años antes con el rey, a presentarle sus respetos junto a una asociación de la avellana— no se ha saludado nunca y jamás pensaron que estarían subidos a unos peldaños de madera posando con la familia del rey y a punto de ser parte de tan regia institución. Y es imposible haberse tratado antes, porque los familiares de la novia se han enterado por la televisión, como el resto de los españoles:

—Nos llamó Letizia el mismo día del anuncio. Estaba muy liada y solo nos dijo que pusiéramos la primera cadena a las siete y media.

El día de la pedida es el de conocerse y el de recibir las primeras instrucciones de protocolo para los Ortiz y los Rocasolano, porque están a punto de emparentar con los Borbones, que no son una familia al uso, requieren un tratamiento, aunque luego te presenten como suegro.

A los nuevos los reúnen en un salón y les indican cómo deben dirigirse a los reyes y dónde tienen que situarse. Con la lección aprendida, posan por primera vez con la familia real. Después de la foto de grupo se van a comer todos juntos a la Zarzuela, donde, por cierto, se come muy bien. Entre la ensalada con gambas, los lomos de salmonete con salsa de albahaca, el solomillo con salsa de trufa y la bavaroise de moka con chantilly pueden seguir conociéndose y abrir más regalos. Letizia obsequia a Felipe con una edición antigua de un libro de Mariano José de Larra y él a ella le hace entrega de un collar familiar de zafiros y perlas. La primera joya importante para la futura reina.

Y desde ese día y hasta la boda hay declaraciones deliciosas por parte de los familiares de Letizia, que son abordados día sí y día también. Especialmente de la abuela Menchu:

—Tendremos que alquilar un prado para que aterrice el helicóptero cuando vengan a vernos a Sardeu con los bisnietos.

O el entrañable abuelo taxista, Francisco Rocasolano:

—Pon ahí que soy de ese Madrid de barrio que ya no existe, de la Prosperidad, y que a mí me tocó estar en la zona rojera cuando la guerra. ¿Puedo irme ya? —les pregunta a los periodistas que le paran por la calle.

Un hombre que ha pasado horas metido en su taxi, licencia 7.355, y que jamás pensó que su nieta Letizia, Leti, sería reina, y que cuando salta la noticia está en su apartamento de la barriada de San Gabriel en Alicante, donde una adolescente Letizia ha veraneado con los abuelos.

En la acera, rodeado de cámaras y emocionado como si le hubiese tocado la lotería, porque también acaba de enterarse por la prensa, exclama eufórico:

—Nos ha tocao, nos ha tocao. J…, pues muy contento. Eso no estaba escrito en la historia.

El padre, que suele ir en transporte público al trabajo, es el que peor lleva el abordaje e, incluso, desconfía de que pueda pasarles algo a ellos, al estar menos protegidos que su hija, y más expuestos. Aun así, entra por teléfono en directo en un programa de corazón, Salsa Rosa, para describir a Letizia:

—Es una de las personas más cariñosas, entregadas y perfeccionistas que conozco. Le encanta la cultura y sobre todo la literatura. Es una lectora empedernida.

Telma también se hace eco de ese inusitado interés por ellos:

—Estamos abrumados y un poco colapsados con todo el interés que ha suscitado el compromiso matrimonial. Hablo constantemente con Letizia por teléfono porque estamos muy unidas. Al llevarnos solo un año de diferencia, yo estaba al corriente de su relación y conocí al príncipe antes del día de la pedida. Estamos muy unidas porque hemos sido niñas a la vez, adolescentes a la vez y adultas a la vez, tenemos un pensamiento muy parecido en la mayoría de nuestras inquietudes.

Eso no le impide, meses más tarde, poner una demanda a decenas de medios de comunicación porque se siente acosada. Demanda que pierde. Y dado que en esos meses no tiene trabajo, es un punto de apoyo fundamental para Letizia con todos los preparativos, confidencias y creación de un fondo de armario. Este último es un aspecto importantísimo porque una heredera debe disponer de al menos cuarenta vestidos de gran gala y más de noventa conjuntos de diario con sus correspondientes zapatos. Algo impensable en el ropero de una periodista a la que le prestan la ropa en televisión.

Telma y algún amigo estilista más se suman a la ingente tarea de adquirir prendas para Letizia, independientemente de las que ya empiezan a llegar a su nombre a palacio. Las marcas enseguida se dan cuenta del potencial que tiene la prometida como imagen.

Junto a estos temas de intendencia, surgen la preparación eclesiástica de la novia, poco practicante en la religión católica, ya que de lo contrario su primer matrimonio se habría celebrado por la Iglesia, y los acuerdos prematrimoniales.

Sobre las famosas capitulaciones por las que se pactan aspectos fundamentales con respecto a los hijos, títulos y discreción, Letizia cuenta con el asesoramiento de su primo hermano, Rocasolano, su abogado hasta entonces de confianza —luego acabarían mal— y es el encargado de llevar las conversaciones sobre este asunto con los abogados de Felipe, del despacho de Uría Menéndez. Tampoco hay mucho que discutir, es firmar lo que se les pone por delante, aunque esté en desventaja la prometida, algo que el primo se niega a aceptar, pero que Letizia tiene muy claro. Es consciente de que no se casa solo con su chico, se casa con una institución y eso lleva a unas capitulaciones que, o las tomas, o las dejas. Pensión, vivienda de verano y de invierno, título, confidencialidad y delegar la educación de los futuros hijos en el padre son algunos aspectos del acuerdo. Se otorgan ante notario, el ministro de Justicia es el notario mayor del Reino, y son registradas con la inscripción de matrimonio en el Registro Civil de la familia real.

CAPÍTULO 4

LA MÁQUINA DE PICAR CARNE SE ACTIVA

En las fechas previas a la boda, España está de luto por el atentado islamista en Madrid, el 11 de marzo de 2004, en el que mueren ciento noventa y dos personas y hay casi dos mil heridos.

Enseguida se dan explicaciones de ese viaje al Caribe en puertas de su boda, que se ha confundido con una despedida de solteros, algo que sería poco empático dadas las circunstancias. Y se dan explicaciones rápidamente porque Letizia sabe que, si se dilatan más las aclaraciones, la máquina de triturar carne se pondrá en funcionamiento. Y es posible que eso suceda por dos motivos: primero por la fama de amigos vacuos de Felipe y porque una despedida de solteros en un contexto de luto nacional como el que se vive las semanas previas a la boda no es lo más adecuado. El incidente sería una forma nefasta de empezar el nuevo matrimonio.

Y todo porque Felipe no se ha librado de la estampa frívola y del sambenito de ir acompañado por un séquito de amigos pijos. A pesar de los denodados esfuerzos por mantener su vida privada al margen de la pública, lo cierto es que no consigue desprenderse de esa aureola de bon vivant que se le asocia desde la adolescencia, incrementada por la tardanza en casarse. Y una etapa de formación que dura demasiado si lo comparamos con el resto de los jóvenes que se lanzan al mundo laboral en cuanto acaban sus carreras y máster. El caso de Felipe es distinto, su «trabajo real» comenzará cuando su padre le dé el relevo y eso no depende del electorado, depende de la salud o de circunstancias adversas.

Cuando parecía que las cosas empezaban a cambiar y sentaría la cabeza gracias a su próximo matrimonio con la presentadora del telediario, unos periodistas de Miami revelan un incidente al que

Felipe y su prometida no quieren dar más importancia: son registrados, ellos y sus maletas, en el aeropuerto internacional antes de tomar un vuelo regular con Iberia para regresar a Madrid procedentes de Nassau, de donde han volado en un jet privado. En el momento en el que los policías de aduanas se aplican al registro de la pareja, Felipe y Letizia son reconocidos por el alcalde de Miami-Dade, Alex Penelas, que media para que cese el ultraje dado quienes son. Felipe intenta calmarlo. El príncipe comprende el registro porque han avisado tarde a las autoridades aeroportuarias y prefieren esto a romper el anonimato. En su buena voluntad, el alcalde de Miami-Dade saca a la luz estas vacaciones preboda incógnitas que desatan el malestar y esa temida máquina de picar carne.

EL AMIGO MISTERIOSO

El incidente de las maletas deja al descubierto dos secretos: por un lado, unas estupendas vacaciones en las Antillas que no aparecen en la agenda oficial; y, por el otro, un amigo millonario propietario del avión privado.

El último acto oficial en la agenda del príncipe es el jueves 1 de abril, un almuerzo con el Gobierno en funciones, y hasta el día 11, que tiene que asistir a la misa de Pascua en la catedral de Palma, la agenda dispone de nueve días libres.

La Zarzuela no tiene por costumbre confirmar ni desmentir las actividades privadas del príncipe, que, a un mes de su boda, viaja desde el domingo 4 de abril al jueves 8 a las Antillas con Letizia Ortiz. Los acompaña una pareja de amigos, Javier López Madrid y su esposa Silvia Villar Mir, más cuatro guardaespaldas. ¿Por qué Barbados? Porque un misterioso amigo del entonces príncipe de Asturias le ofrece pasar unas minivacaciones lejos de los paparazzi y del reconocimiento público. ¿Quién es ese millonario, empresario venezolano, que pone la casa de Barbados, el barco y el avión privado? Algunos le confunden con Gustavo Cisneros, pero es Lorenzo Alejandro Mendoza Giménez, dueño en esos momentos, año 2004, del escaño ciento quince de la lista Forbes, la de los ricos más ricos del mundo.

Mendoza es lo menos dado a la publicidad que uno pueda imaginarse. El Ingeniero, como se le apoda, no ha dudado nunca en poner a disposición de su amigo el apartamento de Nueva York o las casas del Caribe, como la utilizada esa última pre Semana Santa de solteros.

Lorenzo Alejandro Mendoza Giménez nace en Caracas en 1965, es ingeniero industrial por la Universidad de Fordham en Nueva York, se casa con su prima María Alexandra Pulido Mendoza y tiene seis hijos: María Alexandra, Lorenzo, Ana Mercedes, Cristóbal, Santiago y Sofía. Le gusta esquiar en nieve y en agua, el béisbol, correr y el tenis. Además, igual que Letizia, es un lector empedernido de

historia contemporánea iberoamericana y es lo más alejado a un pijo descerebrado que uno pueda imaginarse.

Lorenzo Mendoza llega a la vida de don Felipe a través de Javier López Madrid, el mismo amigo que los acompaña en la despedida de solteros, ambos se conocen haciendo un máster y este ingresa en el círculo íntimo de amistades cuando se ennovia con Silvia Villar Mir, amiga de siempre de don Felipe e hija de Juan Villar Mir, abogado, ingeniero y ministro de Hacienda con Arias Navarro, amén de íntimo de don Juan Carlos. De hecho, le recompensa con un título nobiliario.

López Madrid y el príncipe hacen buenas migas durante un safari por Kenia. Y hasta hoy. Lorenzo es uno de los invitados a la boda, también López Madrid, Silvia Villar Mir y Gustavo Cisneros.

Y es que este asunto de los amigos del rey Felipe no es baladí. Lorenzo les presta la cobertura que necesitan para hacer esa no despedida de solteros que en España no sería bien recibida. Cuando uno se empareja y vive un pasado extenso, lo normal es que aporte su lista de amistades a la relación. Y, en los comienzos, ese es un asunto espinoso para Letizia. A muchos de los que aporta Felipe, incluidos familiares, les cuesta aceptarla y a ella le parece difícil tratar con un perfil de persona que se aleja de su ideal de amistad. Letizia está más próxima a la intelectualidad que a la banalidad y choca con algunos. Comienza a extenderse la idea de que no encaja en el grupo de amistades de Felipe. Por suerte para ella, no transciende que a la inversa ocurre lo mismo. El entonces príncipe es muy bien recibido y aceptado por el grupo de Letizia y también por la familia.

Y es que con quién se relacionan es un tema curioso para ellos. Por un lado, Letizia trata con las amistades que se forja en su carrera por sí misma; por el contrario, para Felipe es más complejo. Siempre se ha planteado la duda: ¿eran amigos altruistas o por ser quien era? De ahí que desde muy joven, dada la limitación de acceso al mundo real que tiene, le concierten encuentros con gente de todos los ámbitos sociales para que escuche, pregunte y esté al tanto de la sociedad. Y esos encuentros siguen teniendo lugar, también las llamadas de teléfono a personalidades relevantes que pueden dar un punto de vista interesante a la realidad. No es raro

que Felipe González, José Bono o César Alierta reciban llamadas periódicas. El fin no es otro que conocer y que se les conozca en un contexto más distendido y discreto que una recepción oficial o una audiencia, donde la gente está más encorsetada.

Más adelante, cuando Felipe y Letizia se casen, cenarán y almorzarán con muchas personas relevantes de todos los sectores sociales, y lo harán en un ambiente diferente al de las recepciones y actos oficiales porque es más útil y constructivo. Por lo general, esos almuerzos o cenas tienen lugar en las casas de los otros comensales, en los reservados de los restaurantes y, excepcionalmente, en la Zarzuela. Citas privadas con personalidades de distintos ámbitos: música, economía, empresa, periodismo, deporte, universidad o ciencia, y de todos los sectores sociales, desde los más conservadores hasta los más progresistas. Juan Abelló, Escarrer, el duque de San Carlos, Plácido Domingo, Lorenzo Milá, Alfredo Urdaci, Álex Grijelmo, Ramón Pérez-Maura, Alberto Ruiz Gallardón, las hermanas Koplowitz, Carlos Seco Serrano, Joaquín Sabina —que luego les dedicaría unos versos—, o Julio Iglesias y su esposa Miranda.

En casa, ambos supervisarán el menú propuesto por el cocinero. Si es cena, se inclinarán por los pescados; si es almuerzo, por la carne. Y nunca faltará un buen postre. Ambos son golosos, aunque se quitarán del azúcar blanco y de las harinas refinadas. Y el único protocolo que imperará en esos momentos es el de la cortesía y la educación. Pasando a tutearse para hacer más distendida la velada.

—Los reyes no se casan con nadie, escuchan a todo el mundo y quieren que se les conozca. No tienen preferencias y no se inclinan ni por un color político ni por una tendencia social, al menos en público —me dicen fuentes cercanas.

CAPÍTULO 5

LA INTRAHISTORIA DE UNA BODA

Aquel 22 de mayo de 2004 jarrea agua en Madrid sin piedad cuando a las ocho de la mañana un coronel deposita una corona de flores con la inscripción «Siempre en nuestra memoria. Felipe y Letizia» en el Bosque de los Ausentes de Madrid —hoy conocido como Bosque del Recuerdo—, donde ciento noventa y dos árboles ponen nombre a las víctimas del atentado terrorista sufrido meses atrás.

Para evitar problemas de seguridad y dado que han acudido miembros de treinta casas reales, cuatro presidentes europeos y cinco latinoamericanos —una cifra que llama la atención por escasa, pues el príncipe es el encargado de acudir a las tomas de posesión de los líderes de esa parte del mundo—, Madrid está blindada; en todas las azoteas y cornisas del centro de la ciudad hay francotiradores, un avión radar prestado por la OTAN y cuatro cazas del Ejército velan por la seguridad por aire y casi treinta mil policías y militares lo hacen por tierra.

El recuerdo a las víctimas marca el inicio de la que va a ser la primera boda real en suelo español en cien años. Todo un acontecimiento, ya que el heredero, el único príncipe entre los cuarenta y siete millones de españoles, que es como encontrar una aguja en un pajar, hace princesa a una periodista asturiana. Ese día el país entero sigue de luto por el atentado del 11 de marzo.

Hace dieciocho años de aquel acontecimiento feliz que comienza triste y gris; ahora que es felizmente reina y cumple cincuenta años, volvemos a estar en tonos grises con la pandemia por la COVID-19, la resaca de un volcán en erupción en las islas Canarias, una guerra en Europa, una viruela del mono y una crisis económica imparable.

El día de la boda es presidente Mariano Rajoy. Un coche Kia Picanto cuesta seis mil cuatrocientos euros; Vargas Llosa no es novio de Isabel Preysler porque aún está casado con Patricia Urquidi, con la que asiste al enlace real. Rodrigo Rato, el máximo dirigente del FMI (Fondo Monetario Internacional), no ha pisado la cárcel y también está en la lista de invitados. Los móviles Nokia son los teléfonos con más éxito. Alberto de Mónaco está soltero, pero ya tiene hijos, aunque aún es un secreto. Rania de Jordania marca tendencia al acudir al enlace con una camisa blanca combinada con falda larga de seda, a pesar de que en la invitación se pide traje corto. El entonces marido de Carolina de Mónaco, Ernesto de Hannover, se escaquea de la ceremonia religiosa porque sigue durmiendo en el hotel, al que llega como si fuera un hincha del Borussia Dortmund y no un príncipe. Sin embargo, Nelson Mandela no quiere perderse el acontecimiento y es puntual.

Tampoco olvidan invitar a veinte miembros de la nobleza, que es un cuerpo que todavía no ha sido incrementado por Felipe VI. Ni su médico ni el entrenador de la selección de fútbol o un amigo empresario han sido aún premiados con un marquesado o un ducado, como sí hace su padre durante su reinado. Aun así, los nobles, para que vea su príncipe que no son rencorosos, quieren ser generosos y deciden que la duquesa de Alba y la de Elda sean las encargadas de elegir una cubertería de plata para treinta y seis comensales, muy parecida a una de diario que se usa en el palacio de Oriente, y por la que pagan treinta mil euros en su platero de siempre. El cuerpo diplomático complementa el ajuar con un juego de café y té, estilo Luis XV, grabado con las iniciales de la pareja en letra inglesa y, como les parece poco, añaden dos candelabros de cinco brazos. En total los embajadores pagan a escote veinticuatro mil euros.

Se ha esperado a esta boda principesca para estrenar la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Santa María la Real de la Almudena y no se escatima en nada; se sacan los tapices para decorar una catedral desangelada y fea, se muestran los reposteros, se hace brillar toda la plata, la mejor cristalería, se abren todos los salones del palacio de Oriente, excepto el del Trono y se refuerza el blindaje de una de las mejores piezas del patrimonio automovilístico de la casa real, uno de los cuatro Rolls Royce con asientos de piel blanca de becerro y

reposabrazos de maderas nobles, que son la joya encargada de exhibir a los novios por las calles de Madrid y cuya estatuilla alada, situada en el capó del vehículo, el espíritu del Éxtasis, en señal de respeto a sus augustos ocupantes va de cara a ellos e inclinada. Se destinan treinta millones para hacerle un traje nupcial a Madrid. Se instalan réplicas de cuadros del museo del Prado en fachadas, se iluminan monumentos, se compran casi dos millones de plantas con flor para crear parterres, obeliscos y bolas floreadas, y más de sesenta mil orquídeas, rosas y crisantemos para decorar la catedral. Se reparten banderas de España y ciento ochenta mil abanicos, aunque unos paraguas hubieran sido mejor recibidos por los escasos madrileños que salen a la calle a ver el cortejo, dado la que está cayendo.

También hay previstas actuaciones por la ciudad, pero los fastos quedan deslucidos por la lluvia, el luto y la mala retransmisión de televisión, que obvia los detalles clave de una boda, como son planos de los novios, del traje de la novia, de las emociones en las caras, los invitados y los detalles de la alfombra roja, esa llegada de Miguel Bosé con Ainhoa Arteta, José Mercé, Felipe González aún casado con Carmen Romero, Alfonso de Borbón sin su prometida y del brazo de su abuela Carmen Franco, la inseparable pareja perfecta, Enrique Ponce y su esposa Paloma Cuevas, que salen del confinamiento, por la pandemia de la COVID-19 en 2021, divorciados.

Sin embargo, las imágenes de Televisión Española, la cadena encargada de dar la señal, insisten en mostrar la inexistente belleza de la catedral de la Almudena y nos ocultan la emoción. Aunque en verdad, emoción, lo que se dice emoción, hay poca. Miradas cariñosas y roces de Felipe a su amada y ella cabizbaja, como asfixiada en su ceñido Pertegaz, soportando el peso de una losa de millones de ojos posados en ella. No parece disfrutar del mismo modo que su novio. Gracias a que la abuela de la novia, Menchu Álvarez, declama con pasión la carta de san Pablo a los Corintios como solo una profesional de las ondas sabe hacer, la ceremonia roza algo parecido a la emoción y Letizia está a punto de llorar. Menos mal, porque ni el ansiado beso que acompaña al «vivan los novios» es de cuento de princesas. Él va a besarla y ella le pone la mejilla.

Otro momento para el recuerdo lo regala Froilán Marichalar, el sobrino revoltoso del novio, que según llega al templo en el cortejo que precede a la novia se acerca al altar a saludar a su tío, «Hola, Felipe», y a la hora, como no puede estarse quieto, la emprende a patadas con las damitas de honor que visten de Lorenzo Caprile como salidas de un lienzo de Goya. Las cuidadoras optan por llevarse a todos los pajes, excepto a Victoria Federica Marichalar, porque la ceremonia se alarga media hora más y las criaturas están a punto de rebelarse con Froilán, encargado del sabotaje nupcial.

Las patadas y el intento de rebelión con los pajes no es la única travesura de Froilán, que nada más llegar al patio central del banquete intenta tumbarse en la mesa presidencial para ver el techo de la carpa en posición horizontal. Menos mal que es interceptado antes de conseguirlo, porque el destrozo en la vajilla de Santa Clara y la cristalería de Moser sería un agujero considerable para el rico menaje de palacio.

A ritmo de Haendel, los novios del brazo abandonan el templo. Saludando a izquierda y derecha. Letizia con el peso de la responsabilidad y de los diecisiete metros de falla de seda natural hilada con trama de plata de su traje y el príncipe como un hombre enamorado dentro de su uniforme de gala del Ejército de Tierra. Se suben en su Rolls con matrícula roja y corona y se van a recorrer la ciudad. Mientras, los invitados salen escalonadamente de la catedral para subir a los autobuses.

Desde el Palacio Real, lugar del convite y donde se ha vestido la novia, hay instalada hasta la catedral de la Almudena una alfombra roja de doscientos metros de largo que parece una laguna por donde el príncipe Carlos de Inglaterra chapotea con sus zapatos de charol porque rehúsa subir en el autobús de invitados que les acercaría a la puerta para no mojarse.

Los mil setecientos invitados, que llevan sus invitaciones en formato de tarjeta electrónica, donde se les exige chaqué a los hombres y vestido corto a las mujeres, no disfrutan de una gran boda palaciega porque se viven días de luto. Sí, hay una cena preboda en el palacio de El Pardo para trescientos cincuenta invitados, momento elegido por Letizia para estrenar el collar y los pendientes de zafiros y perlas que le regalan sus suegros el día de la pedida. También

llueve, pero no lo que les cae al día siguiente. Eso sí, disfrutan de unas viandas modernas que más que comida es filigrana científica pero exquisita, tanto es así que Adrià tiene que darle la receta de la sopa a la reina Sofía para que los cocineros de la Zarzuela la sirvan en sus menús de palacio. Para esa cena eligen a un vasco, Arzak, a un catalán, Adrià, y a un madrileño, Roncero.

A las once y cuarto de la mañana del sábado 22 de mayo de 2004 se celebra la ceremonia religiosa en la catedral, que se estrena para bodas. Pasadas las tres de la tarde, después de haber hecho un recorrido en coche blindado por Madrid, comienza el almuerzo en el palacio de Oriente servido por trescientos camareros contratados por Jockey, un restaurante que ya no existe, pero que durante dieciocho años fue el encargado de servir los ágapes reales. Al ser una boda de Estado, tratan de mostrar la diversidad gastronómica de España: tartaleta de hojaldre con frutos de mar sobre verduras, capón asado al tomillo con frutos secos y una tarta de dos metros —casi la altura del novio—, que algunos invitados regios, como Carlos de Inglaterra o Carolina y Ernesto de Hannover, no prueban porque se van antes, sin regalito nupcial porque no hay, pero sí que pueden escuchar las entrañables palabras del rey Juan Carlos y las sorprendentes del padre de la novia, que no está previsto que hable y quiere hacerlo después del rey por ser padre también. El padrino se refiere a Cenicienta y al príncipe azul, y asegura que a su hija de pequeña le gustaba jugar recreando cuentos y escenificaba en especial la historia de Cenicienta, que acabó convertida en princesa. Un dato que, cuanto menos, resulta curioso e igual no del gusto de la novia, especialmente en ese momento.

—Nunca pudo llegar a pensar que ese cuento se haría realidad algún día, entre otras cosas porque en pleno siglo xxi ese tipo de fabulaciones ya no tienen ningún sentido.

También Jesús Ortiz cita a Saint-Exupéry, autor de El Principito. Alza su copa y todos brindan por esas palabras y por los novios, aunque algún invitado no llegue a entender muy bien lo que quiere decir el padrino en su alocución.

Por el contrario, las palabras del novio suenan más de corazón:

—No puedo ni quiero esconderlo, imagino que salta a la vista; soy

un hombre feliz, me he casado con la mujer que amo.

Felices y enamorados no se besan como en los cuentos de príncipes y princesas, y no comen perdices pero sí capón, sentados a la larga mesa presidencial de treinta metros desde donde pueden ver y ser vistos por todos.

Como el guion lleva muchísimo retraso —el almuerzo está previsto para las dos y media, pero comienza casi una hora más tarde—, a eso de las cinco y media algunos invitados deciden levantarse y Letizia aprovecha para cambiarse de ropa. Quitarse el velo, la diadema prestada por su suegra y la cola de cuatro metros y medio es un desahogo. Enfundada en un traje de chaqueta más cómodo, sube a la galería para saludar a sus amigos y lo primero que hace Felipe es pedir «una Coca-Cola en vena». A las siete y media no queda casi nadie en el palacio de Oriente. Una legión de empleados comienza a desmontar los veintisiete aseos químicos para hombres y los veintisiete para mujeres que se han instalado para los invitados.

En la actualidad, la foto principal de aquel enlace ha cambiado mucho. Don Juan Carlos, tras la abdicación, está en la sombra y es residente en Abu Dabi, capital de Emiratos Árabes, aunque con la puerta abierta para regresar cuando le plazca. Muere la hermana pequeña de doña Letizia, Érika, y por parte de don Felipe, la infanta Pilar y el infante Carlos han fallecido también. Cristina ya no es duquesa de Palma de Mallorca y está separada de Iñaki Urdangarin. Jaime de Marichalar dejó de ser duque de Lugo al cesar en su convivencia con la infanta Elena. Froilán ya no da patadas y tuvo una novia heredera de unas fábricas de embutidos; y Victoria Federica es influencer y ha tenido un novio torero y luego otro DJ. Los entonces reyes ahora son eméritos y aquel «eslabón de la cadena» del que habló Felipe el día de la pedida de mano en El Pardo son Leonor y Sofía, dos adolescentes que estudian en el mismo colegio que lo hiciera su padre y del que Leonor ha salido para internarse en un centro galés, pero ambas se preparan para sus funciones dentro de la familia real.

TREINTA Y DOS DÍAS DE LUNA DE MIEL

Cuando los paparazzi empiezan a desplegarse por los aeropuertos para ver si captan la salida hacia la luna de miel de los príncipes de Asturias, ellos hacen una sorprendente aparición en Cuenca, sí, en la humilde y cercana Cuenca, donde cenan en las casas colgadas para sorpresa de todos, que no los esperan, y pasan su segunda noche de bodas en el parador de turismo. Ellos hubieran querido pernoctar en la suite, pero no puede ser porque ya está ocupada. La reserva es de tan última hora y anónima que se quedan sin superhabitación, así que hacen lo propio de una pareja en habitación estándar: bajar a desayunar. Felipe se encarga de servir los dos zumos de naranja y Letizia le prepara las tostadas. Luego Albarracín en Teruel, Zaragoza, Sos del Rey Católico, Olite en Navarra, donde les regalan dos cupones de la ONCE por ver si repiten suerte —dado que para su boda alguien les obsequia con un décimo con la fecha, 22504, y les toca el segundo premio, es decir, doce mil euros—.

La luna de miel visible por España termina en San Sebastián, desde allí se les pierde la pista y comienza la privada por el extranjero, regalo de boda del rey Juan Carlos y del empresario José Cusí, que también es el armador de los barcos Bribón, donde regatea el rey emérito. Ellos costean el casi medio millón de euros de viaje por las islas Fiji, Samoa, California, Jordania, México y Camboya. De los destinos nacionales saltan a los internacionales y hacen realidad el deseo de Jesús Ortiz, abuelo de Letizia, «que todas las noches sean noches de boda» y se desquiten de haber tenido una despedida de solteros con un final atropellado del que se da cuenta en otro lugar de este libro.

Treinta y dos días dura el viaje de novios. Los anteriores reyes estuvieron seis meses de luna de miel por el mundo. Al llegar a España, ya hay que dirigirse a Letizia como su alteza real, princesa o señora y hacerle una inclinación de cabeza o genuflexión para saludarla. La vivienda ya no es la Zarzuela, sino el llamado Pabellón del Príncipe, que desde ese día muta a la Residencia.

En los primeros meses, Letizia no hace muchos cambios en la decoración, luego habría que acondicionar la primera planta para adaptarla a una pareja que tendría hijos pronto. Estos, que se suponía que serían «por encima de dos y por debajo de cinco», tardan un año en llegar.

CAPÍTULO 6

UN ANTES Y UN DESPUÉS

–Prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad —se dijeron en el altar, y es lo que llevan cumpliendo durante todos estos años.

Los soberanos parecen constituir uno de los matrimonios más sólidos de las casas reales europeas y en todo momento trabajan codo con codo cumpliendo con sus deberes de representación. Eso los lleva también a tomar decisiones complejas, como la derivada del proceso judicial a Iñaki Urdangarin, por el que las hermanas de don Felipe se alejan de los compromisos públicos de la familia real, a Cristina le quitan el título de duquesa de Palma de Mallorca, concedido por el rey Juan Carlos, y se instaura la transparencia de cuentas en la Casa. El rey Felipe decide hacer público su patrimonio, que asciende a 2.267.942,80 euros en depósitos en cuentas corrientes y valores y 305.450 euros en objetos de arte, antigüedades y joyas. El de Letizia no se conoce.

Dieciocho años marcados por momentos históricos, como el día que dejan de ser príncipes para convertirse en reyes y en ese instante la familia real se modifica según un decreto de 1987 —salen del núcleo duro las infantas Elena y Cristina para convertirse en familia del rey— y la primera vez que asisten Felipe y Letizia con sus hijas a los Premios Princesa de Asturias, donde la heredera pronuncia su primer discurso a la misma edad que lo hiciera su padre. Aún no han comunicado si la heredera recibirá en su formación instrucción militar, como sus homólogos Victoria de Suecia, Isabel de Bélgica y Guillermo de Inglaterra, o si, por el contrario, elegirán la opción de no hacerla como decidieron sus tías Isabel II o Margarita de Dinamarca. Tampoco si le crearán una Secretaría, tendrá agenda

oficial, si seguirá estudiando en el extranjero o pondrá en valor el sistema universitario español.

LA FAMILIA DEL REY

Hija, esposa, madre y oráculo de Letizia. En los treinta y ocho años y siete meses que doña Sofía es la única reina consorte en ejercicio en España da numerosas vueltas al mundo, ofrece decenas de discursos con su particular acento extranjero y recibe a miles de personas en audiencia.

En su primer año como reina emérita no realiza ni viajes oficiales ni recibe en audiencia en el palacio de la Zarzuela. Su actividad oficial queda aplazada. Se acaban los viajes de cooperación al extranjero o la representación de España más allá de las actividades culturales o solidarias. Delega en su nuera. Tan solo se reserva las presidencias de honor de las instituciones que llevan su nombre y en las que está muy implicada. Sigue siendo presidenta ejecutiva de la Fundación Reina Sofía, presidenta de honor de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción y de la Escuela Superior de Música Reina Sofía, que no han cambiado de nombre. Pero las calles, hospitales o centros culturales, desde el 19 de junio de 2014 ya no reciben tantas solicitudes para que se llamen reina Sofía, sino infanta Sofía, reina Letizia o princesa Leonor. Dada la pérdida de fuelle, y para que su labor no pase desapercibida, su equipo en el palacio prepara un libro que condensa su ingente quehacer social y cultural.

Es una mujer que ha sabido estar en su sitio, a la que una vez el rey Juan Carlos definió como profesional y con un comportamiento siempre impecable. Jamás se la ha visto en público una mala actitud ni un mal gesto; al contrario, ha puesto la mejilla cuando ha recibido una muestra desagradable. La imagen de ella ofreciéndole el brazo a su marido para que se apoye al bajar unas escaleras, porque don Juan Carlos da un traspié y él la rechaza de malas formas, o el incidente en 2018 con la reina Letizia en la catedral de Palma de Mallorca, saliendo de la misa del domingo de Resurrección, donde recibe un desplante de su nuera y un manotazo de su nieta, son momentos grabados en la retina que dan más argumentos para que se la tenga en tan alta estima y que, a la vez, son detalles que reflejan su carácter educado en el aguante.

En una de las visitas del papa Juan Pablo II a Madrid, el santo padre estuvo en la Zarzuela, y, como es lógico, todos los trabajadores querían verle de cerca. Se escogió solamente a un grupo para ello, pero cuando la reina Sofía se enteró, hizo que todo el personal pudiera estar presente. Es, además, una mujer interesada e implicada en la ecología. Hace décadas que abandonó el uso de abrigos de pieles. La hemos visto soltando tortugas en la isla de Cabrera, actividad en la que ha querido implicar a sus nietos, y recogiendo basura en la playa. Y conmigo estuvo un buen rato hablando de coches eléctricos porque contaminan menos y estaba muy interesada en esos vehículos menos nocivos. Además, la madre del rey Felipe VI disfruta yendo de tiendas y mercadillos de los que nunca se va de vacío porque «es muy comprona», como me la retrataba siempre su cuñada, la infanta Pilar, en las conversaciones que manteníamos. Le gusta andar descalza en verano y en invierno protegida con calcetines gruesos. Ya como emérita, en una ocasión me contó cómo lo pasaba jubilaba:

—Me lo paso pipa.

—¿Pipa, señora?

—Sí, pipa, es que son palabras que aprendo de mis nietos.

Y también, gracias a ellos, se ha aficionado al mundo de las gominolas y chucherías, algo que Letizia tiene completamente prohibido que entren en casa. En muchas cosas comulga con su suegra —en la ecología, la alimentación saludable y en el no a las pieles—, pero por las chuches no pasa.

Doña Sofía, esposa de rey, madre de dos infantas y un rey y abuela de ocho nietos, aparece la última en el escalafón del organigrama oficial de la que fue su casa, y lo hace por detrás de las pequeñas Leonor y Sofía. Pero la reina es sobre todo el nexo de unión en la familia y tiene una gran complicidad con el rey Felipe. Ella ya sabe tres meses antes del anuncio oficial de compromiso que su hijo está enamorado.

Un mes después de pasarle el testigo a su nuera Letizia, la princesa Irene me confesaba en los jardines de la embajada griega en Madrid que su hermana estaba «muy contenta».

—Ahora es otro ritmo, pero sigue sin parar su actividad. Continúa al frente de su Fundación y sigue teniendo el día muy ocupado.

Lo que es cierto a juzgar por su buen aspecto, más delgada y relajada. Desde que se jubiló tiene más tiempo para ejercer de madre y abuela y ese será, seguramente, el papel que seguirá teniendo compaginado con alguna representación oficial que le delegue su hijo.

Lleva años viviendo su vida sin marido, de ahí que el traslado de residencia al extranjero de Juan Carlos de Borbón no haya supuesto un cambio de costumbres para ella y sus regresos tampoco. Cuando supe que doña Sofía no estaría el día que regresaba su esposo a España después de dos años exiliado en Abu Dabi, porque ella tenía sus compromisos en Miami y no pensaba cambiarlos, lo publiqué en mi columna en El Debate y enseguida todo el mundo se hizo eco, hasta la casa real puntualizó que doña Sofía volvería a tiempo a la Zarzuela para ver a su esposo antes de regresar a Emiratos.

Ambos llevan caminos personales diferentes desde hace décadas. De hecho, nada más abdicar el rey emérito, apenas tuvo agenda oficial y se le podía ver en los toros —un gusto que doña Sofía es sabido que no comparte—, comiendo en restaurantes de medio mundo —de ahí que recibiera el mote de rey Michelin—, disfrutando en distintos países por los que pasaba el campeonato de Fórmula 1, pasando las Navidades en Los Ángeles o en reuniones en el Caribe, unos destinos que no entran entre los favoritos de su esposa. Por el contrario, la reina Sofía ha mantenido un perfil bajo siempre, viajes a Suiza para visitar a los Urdangarin-Borbón, a Londres, Grecia o Palma de Mallorca, lugar al que parece que no tiene previsto dejar de acudir.

Las infantas Elena y Cristina han pasado a la segunda fila, la misma situación en la que han estado décadas las hermanas del rey saliente, Pilar y Margarita. Cristina de Borbón es la primera en independizarse y la primera en salir del núcleo duro familiar, apartada debido a los problemas con la justicia de su marido y de las empresas comunes del matrimonio Urdangarin-Borbón. De ahí que el centro de atención se desplace a la infanta Elena. La primogénita de la familia lleva años trabajando para crearse su propio mundo profesional y personal, más allá de ese epicentro que

son Letizia, Felipe y sus dos niñas.

El rey Juan Carlos siempre puso empeño en que ambas hijas pudieran valerse por sí mismas y no dependieran económicamente de su hermano. Hasta junio de 2014, doña Elena —como infanta de España e hija del rey— es uno de los seis miembros de la familia real, pero entonces su estatus cambia de manera significativa. Ahora es familia del rey, como lo son sus primos Zurita o Gómez-Acebo e incluso los Ortiz y los Rocasolano. Exactamente el mismo caso de las infantas Pilar y Margarita, con la diferencia, con respecto a Elena de Borbón, de que, sin ser hijas de rey, recibieron la dignidad de infantas por expreso deseo de su hermano, más un ducado de la Corona, Badajoz y Soria, para que sus esposos también pudieran disponer mientras viviesen de título nobiliario, porque son honores vitalicios mientras estén casados con las infantas.

Ahora Elena está a disposición de la casa real para la representación concreta que quieran asignarle. Ha bajado el listón de actos institucionales y seguramente también la asignación económica que su hermano le pase por esa escasa representación puntual. En España, a diferencia de otras monarquías, se distingue entre la familia del rey y la familia real, unos hacen los honores y a otros se los hacen.

La foto finish del desplazamiento de la infanta Elena tiene lugar en otro momento histórico para la vida monárquica en el que, por primera vez, Elena sale de la tribuna real para sentarse en el banco común de autoridades a presenciar el desfile del Día de la Hispanidad, el 12 de octubre de 2012. Ese es el punto de inflexión que comienza a marcar la adaptación de doña Elena al mundo real de la ciudadanía. Eso que hacía con normalidad su cuñada, cuando era la periodista Letizia Ortiz, de bajar en el ascensor del piso a comprar con el carrito en el súper o tomarse unas cañas en Lavapiés y que en la actualidad es excepcional para Ortiz, es lo que ahora forma parte de la normalidad de Borbón.

Un día en el colegio donde estudió la hermana mayor de Felipe, su profesora, Marita, les enseñaba a rellenar cartas, cuando de repente levantó la mano y preguntó:

—Marita, yo no tengo calle, ¿qué pongo en el sobre?

—Pon palacio de la Zarzuela, que con eso llega seguro.

CAPÍTULO 7

LA ZARZUELA, UN PALACIO A ESCALA HUMANA

Hace casi sesenta años los «príncipes» de España, Sofía y Juan Carlos, deciden formar su hogar en un lugar en el que «olvidar la profesión de rey».

Desde 1960 viven en la Zarzuela, una casa que a doña Sofía y a él les gusta mucho, lejos de la ciudad, del ruido, de la contaminación y de visitas inoportunas. Estos son los motivos que da el rey Juan Carlos al escritor José Luis de Villalonga para vivir en un antiguo palacete de caza en mitad de un monte y retirado del centro de Madrid.

Necesitan un alojamiento a escala humana. La profesión de rey es agotadora y de vez en cuando hay que poder olvidarla. La Zarzuela es un verdadero hogar. Allí están en habitaciones de dimensiones normales. Cuando están todos juntos tienen la ilusión de ser una familia como cualquier otra.

Gracias a los muebles que doña Sofía se trae desde Grecia, más todo lo que compran en su viaje alrededor del mundo en la luna de miel y a los bienes de Patrimonio Nacional, consiguen darle aspecto de residencia familiar.

Lo que conocemos como la Zarzuela es hasta ahora la residencia de los reyes, pero también la sede de la Jefatura del Estado y de las infraestructuras que lleva aparejada la casa del rey: protocolo, seguridad, comunicación, representación de los Ministerios, Secretarías de los distintos miembros… Toda esa intendencia está situada en la planta baja del edificio principal y en parte de la primera, donde se encuentran algunos salones de audiencias, además de en los edificios anexos que se van construyendo. Los

alrededores se adornan con jardines a la italiana y se enriquece el interior con tapices, porcelanas y una buena colección de relojes. Una afición que siguen los reyes Juan Carlos y Felipe, pero en versión de pulsera. Ambos tienen una magnífica representación con las mejores marcas del mundo.

Poco después de asumir el trono, Juan Carlos reconoce que si hubiera querido instalarse en Oriente, que fue la última residencia de un rey, Alfonso XIII, hubiera tenido que mandar hacerlo todo: la fontanería, la electricidad, la calefacción… Además, recuerda la frase de su abuela, Victoria Eugenia:

—Desde mis habitaciones hasta el ascensor tenía que recorrer como quince salones.

En la Zarzuela, Felipe dispone antes de marcharse a su actual residencia de tres habitaciones que no están comunicadas entre sí; en una recibe amigos, en otra estudia y en la tercera duerme. Las infantas tienen que compartir la habitación de estudios.

En el exterior, además de los jardines, se encuentra la ermita en la que hacen la comunión los tres hermanos y donde se celebra misa los domingos, con poca asistencia de feligreses, una zona deportiva y de ocio, con pista de tenis, pádel, piscina y vestuarios. Además de helipuerto, cuadras para caballos y amplios aparcamientos para el personal.

De momento, doña Sofía y su hermana Irene mantienen su residencia oficial en el palacio de la Zarzuela, a un par de minutos de distancia en coche de la casa que habitan Felipe y familia, donde va cuando sabe que no molesta porque no quiere ser la típica suegra que da la lata y donde Paloma Rocasolano tiene su espacio cuando duerme allí y no regresa a su piso en el centro de Madrid, con vistas al Palacio de Oriente.

Esta es la imagen que todo el mundo conoce de lo que llamamos la Zarzuela y que, en realidad, es un complejo de veinte hectáreas del monte de El Pardo. Cuando el príncipe cumple los treinta y uno, se decide que es hora de que tenga su propia casa. A esa edad Letizia ya sabe desde hace años lo que es pagar el alquiler y la hipoteca, porque se independiza poco después de terminar la carrera. Felipe

escoge un terreno elevado desde el que se divisa el perfil de la ciudad de Madrid a dos kilómetros del palacete y Patrimonio Nacional inicia las obras en 1999 de un chalé de estilo castellano con un sótano de ochocientos metros cuadrados para ubicar bodega, despensa, cocina industrial, habitaciones de servicio, comedor, lavandería y dependencias de seguridad. Una planta baja con salones, comedor oficial con cocina de apoyo, biblioteca, despachos y salitas de espera que en total ocupan más de seiscientos metros cuadrados y que es la zona preparada para recibir oficialmente. De ahí que esté decorada con mobiliario clásico de Patrimonio Nacional, más acorde con una vivienda oficial que familiar, tapices y óleos de Brambilla, Sorolla o Rusiñol.

El resto de la casa, la primera planta y las buhardillas, setecientos metros cuadrados, es la zona privada con los dormitorios de Letizia, Felipe, Leonor, Sofía e invitados, con terrazas con vistas a los jardines y a las centenarias encinas, con su gimnasio, sus correspondientes baños, salitas y unos vestidores que son la envidia de cualquier persona y donde está perfectamente alineada la ropa de diario. Esa zona familiar tiene una decoración más moderna conforme a su estilo.

Cuando Felipe y Letizia se conocen, ambos hablan de sus respectivas viviendas, y la habitación de Felipe, que lleva un año viviendo solo allí, es más grande que todo el piso que Letizia comparte con su aún novio, David Tejera, en un bloque de once alturas dentro de un recinto cerrado para ciento veinte inquilinos. El piso tiene la ventaja de estar cerca de su trabajo en Televisión Española. Sale por el garaje en su pequeño Audi A3 azul y en cinco minutos se planta en la entrada de Torrespaña. A cambio, sufre el ruido constante de los coches circulando por la M-30.

La casa de Felipe, de casi dos mil metros cuadrados, se convierte en menos de un año de aquel primer encuentro en la vivienda del matrimonio, y solo se oyen los pajaritos. Por su escalera de mármol en el vestíbulo de entrada, que lleva a la zona privada, se sujeta Letizia bien fuerte a la barandilla de madera y hierro forjado para admirar el techo artesonado de madera y que no se note cómo le tiemblan las piernas ante la nueva vida a la que entra. Su piso ronda los doscientos veinte mil euros; el pabellón del príncipe se

presupuestó en cuatro millones doscientos mil euros.

Como el casado casa quiere, Letizia tiene que acometer algunas reformas porque, aunque se piensa para albergar a la futura familia del príncipe, hay zonas que adaptar, poner a su gusto y a las nuevas necesidades con dos niñas. Ella no tiene muebles ni objetos relevantes en su piso de Vicálvaro, se los deja a su hermana Érika, que se instala allí con su pareja y su hija. Apenas se lleva sus discos y unos libros más vividos y acordes a los de una pareja de su edad. La biblioteca con chimenea y equipo de música de la vivienda en 2004 se enriquecen con el soplo que aporta una mujer culta y muy leída.

Independientemente de que Letizia inculque a sus hijas y a su marido que recojan sus habitaciones, lo cierto es que cuenta con un equipo de intendencia que se ocupa de ello y que ella supervisa. Los armarios con la ropa informal de uso diario para actividades privadas son los que están más a mano. Los que contienen la ropa para actos y salidas oficiales llevan un control. Se hacen fichas del día y del motivo en el que se usa cada conjunto, de esta forma se sabe cuándo y qué hay que repetir. Hay piezas que, excepto que se envíe al diseñador para que los modifique, la modista de la casa se encarga de rectificar o reciclar. De ahí que todas las prendas de bajo coste que suele usar se queden en su sitio porque una modista las retoca.

Las joyas de diario también se encuentran más cerca, dado que Letizia no es aficionada a lucir piezas de importancia; las valiosas se custodian en un búnker en el sótano de la Zarzuela y se piden con antelación para darles salida y luego entrada. También se anota cuándo son usadas.

Ella con su equipo de modista, asistente personal, peluquera y doncella trabajan en los estilismos que lucirá y que dejan preparados por la noche para que cuando suene el despertador solo haya que pensar en tomar un desayuno energético que sirven en la salita, ducharse y dejarse maquillar y peinar, aunque es bastante mañosa para arreglarse. Se conoce muy bien y desde los tiempos de televisión sabe cómo maquillarse. Maneja con soltura la plancha para arreglarse el pelo.

Se viste de acuerdo a lo que ese día toque y baja las escaleras al vestíbulo, resuelve un par de asuntos caseros y sale a la puerta principal, donde la comitiva de coches lleva esperando un rato para empezar con los actos programados de la jornada.

Puede que no tenga que salir a actos oficiales en el exterior y haga trabajo de despacho. Entonces despide a su familia en la puerta y observa cómo se aleja rodeando el estanque de la entrada por el camino arbolado de salida.

Siempre que pueden intentan hacer una comida juntos, que es cuando aprovechan para contarse sus cuitas, quizá sea el momento del día más familiar. También encuentran tiempo para hacer deporte en el gimnasio de la casa.

Es la residencia donde están preparados para improvisar un almuerzo con invitados inesperados o una barbacoa en el jardín con amigos. En su vivienda, ella recibe a gente de confianza, con la que se puede compartir una buena película —en la Zarzuela tienen sala de proyección— y sí, como es lógico, tienen que pasar por los controles de seguridad, pero están perfectamente localizados y no los someten a ningún tercer grado. Por lo general, es personal militar quien se encarga del control de visitas. Suelen acompañar a todo aquel que entra en el recinto y lo hacen en una moto o en un coche gris híbrido que circula a sesenta kilómetros por hora y al que tienes que seguir por una carretera asfaltada de dos direcciones. Escribo a «sesenta kilómetros por hora» porque es la velocidad permitida, aunque allí dentro no haya radar de tráfico, pero sí mucha fauna y varias garitas con militares que saludan al paso del vehículo.

Desde el acceso principal, el de Somontes, hay otras entradas para la familia y los empleados, se tardan unos seis o siete minutos en llegar hasta el palacio y uno menos en llegar a la Residencia, que se encuentra en un alto desde el que se domina a los pies la ciudad de Madrid. Desde su terraza los reyes ven el skyline de la capital y esos atardeceres velazqueños que tanto impresionan a Letizia cuando llega desde su Oviedo natal.

Volviendo a las «quedadas» con los amigos, es más cómodo ir a la Zarzuela que desplazarse a casa de ellos por toda la operativa que

se moviliza cada vez que salen. Aun así, lo hacen siempre que pueden, yo creo que en un intento de asemejarse a lo que hacemos los demás.

Hay detalles, como la compra del árbol de Navidad, que les gusta elegir personalmente en un reconocido vivero en la zona donde ahora vive su hermana, Telma, con su hija Amanda y la bebé Erin que ha tenido con su novio —el exmarido de la cantante de The Corrs, al que conoció por los niños—, y que luego decoran en familia, o los regalos que se hacen entre ellos.

El rey Juan Carlos, por su parte, nunca ha ido de compras. En alguna ocasión la infanta Pilar me cuenta que su hermano no ha pisado una tienda nunca.

—Sería un problema porque la gente querría hacerse fotos con él y no le dejarían.

Sin embargo, al rey Felipe más de una vez sí se le ve portando bolsas que tienen toda la pinta de ser regalos navideños. También con su hija mayor, paseando por una zona comercial, aunque bien podría ser porque salen de algún cine, una actividad que les gusta compartir.

A Letizia —que aún no ha descubierto el mundo de la jardinería porque no lo ha intentado, pero todo se andará, puesto que tiene espacio y su abuela Menchu era una enamorada de ese arte, así que igual, cuando baje su ritmo de ocupaciones, se da cuenta de que tiene mano verde— sí le gusta que su casa tenga flores frescas en jarrones distribuidos por las estancias. Sus flores favoritas son los lirios, las mimosas y la flor del manzano. Recuerdo que con su abuela hablamos de lo bonitas que tenía las hortensias —que en Asturias se dan divinamente—, y yo le recomendaba que pusiera peonías, y creo que me hizo caso o por lo menos me consta que las buscó.

MARIVENT, LA RESIDENCIA DE VERANO

Si la Zarzuela es la residencia oficial habitual en la que imperan las normas y el protocolo, Marivent es el de las vacaciones de verano. Los reyes y sus hijas, cuando viajan los cuatro, como es costumbre por seguridad, lo hacen por separado en dos aviones. Felipe VI en el oficial de la Fuerzas Armadas con su hija Sofía y Letizia con la primogénita y heredera Leonor, en un vuelo regular de Iberia. Así llegan a Mallorca para pasar unos días en verano. Otras veces vuelan las dos niñas con su madre; siempre tiene que estar repartido el riesgo, igual que los vuelos comerciales, donde el piloto y el copiloto no comen lo mismo.

Durante décadas, al acabar sus actividades oficiales dentro de la agenda institucional, doña Sofía se traslada a mediados de julio a Palma de Mallorca junto con su hermana, la gobernanta, su persona de confianza, y algunas más que habitualmente forman parte del servicio del palacio de la Zarzuela para preparar esa casona construida sobre unas rocas bañadas por las olas del mar Mediterráneo y que todo esté dispuesto a la llegada del resto de su familia. Para ella, acondicionar cada una de las estancias de Marivent, decoradas con las típicas telas mallorquinas de rayas difuminadas en varios colores y amuebladas de manera más rústica e informal que las habitaciones de la Zarzuela, es una tarea ilusionante y que lleva a cabo sin problema. Esos días de vacaciones siempre le sirven para rememorar los veranos familiares que pasa con sus padres y hermanos en la isla de Corfú, en su tierra griega de origen. Ella siempre ha dicho que añora su Mediterráneo.

Las jornadas en Marivent empiezan en la gran terraza que da al mar con un desayuno al que cada miembro familiar se va incorporando conforme se levanta y en el que nunca faltan las ensaimadas, la sobrasada y el butifarrón que iba a comprar la infanta Pilar al mercado de Santa Catalina de Palma. Y terminan con cenas informales seguidas de largas tertulias en el mismo lugar, que se prolongan hasta bien entrada la madrugada y en las que también participan los hermanos de Sofía: Constantino con su amplia familia; la princesa Irene, la benjamina de la familia real griega, y

su prima Tatiana Radziwill, muy unida a doña Sofía desde su juventud, ya que convivieron varios años. Ella junto a su marido médico y la princesa Irene han sido siempre los que más han disfrutado de Mallorca y de Marivent.

Durante el día, las regatas de la Copa del Rey de vela centran su tiempo, puesto que se desplazan todos, o bien en el Fortuna, yate de la familia real, o bien a embarcaciones rápidas que pueden seguir más de cerca los veleros con los que Juan Carlos, el príncipe de Asturias y la infanta Cristina compiten en las regatas cada año. Ella, con su eterna cámara de fotos, toma imágenes y anima con su presencia a los participantes en la competición. Ese es siempre el tema del verano, la competición de vela y los invitados, tipo Lady Di, Michelle Obama o los emperadores de Japón que acuden a Marivent.

El primer año como reyes de Felipe y Letizia la noticia del verano es la apertura de los jardines del palacio de Marivent. En ese momento los responsables políticos no imaginan que algo que ellos encuentran tan sencillo como abrir las puertas y que entre el público se dilate tanto. La casa real pide calma y discreción. Las cosas, como dice Felipe VI, se deben hacer bien y sin prisas:

—Hay que tratarlo con toda normalidad y, sobre todo, estudiarlo. Lo que no conviene es dar ningún paso en falso y que haya algún problema. Hay que colaborar para que se haga de la mejor manera posible.

Y se respeta la opinión del monarca. Sin prisa pero sin pausa. Primero se hace un estudio previo y después de un año rematan el proyecto. No se abre toda la finca, tan solo una pequeña extensión de los jardines con acceso gratuito y durante nueve o diez meses. En julio y agosto están cerrados porque es cuando se supone que la familia real descansa allí.

La residencia veraniega de los reyes, el llamado palacio de Marivent, es un edificio cedido por la ciudad para disfrute de la familia. Goza de una vegetación frondosa e importante, con árboles y plantas de medio mundo, pero no es un Versalles ni tampoco La Granja y mucho menos los fabulosos y antiguos jardines mallorquines de Alfabia, a la entrada del túnel de Soller. El

complejo ocupa una buena extensión de treinta y tres mil metros cuadrados de terreno irregular y eso significa cuestas generosas y buenas piedras en la parte habitable y visitable. De ahí que dispongan de coches eléctricos de golf para moverse.

En el otro lado de la finca se aprecia el paisaje típico de una cala abrupta, es decir, hay un cortado de rocas hacia el mar con un pequeño acceso al arenal que se forma a los pies de la propiedad. Según se entra por el primer portón de los varios que tiene el muro perimetral, concretamente por el acceso de coches, lo primero que uno se encuentra a la derecha es una pequeña caseta de seguridad con un arco detector de metales y donde es obligatorio identificarse. Luego, comienza un camino de arena ligeramente ascendente que deja a la derecha las bancadas de terreno bien arado con árboles frutales regados por goteo. Según se sube se aprecia la zona de los cítricos con sus limones y naranjas, la de las higueras, la de caquis, la de ciruelas rojas y amarillas y un espacio generoso para los granados. Más allá de las bancadas de frutales hay unas praderas llanas con césped bien recortado y muchos árboles mediterráneos, pinos, azaleas, palmeras, setos con boj, veredas con adelfas y macizos de geranios. Digamos que es como un trozo de monte bajo mediterráneo con enormes árboles, en su mayoría pinos, que proporcionan sombra; y cuando por fin se llega al palacio, cuya fachada está casi cubierta por la hiedra, hay una bonita colección de bonsáis que posiblemente sea parte de la colección de miniárboles del emérito. Un lugar donde, en los días de calima, se puede disfrutar de una brisa muy agradable. De ahí que el palacio se llame mar i vent, Marivent en mallorquín.

Entre esa frondosa vegetación se alternan esculturas —fue la casa del pintor Saridakis— y con la apertura de parte de los jardines, la fundación Miró cedió algunas obras de bronce, pero el mayor lujo es que se disfruta de mucha tranquilidad. En el recinto se escucha el trino de los pájaros, pero no hay placas con explicaciones botánicas ni bancos. No es un parque, aunque los políticos mallorquines, contrarios a la monarquía y que hacen lo posible por echarlos, se empeñen en hacerlo pasar por Versalles. La brisa que se siente en lo alto de la finca, donde se ubica el palacio principal, no la puede disfrutar el público visitante porque hasta allí no se puede acceder. En realidad, el palacio real de Mallorca es la Almudaina, en pleno

centro de la ciudad, que sí está abierto al público y es realmente interesante, además, forma pareja con la bellísima catedral y ambos son los vigías de la imponente bahía de Palma.

Marivent es propiedad de la comunidad autónoma balear y está cedido a la familia real para que disfruten de sus vacaciones en la isla, por tanto, su mantenimiento corre a cargo del Gobierno autónomo, que paga el coste de los jardines, aunque los seis jardineros que lo mantienen sean funcionarios de Patrimonio Nacional.

AL PALACIO EN AUTOBÚS DE LÍNEA

Que nadie crea que es un paraíso aislado, como la Zarzuela en Madrid en medio del monte de El Pardo o La Granja en Segovia. No, al de Marivent se puede ir en autobús de línea, concretamente en el 3 y el 20, que te dejan en la misma puerta. Algunos turistas que se acercan a la vecina fundación Pilar y Joan Miró suelen aprovechar para entrar en el jardín, que es más parque que jardín.

La finca limita por un costado con el dique del Oeste, que durante años ha estado ocupado por grandes depósitos de gas y por el que se puede acceder también al palacio. De hecho, por ahí se llega antes a Sont Vent, que es la zona donde se ubican las viviendas de las infantas Elena y Cristina y del entonces príncipe, en la misma cala Major y que se integraron en los años noventa al complejo. En el otro costado hay un restaurante en un edificio singular; delante, una calle larga de dos direcciones con casas y negocios, como una pescadería-restaurante con terraza desde la que se ve el muro de piedra que cerca la finca palaciega. Enfrente de la puerta principal se encuentra un restaurante tailandés; calle abajo, una tienda de vestuario laboral, una gasolinera y un supermercado. Marivent está dentro de una zona urbana residencial sin interés; sin embargo, muros adentro es un paraíso. El entorno no es el más bonito del mundo, de hecho, a no más de cien metros, en Porto Pi, hay cadenas de comida rápida, hamburgueserías, salas de juegos y tiendas low cost.

Posiblemente, el deseo inicial de doña Letizia, desde que llega a la familia real, sea pasar sus vacaciones públicas en otros lugares, deseo que no puede llevarse completamente a cabo en estos años de veraneo en los que acude más con resignación que con agrado a Mallorca. La costumbre es pasar una semana en Mallorca y luego partir hacia un lugar secreto para veranear en la intimidad del extranjero.

Y eso que no es difícil encontrar lugares estupendos para descansar, ya que la familia real dispone de palacios y residencias repartidos por casi toda la geografía española. No será raro que en algún

momento rompan con la tradición, como ya han cambiado algunas, y puedan rotar por las diferentes autonomías españolas repartiendo sus vacaciones por ellas. Por ejemplo, la familia dispone de una magnífica casa, La Mareta, en la playa de Teguise, en Lanzarote. No sería mala idea pasar unos días por allí, sobre todo porque el 85 % de los ingresos canarios llegan del turismo, casi como en Baleares. Precisamente en diciembre de 2005, Letizia y Felipe posan en las puertas de La Mareta con Leonor, un bebé de dos meses de edad que viste pantalones vaqueros y zapatillas deportivas en vez de los típicos pololos con pasamanería.

De momento, siguen la costumbre iniciada hace cuarenta años por los reyes eméritos de estar unos días en Baleares, y eso que, nada más casarse, hay cierta inquietud en la isla porque, dado que Letizia es asturiana, existe la posibilidad de que quiera tirar para su tierra y perder con ello el reclamo publicitario —e ingresos— que supondría que la familia real dejara de ir por allí.

En la isla, la mejor embajadora de normalidad es, sin discusión, la reina Sofía, que pasea por sus calles y compra en sus comercios con soltura. Y si la reina emérita se hace acompañar por su hija Elena o algunos de sus nietos Marichalar o Urdangarin, el refuerzo es mayor porque ellos potencian toda la parte de deportes que se pueden practicar. Aunque con el paso de los años, cada miembro Borbón va buscando sus propios refugios de vacaciones y la costa del Sol es un destino más acorde con Froilán o con Victoria Federica.

«ACASO ESTO SON VACACIONES»

El término «vacaciones privadas» se acuña un verano de la forma más casual y pasa a la historia como una extravagancia de Letizia. Es fácil entender lo que ella quiere decir y el tiempo le da la razón.

El príncipe ya lleva una hora embarcado cuando sobre las doce del mediodía llega doña Letizia al Club Náutico de Palma, pero esta vez sola porque ha quedado con unos amigos para tomar algo en la cafetería. Sin niñas y sin marido y con su suegro en un acto oficial con las autoridades en el palacio de la Almudaina y, por tanto, los cronistas oficiales en el evento, solo quedamos por el Náutico los deportivos y «la peluquería», que es como nos llaman simpáticamente los cronistas de la vela. De pronto, una llamada a las once y media nos alerta de que vayamos corriendo al Club, ya que Letizia tiene previsto acudir.

Carrerita por el paseo marítimo, paso del control de seguridad con escáner para bolsos y toma de posiciones en el edificio de entrada. Una hora después, con un sol generoso cayendo sobre nuestras cabezas, los guardaespaldas reagrupan a los tropecientos fotógrafos detrás de un corralito con vallas y en la lejanía se ve una figura delgadísima acercarse andando y saludando a los viandantes que se va encontrando con esa naturalidad del que se sabe observado por sesenta objetivos. Es Letizia en pantalón bermudas vaquero, camiseta marinera de rayas con aplicaciones de pasamanería negras y brillantes en los hombros, bolso de cuero marrón troquelado en bandolera y zapatillas planas. Sin apenas maquillaje y melena al viento, se acerca a los fotógrafos sonriendo, saluda con un buenos días y entra en el Real Club Náutico.

Agazapada entre las plantas observo que se detiene con un compañero cronista que le hace el saludo protocolario con inclinación de rodilla. De pronto ella se gira y me ve:

—Hola, Carmen.

No doy crédito y me sale un espontáneo:

—Hija, qué memoria. Eso es porque le pasan un álbum con nuestras fotos y los nombres de los que vamos a estar aquí.

—Desde luego, qué cosas tienes, es normal que os conozca y, además, hay que tener buena memoria —contesta ella.

Y tanto que la tiene. Aprovechando esta complicidad me lanzo a preguntarle por el parche que luce su marido en el cuello y me da evasivas. Así que me sigue quedando la duda de si es uno contra el mareo o contra el dolor. Ella aprovecha para recordarme que siempre nos quedamos con estos detalles y me menciona lo de sus supuestos brackets dentales, haciendo una mueca donde aparece su dentadura sin hierros. Luego le pregunto si seguirán sus vacaciones en Palma y me contesta que eso nunca se sabe, y que si yo creo que si lo suyo son vacaciones:

—¿Acaso esto son vacaciones privadas?, ¿crees que esto —haciendo gestos señalándome una sala llena de gente pendiente de ella— son vacaciones? ¿Tienes tú la solución? Pues yo tampoco.

Luego me comenta, a mi pregunta sobre su estancia en la isla, que la cena oficial de despedida es el día 30 de agosto, algo que no acierto a interpretar como si es un «sí, nos quedamos» o si es un «nos vamos y volveremos para el 30».

En esas estamos cuando alguien la anima a entrar en el hall del Club, pero Letizia sigue dándole vueltas al asunto de las vacaciones. Creo que le he tocado un tema espinoso y me hace una señal para que me acerque a ella:

—Fíjate, Blanca —por una de las personas de su equipo de comunicación—, lo que dice Carmen, que esto son vacaciones privadas, ¿tú qué crees? ¿Acaso esto son vacaciones privadas?

—Bueno, señora, no sé —responde balbuceante la pobre.

Y para echarle un capote a Blanca, ya que solo estamos las tres, entro otra vez al quite:

—Hombre, quizás ahora mismo rodeados de tanta gente no sea muy privado, pero cuando se encierran en Marivent, que tiene de todo y

donde nadie los ve porque es una fortaleza, pues eso sí que es privado. Ya quisieran muchos tener unas vacaciones así.

No parece convencida de mis argumentos y para quitarle un poco de hierro al asunto pasamos a comentar sobre las niñas. Me pregunta por la mía cuando ve un bolso con su foto impresa y yo si a las pequeñas infantas les gusta navegar:

—Les gusta todo a lo que les llevan sus padres. Estaría bien que se aficionasen.

Y como me sorprende que ese día no vengan con ella, se lo pregunto:

—Es que hoy les toca abuela y yo he aprovechado para quedar con unos amigos y tomar algo en la cafetería del Club.

En ese momento entiendo que lo mejor es dar las gracias por el ratito de charla y subir a escribir la crónica. Al rato, sucede algo inédito hasta la fecha. Letizia aparece por la sala de prensa a saludar a los colegas que andan liados con sus crónicas y se acerca a mi mesa para comentarme otra vez el tema cuando yo ya titulaba la crónica: «Acaso esto son vacaciones», que ha quedado para la posteridad como su santo y seña veraniego.

Media hora más tarde, con el artículo enviado, la veo salir por la puerta principal del Club a una avenida tomada por el equipo de seguridad y con los mismos fotógrafos apostados detrás de las vallas. Se repite la escena, pero de espaldas. Camina sola por la calle asfaltada y por donde ha llegado con la misma naturalidad del que se siente observado, luego hace una llamada rápida de móvil, se sube a un monovolumen gris metalizado del que le abren la puerta y se marcha conduciéndolo seguida por otros coches de seguridad como si no fueran con ella.

CAPÍTULO 8

COSTUMBRES ADAPTADAS A LOS NUEVOS TIEMPOS

Para entender algunas de las reacciones de la reina Letizia hay que fijarse en las vivencias que tiene en los años en los que es considerada una ciudadana sin responsabilidades en la más alta institución de este país. En la que, por cierto, no tiene más papel que, como dice el príncipe de Asturias el día de la pedida de mano en el palacio de El Pardo, «asegurar un eslabón en la cadena», ya que, a falta de una ley propia que regule a la familia real, en la Constitución al consorte del rey o de la reina se le da únicamente el cometido de dar continuidad a la línea dinástica y a una regencia en caso de fallecimiento del titular, y solo hasta la mayoría de edad del heredero.

El artículo 58 de la Constitución española de 1978 es muy claro: «La reina consorte o el consorte de la reina no podrá asumir funciones constitucionales, salvo lo dispuesto para la regencia». Es decir, que doña Letizia no está obligada a estar presente en las tomas de posesión, ni siquiera en la del primer Gobierno que se forma recién proclamados reyes, cuando promete su cargo Mariano Rajoy como presidente ante el jefe del Estado en el palacio de la Zarzuela ni cuando cuatro días después las dos ministras, Soraya Sáenz de Santamaría y Dolores de Cospedal, del PP, prometen sus cargos y los once ministros restantes lo juran.

Doña Letizia no está presente en el Salón de Audiencias junto al rey no porque no pueda, sino porque no lo estiman necesario. Ella a esa hora prepara sus propias audiencias del día. A las once recibe a la redacción de la revista Mía con motivo de su treinta aniversario y cuarenta y cinco minutos después se encuentra con los representantes de la campaña «Un juguete, una ilusión» de Radio

Televisión Española.

Curiosamente, es una jornada de reencuentro con colegas de profesión y optan porque el jefe del Estado acuda solo a la toma de posesión del nuevo Gobierno de España. La respuesta oficial que me dan es contundente:

—Que doña Sofía estuviera en las tomas de posesión no era trascendente constitucionalmente. La Casa quiere poner de manifiesto que esto es un proceso constitucional, que no tiene nada que ver con presencias institucionales que doña Letizia pueda tener en otros ámbitos. Por otro lado, no hay nada que impida que ella asista. La reina claro que puede acompañar al rey, pero esto es un proceso constitucional y doña Letizia no tiene ninguna competencia ahí.

Puede interpretarse que con su ausencia, y dado los momentos tan complejos en los que nos encontramos, lo mejor es mantener un perfil bajo que no dé pie a centrarnos en sus estilismos para la ocasión, y con ello se pueda eclipsar el hecho en sí de que por fin tengamos un Gobierno después de casi un año en funciones. Es una interpretación con respecto a la costumbre iniciada por su suegra. Doña Sofía sí que ha podido ser un ejemplo, como dice Letizia cuando entra en la familia Borbón, pero los tiempos entre ambos reinados son diferentes. Ya lo dice Felipe el día de su proclamación como rey:

—Es una monarquía renovada para un tiempo nuevo.

Nada extraño, pero sí una diferencia más con respecto a la anterior monarca. Doña Sofía siempre ha acompañado al rey en el Salón de Audiencias, ubicada a la derecha de don Juan Carlos, en esos actos.

Hace años hablé de este asunto con el entonces jefe de la casa real, Sabino Fernández Campo, y me dijo que era la propia Sofía quien insistía en acudir a las tomas de posesión del Gobierno:

—La reina no tenía postura allí. Lo discutimos y alegué para apoyar a doña Sofía, puesto que tenía un interés enorme en estar presente en la toma de posesión de los Gobiernos, que no iba como testigo de la ceremonia, sino que lo hacía como dueña de la casa donde la

ceremonia se celebraba y luego felicitaba y saludaba a los invitados. La única explicación sobre su presencia en esos actos es que era la dueña de la casa.

No es la única costumbre que va a modificar. Letizia obvia el uso de mantilla y traje largo negro en los actos castrenses, aunque como princesa sí que acude vestida de esa guisa. También varía la composición de su agenda: si la reina Sofía se ha dedicado más a labores sociales o musicales, la reina Letizia va a optar por un papel más «ejecutivo», como ser embajadora especial de la FAO para la nutrición. Tampoco parece que le guste mucho que hinquen la rodilla ante ella. Desde luego a Letizia no le gusta hacerlo. Le cuesta entender que a don Juan Carlos, antes de pasar a ser emérito, tenga que hacerle la reverencia en público, es su suegro. Y casi se podría afirmar que prefiere un tratamiento menos reverencial, especialmente cuando se le escapan expresiones poco regias, como hacer con las manos el ademán deportivo de falta de tiempo o expresiones coloquiales. También, ese intento por llevar una vida familiar normal, distinguiendo entre horario laboral y familiar, cuando acude de compras por Madrid, sale con sus amigas de copas o con el rey al cine vestida con ropa tan informal que llaman la atención sus amplias camisetas con mensaje, los pantalones rotos o las gorras con visera caladas para no ser reconocida.

Si doña Sofía opta por estar presente en los juramentos de los ministros y presidentes de Gobierno ante el rey en el palacio de la Zarzuela, queda claro que lo hace a título particular y como anfitriona del lugar en el que se encuentran los representantes institucionales, que es su casa. Porque esa es la paradoja de ese palacio, que es sede de la Jefatura del Estado y a la vez la residencia de los ahora reyes eméritos.

Doña Letizia desde el primer momento prefiere no estar presente en esas tomas de juramento de autoridades porque no tiene la obligación. El suyo es un trabajo sin estatutos y tanto doña Sofía como doña Letizia van moldeándolo según sus preferencias y necesidades. Como tampoco existe la figura de la reina madre, reina emérita, reina viuda o similar, y que es algo que la emérita ni imagina ni le gusta, porque no se ve como tal ni quiere serlo. En su fuero interno, para una mujer educada para ser soberana, cuando

un rey muere no hay opción: ha muerto el rey, viva el rey. Sin continuidad.

Y por cierto, emérito, siendo un adjetivo prestigioso porque demuestra un conocimiento acumulado por los años meritorios en una larga carrera, no es una distinción que les guste a ninguno de los dos. No quieren que les llamen reyes eméritos, prefieren rey Juan Carlos y reina Sofía, como así quieren dejarlo reconocido en un Real Decreto a raíz de la abdicación. En esa disposición se aclaran aspectos muy importantes para alguien ante quien se ha inclinado todo el mundo durante cuarenta años. Primero el rey y luego los demás. También el emérito tiene muy presente lo descolocado que se sentía su padre, el conde de Barcelona, para el que no había sitio. La infanta Pilar me recordaba en una ocasión una frase de don Juan:

—Mi padre me dijo: «Cuando vayas a un sitio, entérate quién eres en ese sitio». Si voy con mi hermano, seré la hermana del rey, con lo cual pasaré a la cola, así que no voy. En tercera fila se aprende muchísimo porque ves venir, te educan desde chiquitín a estar en tercera fila.

A un rey no le educan para estar en tercera fila, y hacer reverencias a sus años no entra en sus planes. De ahí la preocupación de dejar bien atado el trato que recibiría tras la abdicación. En el Real Decreto se deja claro el tratamiento: rey y reina, nada de eméritos y mucho menos nada de descenderles al rango de príncipes, como le pasó a su pariente la reina de Holanda cuando también dejó el trono a favor de su hijo Guillermo y bajó al escalón de princesa, con lo que ello supone de reverencias y de orden de preferencias.

Para don Juan Carlos es inimaginable hacerle reverencias a su nuera. Un rey no está obligado a inclinarse ante otro rey, de ahí que se blinde con un Real Decreto por el que permanece en el núcleo duro de la institución, en la familia real.

El día que Felipe y Letizia suben al escalón de reyes, la familia se reduce. Salen las infantas Elena y Cristina y sus respectivas familias para pasar a ser familia del rey, pero los eméritos se quedan, aunque en cuarto y quinto lugar. El orden queda establecido de una forma incómoda para los abuelos. Felipe, Letizia, Leonor, Sofía,

Juan Carlos y Sofía. Las nietas ocupan lugares privilegiados por delante de los abuelos. Así es el orden de preferencias para el protocolo cuando están todos en un acto público. Algo que, visto como ha ido el curso de la historia, es improbable que ocurra. Como me decía la abuela materna de la periodista Letizia Ortiz:

—El árbol, cuanto más cargado, más se inclina.

Y es que «los altísimos», como los llamaba la abuela Menchu, María del Carmen Álvarez del Valle, que lee magníficamente bien en la catedral de la Almudena en la boda de su nieta ante millones de personas de todo el mundo y sin que le tiemble la voz, era una mujer sabia que le daba buenos refranes y consejos a su nieta. A todos «los altísimos» les cuesta el descenso y agradecen algunas veces que les hablen con franqueza. Y por cierto, cuantos menos sean en el núcleo duro, menos ramas corren el riesgo de inclinarse.

Ahí están las claves de las medidas que se van tomando desde 2014, en lo que Felipe define en su discurso de relevo «una monarquía reformada» y muchas personas deducen que están tomadas por indicación de Letizia, que no llega a la institución para ser «un florero», palabras textuales suyas.

MÁS CAMBIOS EN LA MONARQUÍA

Se acabó. Ya no se aceptan regalos costosos. Lo mismo que ya no existen los proveedores reales, agasajar con Ferraris, Jaguar, relojes cuajados de brillantes, yates, mansiones o acciones de empresas que cotizan en bolsa. Se estudiará caso por caso. Hay que ajustarse a los nuevos tiempos y estos están marcados por un sentido común de austeridad. Además, la Zarzuela no es un almacén de óbolos y cachivaches. No es que hayan colgado el cartel de «no se aceptan regalos», es que han decidido regularlo y controlarlo por escrito.

Si bien el sentido común se le sobreentiende a todo el mundo que trabaja en la casa real, ahora se ha decidido crear el código de la buena conducta y el régimen de regalos a favor de los miembros de la familia real para que todos entiendan el mismo sentido común y remen en la misma dirección, y siempre teniendo en cuenta que hay dos tipos de regalos: los institucionales, que reciben en el ejercicio público de su función o por su condición, y que pasan directamente a Patrimonio Nacional, y los de carácter personal, que se podrán aceptar cuando no superen los usos sociales o de cortesía. Cuando excedan dichos usos, seguirán el mismo tratamiento que los de carácter institucional o serán cedidos a una entidad sin ánimo de lucro que persiga fines de interés general.

De todos los regalos se lleva siempre un inventario. Cosa que llega al recinto real, cosa que se apunta en una ficha y se registra el día, la hora, la procedencia y el tipo de óbolo. Desde el 1 de enero de 2015 queda regulado ese inventario: «La anotación de la información básica en un registro que permita la identificación y control de cada regalo recibido por S. M. el Rey o los miembros de la Familia Real será responsabilidad de las correspondientes Unidades de la Secretaría General (Gabinete de Planificación y Coordinación, Secretaría de S. M. la Reina y Protocolo)».

En la Zarzuela se recibe de todo lo que uno pueda imaginar, desde poemas, pañitos, ligas, billetes de lotería —y alguno ha tocado—, rosarios, cuadros, jarrones, castañuelas, mantas, bisutería, joyas, coleteros para Elena, puros, hasta comida y flores. Muchas veces

algún convento de monjas ha aceptado donaciones de ropa interior.

Hay épocas de gran avalancha de presentes coincidiendo con grandes acontecimientos, como las bodas de las hijas del rey Juan Carlos. En esos momentos hay tal problema de espacio para almacenarlos hasta poder reubicarlos que algunos acaban en el búnker bajo tierra que tiene la Zarzuela y en unas habitaciones en la planta superior del Palacio Real, orientadas a los jardines del Campo del Moro, y a las que se accede por un viejo corredor. Son habitaciones sin amueblar y con el suelo original. Allí incluso se guardan aún regalos de boda y de viajes de los reyes Juan Carlos y Sofía, como dos enormes garzas o un trono indonesio de madera todo repujado minuciosamente a mano.

También se acaba lo de viajar gratis en vuelos comerciales, ya no habrá billetes ilimitados en Iberia, o sí, pero pagando. Hubo un tiempo en el que se invitaba a pasar las vacaciones en el palacio de Marivent de Palma de Mallorca a toda la familia de Constantino de Grecia. Se encargaban los billetes en la agencia de viajes Ski Arias, propiedad de Miguel Arias, íntimo del rey Juan Carlos, y se les enviaban los pasajes porque la invitación era completa. Ahora eso llevará un control.

De todos es conocido el caso del barco Fortuna que un grupo de empresarios mallorquines regaló al rey Juan Carlos para que la familia pudiera disfrutar mucho más en sus jornadas festivas en Mallorca, y también la casa La Mareta, en Lanzarote, que el entonces rey Hussein de Jordania les obsequia a Juan Carlos y Sofía y que ellos, igual que hacen con el yate Fortuna, ceden a Patrimonio Nacional. La reina Sofía se lo explicaba a Pilar Urbano en 1996. Dice que la casa de Lanzarote la ceden a Patrimonio Nacional porque es demasiado cara de mantener y, además deberán pagar el impuesto de transmisión para regalársela a los hijos el día de mañana… Prefieren, cuando llegue el momento, comprarles una casa a cada uno. Como así ha sido. Al entonces príncipe, Patrimonio Nacional le construye una casona en los aledaños de la Zarzuela y a cada hija los padres las ayudan para que puedan pagar sus respectivas viviendas.

Es norma también en viajes institucionales o visitas a empresas u organismos que los servicios de protocolo tanteen previamente el

tipo de regalos que piensan ofrecerles a los miembros de la familia real o familiares del rey que se desplazan, y así evitar desengaños. Me explico. Por ejemplo, en Fitur, cuando se establece el recorrido que llevará la comitiva real, los servicios de protocolo preguntan antes en los distintos pabellones dónde está previsto que se detengan si tienen intención de hacer algún regalo y cuál será. Si es una bandeja de dátiles, unos muñequitos para las niñas o unos pañitos bordados, por cortesía se aceptan, pero si la intención es regalarles algo costoso, tipo un brazalete de oro o una estola de piel, como alguna vez ha ocurrido, se les indica que eso acabará en Patrimonio Nacional y que no será un regalo que ellos se queden para su uso personal. Si aun así insisten en hacerlo, el presente se acepta, pero pasa a Patrimonio. Esa es la forma de no generar problemas y que nadie se lo tome a mal. Simplemente aplican el sentido común que impera ahora y ese lleva el signo de la austeridad. Por eso, los regresos a España del rey Juan Carlos en jet privado descolocan las pautas de austeridad y más porque se desconoce quién paga esos aviones.

Hay regalos inevitables, como un burro, una llama o una pareja de pandas, que por mucho que a las infantas o a la reina Sofía, gran defensora de los animales, les guste y no tengan problemas de espacio en el monte de El Pardo, los seres vivos se mandan al registro de semovientes y luego acaban en un zoo para disfrute de todos.

También hay presentes complicados, como armas de fuego repujadas con las iniciales de su majestad o un par de Ferraris que acaban en Patrimonio y ocasionan un problema. ¿Qué hace el organismo con esos objetos? Pues salen a subasta o se venden. Como hicieron ambas infantas con sendos coches Jaguar que les regalaron los reyes jordanos con motivo de sus bodas respectivas. El de Elena estaba valorado en unos veinte millones de pesetas de la época y Jaime de Marichalar lo vendió por unos doce millones. Mantener un Jaguar no es barato y la mejor opción era, pasado un tiempo prudencial, deshacerse de él.

Hay regalos más sentimentales y personales que no pueden rechazarse, y menos si te los hace alguien de la familia, como la reina Margarita II de Dinamarca, que, además de reina, es artista, y

le diseñó a Elena de Borbón varios tipos de letras entrelazadas con las de Jaime de Marichalar que estuvieron usando en su papel de cartas y sobres a modo de exlibris.

El padre de Letizia les diseña para su boda un cuento, ilustrado por la hijastra de Jesús Ortiz. El texto es del suegro de Felipe VI y los dibujos de la hija de Ana Togores. Estos son regalos que tienen una sola dirección y, obviamente, son para los destinatarios.

También hay óbolos que crean adicción, como un juego de velas que se recibe en la casona de los príncipes y que a doña Letizia le encanta. Eso origina una tormentosa búsqueda de más velas como aquellas y no es fácil dar con ellas. Yo trato de ayudar a la entonces gobernanta responsable de intendencia a localizarlas y cuesta dar con más repuestos. Hay otros que son difícilmente reciclables, como las botellas de vinos especiales y que llevan las etiquetas con los nombres de los miembros regios. Esos se van a las bodegas respectivas y esperan el momento apropiado para ser descorchados.

Y aunque la normativa de regalos a favor de los miembros de la familia real comienza a aplicarse en 2015, hay limitaciones que llevan funcionando desde hace tiempo. La Secretaría de la reina Letizia ya advierte a los diseñadores cuando es princesa de que se abstengan de enviarle ropa y zapatos, que es preferible enviar un boceto con los modelos que quieren regalarle y que si le gusta, porque encaje con su estilo o agenda, ellos se lo encargarán y se lo pagarán. Se acabó lo de recibir cajas llenas de ropa. También se ha dado el caso de recibir unos zapatos, devolverlos y pedirlos en otro color. Por cierto, en las fechas previas a la Navidad, era costumbre que los fabricantes de juguetes de Valencia enviaran una generosa remesa a la Zarzuela para niños de todas las edades, y la familia real los distribuía entre los hijos de los empleados. Eso ya parece del Pleistoceno porque hace años que ya no se da ni la copita a los empleados en El Pardo. Austeridad tanto en gastos como en obsequios.

Desde ese día de enero de hace siete años se empiezan a seguir unas pautas e, incluso, a dar publicidad de lo recibido en la web de la casa real: «Anualmente todos los objetos recibidos en ese periodo deberán ser revisados por una Comisión […] que valorará cada regalo con referencia a, entre otras cosas, su importancia histórica,

artística, estética o económica, para proponer, de acuerdo con los criterios antes expuestos y su calificación como institucional o personal, bien su incorporación a Patrimonio Nacional o bien su donación a una entidad sin ánimo de lucro que persiga fines de interés general […]. Con periodicidad anual se publicará en la página web de la Casa de Su Majestad el Rey la relación de regalos institucionales que hayan sido recibidos por la Familia Real durante el año anterior. Se hará constar una breve descripción del regalo, así como la persona o entidad que lo haya entregado».

CAPÍTULO 9

UNA AGENDA CON POCOS DÍAS LIBRES

Ni el rey ni la reina fichan ni tienen horarios, y no les agrada que se les considere funcionarios. En sus vidas ningún día suele ser igual que otro porque, además de depender de lo que la actualidad demanda, los frentes son muy amplios y diversos. Lo mismo se pasan la jornada sin salir del despacho que cogen el helicóptero y visitan un centro de logística en Zaragoza, reciben en audiencia a un grupo de militares en la reserva o tienen una visita de Estado que atender.

Sus agendas, la de la familia real —Felipe, Letizia, Leonor, Sofía y reina Sofía—, se hacen públicas los viernes por la tarde y a una semana vista. El rey Juan Carlos, aunque es familia real también, antes de residir de Abu Dabi, y exhiliarse a Emiratos, ya había abandonado la agenda oficial.

En esa agenda de actividades se da cuenta de su programa oficial de trabajo previsto para los siguientes siete días, al que acuden siempre con un ministro que es el que se responsabiliza del acto. El resto de la mañana, o la tarde, que no aparece cronológicamente en la agenda la dedican a lo que llaman trabajo de despacho. Para ello cuentan con diferentes lugares, según dónde se encuentren. Disponen de despachos en su propia vivienda, también en la primera planta de la Zarzuela, que son los que más usan porque son donde trabajan con sus equipos, y si lo necesitan, pueden estar en el palacio de Oriente, porque cuentan con oficinas habilitadas allí, donde se lo preparan al rey Juan Carlos cuando abdica, pero que nunca ha utilizado.

Los reyes deciden sus agendas, dan el visto bueno de a quién reciben y a quién no, lo que aceptan y lo que rechazan, lo que

conviene y lo que no. Cuentan con una infraestructura en la que están representados todos los ministerios y no se da ningún paso sin que ellos lo supervisen.

A diario llegan al palacio multitud de solicitudes para que acudan o presidan actos o instituciones. Todas se estudian, y si aceptan, siempre lo hacen a título honorífico, de esta forma se evitan problemas que pudieran surgir. Honoríficamente no se asumen responsabilidades de funcionamiento. Con esa recopilación de peticiones, las propias inquietudes de Letizia y lo que requieren los distintos ministerios se organiza la agenda de trabajo.

Madrugar es una obligación y una necesidad para llegar a todo. Conciliar trabajo y familia no es una excepción en la casa real. Letizia ya sabe lo que es fichar y tener horarios imposibles. Cuando trabaja en la CNN, su horario es el más cañero y nunca se queja. En la Zarzuela tampoco se priva del sobresalto de la alarma del despertador cuando aún es de noche.

Cuando sus hijas son más pequeñas y ella aún princesa de Asturias, puede llevarlas al colegio y, según el día, se queda un rato con algunos padres, da una vuelta por el centro educativo o se acerca a tomar un café en la cocina de alguna madre de compañeras de sus hijas. Ese baño de realidad no lo ha perdido, aunque cada vez le cueste más dárselo. Desde hace un tiempo la conciliación se ha complicado, también es verdad que las hijas la necesitan menos porque casi vuelan solas. La mayor estudiando en el extranjero y la otra adolescente con mucha actividad social. Sofía no tiene un papel fácil, siempre en segunda línea, pero preparada por si tiene que pisar el césped.

Letizia tiene muy claro, y así lo dice, que no quiere ser un florero. El periodo de entrenamiento, siendo la prometida del príncipe, aunque intenso, es muy corto, apenas unos meses. Se necesita tiempo para observar y aclimatarse, y más siendo su novio el heredero, sin competencias fijas, más allá de la representación por delegación de su padre, por ejemplo, en las tomas de posesión de los jefes de Estado en el extranjero.

En el año de la llegada de Letizia a la familia real son más miembros los que forman parte de ella y tienen ya repartidas las

actividades. Una reina Sofía en activo y dos infantas, Elena y Cristina, que se ocupan de algunos temas, como educación, paralimpiadas y organizaciones humanitarias e, incluso, en casos excepcionales, las infantas Margarita y Pilar también echan una mano, y por todo ello las cinco reciben la asignación que Juan Carlos decide porque no tienen sueldo, como ahora, y por supuesto, siempre son actividades institucionales no lucrativas.

Así que Letizia tiene que hacerse un hueco poco a poco, y lo cierto es que no le cuesta, porque desde el primer momento siente que levanta un interés mediático, a lo que se une su deseo de ser útil. Ella sabe, porque su trabajo ha sido la comunicación, que esa atracción de miradas bien llevadas puede ser provechoso para dar visibilidad a sus objetivos.

Hasta 2007 no cuenta con agenda propia y con un miniequipo que tiene dos patas: una se encuentra dentro de la Secretaría de la reina Sofía y otra, en la Secretaría del príncipe de Asturias. Las dos le dan apoyo porque no se crea la Secretaría de la princesa de Asturias.

Desde 2014 es la titular, así que la Secretaría de la reina se reajusta a la nueva monarca, y dado el conocimiento acumulado en los diez años que lleva en la Casa, decide quién será su equipo. Al frente pone al militar y duque de Abrantes, José Manuel Zulueta —un atractivo y reservado (esto lo añado desde el cariño porque así me lo parece) general de división del Ejército de Tierra de sesenta años, casado y con tres hijos—, y lo que no cambia es la estructura, ya que la Secretaría de la reina sigue estando dentro de la Secretaría General de la Casa del Rey. El organigrama es sencillo. Don Felipe tiene un jefe de su Casa, un secretario general y un jefe del cuarto militar. El jefe de su Casa, Jaime Alfonsín —educado, amable y observador, también lo afirmo con cariño—, ha acompañado a Felipe desde su juventud y está presente el día en el que la pareja se conoce en aquella cena en casa del periodista Pedro Erquicia. También cuenta con un consejero diplomático para las relaciones internacionales y una interventora que fiscaliza las cuentas, que es una novedad introducida por Felipe en su deseo de transparencia.

Dentro de la Secretaría General trabajan más de ciento cuarenta funcionarios, además de todo el personal de seguridad que depende de los Ministerios de Interior y Defensa. En esa Secretaría se

encargan de todo: del protocolo que se lleva a cabo en las actividades oficiales de la familia real, de la planificación, de la comunicación, de la seguridad, de la administración, de las infraestructuras y del mantenimiento de la Zarzuela.

El núcleo duro del equipo de trabajo de Letizia no llega a diez personas y todas están veinticuatro horas a disposición de la casa real. Sus teléfonos pueden sonar a las tres de la madrugada, la que llama es la reina Letizia, y lo primero que hace es pedir perdón por las horas, para acto seguido plantear una cuestión de trabajo. Da igual que sea domingo, Semana Santa o Navidad, ese teléfono suena, pero van por delante las disculpas por la interrupción, aunque ellos digan siempre que «la reina nunca interrumpe». Igual que nunca llegan tarde porque el acto empieza cuando llegan los reyes. Y lo cierto es que Felipe y Letizia son más puntuales que Juan Carlos y Sofía, que era tardona para desesperación de su marido. Letizia en eso es más práctica y eficaz.

BATALLAS LIBRADAS

La radio suena de fondo y más en días en los que las noticias no dejan de vomitar información.

Se sube al coche y en dos minutos está sentada en su despacho de la Zarzuela. Allí tiene una primera reunión con su equipo más cercano, en el que siempre suelen estar el jefe de su Secretaría, Zuleta, y el periodista Jordi Gutiérrez, dos personas de su máxima confianza. Gutiérrez posiblemente tenga el cometido más complejo, que él sabe llevar bien y con aplomo porque es perro viejo y ya lleva mucha Zarzuela a sus espaldas, y lo digo con cariño porque le aprecio, aunque a veces no le entienda y me desespere. Con ellos comienza a desarrollar discursos, audiencias, a atender peticiones, llamadas y, desde la pandemia por el COVID-19, las reuniones virtuales. Ambos conocen los puntos fuertes en los que se quiere centrar la reina: la educación, con especial interés por la violencia y la trata de mujeres, la alimentación, la formación profesional y la salud mental.

Abordar este último asunto y profundizar sobre él le causa un dolor muy cercano. Su hermana pequeña, Érika, se quita la vida y Letizia quiere implicarse y lo sigue haciendo, más ahora que con la pandemia por el COVID-19 los casos están aumentando. Y dada la implicación de ella y de su equipo, se entiende que ni haya horarios ni su formato laboral sea cerrado y mucho menos que se les considere un Ministerio. Si Letizia quisiera escuchar lisonjas, tendría un equipo de pelotas, a los que, por cierto, detecta a distancia. Ella quiere realidades, aunque sean desagradables. Cuando llegan de un acto, hacen una evaluación rápida: «Ha salido bien», «Esto hay que mejorarlo», «Aquello ha fallado», y casi siempre coinciden con la apreciación de Letizia. En estos dieciocho años ha desarrollado tres mil ochocientas actividades públicas junto a su marido, y desde que tiene agenda propia, desde hace quince, tres mil cuatrocientos actos, en los cuales ha dado ciento cincuenta discursos. Es decir, que hace una media de doscientas actividades anuales, unas veinte al mes y un discurso mensual.

Las reuniones o salidas fuera del palacio también se trabajan de forma minuciosa. Cuando se sube en el coche camino del acto —a propósito, le ha costado permitir que le abran la puerta; estaba acostumbrada a hacerlo ella misma y de vez en cuando, especialmente con sus hijas, tiende a ser ella quien lo hace, igual que lo de llevar el paraguas si llueve—, ya sabe quién la recibirá, cómo se llaman los asistentes y qué hacen e, incluso, si puede ser, le gusta conocer algún detalle privado que saca a relucir para sorpresa de su interlocutor. Así se gana a la gente en las distancias cortas y también por el interés que muestra por todo y la cantidad de preguntas que hace y que admite que es excesiva, pero imprescindible por esa necesidad innata por conocer. Y para muestra, un botón. Cuando la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid —donde se licenció en Periodismo—, cumplía cincuenta años, la nombraron alumna de honor y allí contó una anécdota sobre su tendencia «preguntona»:

—Me acuerdo de una vez en una clase, no sé si era cuarto o quinto, con un catedrático de aquellos brillantes, y en mitad de la lección, el hombre, un poco harto, me dijo en voz alta, casi gritando: «Ortiz, mire, Ortiz, desde luego yo no sé lo que va a ser de su vida, pero a pesada —se refería a las preguntas, a la curiosidad—, ahí no tiene rival, Ortiz».

Dado que el protocolo ya no se aplica con rigidez y no se espera a que los miembros de la familia real se dirijan a uno para entablar una conversación —que sería lo protocolariamente correcto—, Letizia ha aprendido a nadar en los corrillos, a solventar el tiempo que pasa en los cócteles de trabajo. En función de la gente que asiste y el rato que tienen previsto quedarse en el acto, más o menos se hace un cálculo mental de cuánto le dedicará a cada corrillo y su táctica más valiosa para evitar preguntas o situaciones incómodas, de esas que no puede o sabe que no debe valorar, es hacer ella las preguntas. Así se pasan los minutos de cortesía que dedica y sale indemne sin haber contado nada y habiendo dejado la sensación en el grupo de lo atenta que es por el interés demostrado con todos.

Son muchos años, muchos besamanos y mucho acto social donde todos los ojos tienen un solo foco: ella. No es fácil sentirse el centro

de atención de miradas escrutadoras, pendientes de cualquier mueca, expresión o gesto que Letizia hace. Felipe está acostumbrado desde que nació, pero Letizia no. Eso le ha costado aceptarlo y más porque luego lee las interpretaciones de sus actos por ese afán de saberlo todo y de perfección que le ha dado más de un disgusto, hasta que ha aprendido a racionalizarlo, a relativizarlo, a aceptarlo, y, lo que es más importante, a leer menos sobre ella.

Por su trabajo, los tres reyes cobran en 2022 una cantidad que decide Felipe del presupuesto total de casi ocho millones y medio de euros que recibe de los presupuestos generales del Estado para el mantenimiento de su Casa. Los sueldos se han incrementado un 2 % y los perciben en doce pagas. Felipe, 258.927 euros; Letizia, 142.402; y Sofía, 116.525. Al rey emérito le retiran el sueldo en 2020, pero como es militar en la reserva le queda su paga.

Hasta los treinta y un años su profesión es periodista y negocia sus contratos y colaboraciones hasta donde puede o la dejan. Desde el 22 de mayo de 2004 fecha de su boda, es princesa de Asturias, y desde el 19 de junio de 2014 es reina. Por ese concepto cobra, pero no siempre es así, ya que hasta cuatro meses antes de convertirse en reina, ni su suegra ni ella tienen sueldo fijo, solo disponen de gastos de representación. Lo empiezan a recibir cuando, graciosamente, su majestad, el rey Juan Carlos, ese mes de febrero, cuatro antes de la abdicación, decide que ya es hora de poner precio al trabajo que desempeñan las mujeres de la Casa. Diez años después de entrar en la familia real, Letizia vuelve a tener sueldo, 102.464 euros, y 131.739 euros su suegra. Que es más o menos las cantidades que vienen recibiendo ambas, pero en concepto de gastos de representación.

Estableciendo un sueldo se profesionalizan sus ocupaciones y se igualan al cabeza de familia, que sí ha tenido siempre un sueldo. Exactamente el que él, Juan Carlos, había decidido, 292.752 euros, y 146.300 para el príncipe Felipe. Aunque ambas son consortes, hay un claro agravio comparativo por el mismo concepto rey y reina. Dentro del palacio ocurre lo mismo que en la vida real, que algunas mujeres desempeñando el mismo cargo cobran menos que los hombres, eso sí, los tres declaran por ello a la Hacienda pública, como el resto de los mortales. La reivindicación de igualdad de

sueldos es una batalla que también ha librado en más de un discurso y foro la propia Letizia, aunque ella lo sufra a final de mes.

CAPÍTULO 10

UNA REINA QUE SE ESCRIBE SUS DISCURSOS

La prioridad de Letizia es la familia, lo ha declarado en público varias veces y así me lo repiten en palacio:

—La reina se ocupa diariamente de sus hijas. Trata de hacer compatible sus tareas como madre con su trabajo al lado del rey en determinados actos oficiales.

Desde 2007, tres años después de entrar en la familia Borbón, tiene agenda propia. Y es esa agenda propia la que le obliga a desarrollar una actividad pública donde, además de su presencia, también se requiere su «opinión». Son esos momentos en los que podemos escucharla trasladar a la audiencia sus inquietudes, su análisis crítico o su velado parecer. Son píldoras de pensamiento que introduce con habilidad entre los párrafos de sus discursos y que ella, una apasionada de la lectura, de los lectores y de los «leedores», espera que, cuando la escuchemos en los púlpitos, tomemos la actitud de ávidos lectores:

—He recordado lo que, en su momento, dijo el poeta de la Generación del 27 y ensayista, Pedro Salinas, en la distinción que hacía entre leedor y lector. Al leedor le adjudicaba la capacidad de leer de forma pragmática, pero sin interpretación ni apropiación imaginativa. Y al lector le otorgaba el puro gusto de leer por amor invencible al libro y con determinación para interpretar, para dar contexto y para crear un mundo propio —palabras de Letizia el 26 de abril de 2022 por la entrega de los Premios SM de Literatura Infantil y Juvenil.

De ahí que, siguiendo su opinión, en sus discursos no podamos ser leedores. En la Zarzuela reafirman lo que todos comentamos en

público, que Letizia, además de ser una excelente oradora, ha ayudado enormemente en las alocuciones de su marido y su hija Leonor. Con ella tienen en casa a la mejor profesora y preparadora. Me corroboran que se redacta sus propias intervenciones, a partir de la información que le proporcionan las entidades o instituciones implicadas, de la que elaboran en su Secretaría y del trabajo de investigación de la propia reina. El borrador final se comparte con el equipo para recibir las aportaciones que ella considera necesarias y cerrar el texto definitivo. Es decir, que tenemos una reina con pensamiento crítico propio, que navega por internet, que si tiene una duda la consulta directamente porque ella es de las que levanta el teléfono y habla con quien necesite para aclarar sus lagunas o para buscar el dato que le falta. Lo hacía en el mundo real y lo sigue haciendo en el «real». Su evolución en los discursos va a la par que a su asentamiento y control de la situación en palacio.

Los primeros que lee carecen de alma, pecan de institucionales y anodinos, pero poco a poco va metiéndoles mano hasta llegar a la situación actual: impecables en la dicción, en la duración, en la modulación y, en lo más importante, en el mensaje. Trata de ir directa al grano, da cifras, cuenta casos, cita a especialistas y no lee, mira al auditorio y se los lleva de calle porque si en algo es excelente, es comunicando. Su profesión de periodista, el inicio del doctorado en México y el máster en Periodismo Audiovisual que sigue en el Instituto de Estudios de Periodismo Audiovisual los pone en práctica con excelentes resultados. Y por si fuera poco, no pierde ocasión de tirar —con cariño, respeto y firmeza— de las orejas a quien tenga delante. Su misión con su presencia, ya lo dije y lo repito, no es ser florero. Si decide participar en algo lo hace con todas sus consecuencias y a tope. Se implica hasta el extremo de hacer escapadas «privadas», sin cámaras y sin notas de prensa, para conocer sobre el terreno la situación y una vez que decide participar, aprovecha para dar visibilidad y llegar a más destinatarios con opciones de solución. Las vacaciones, su tiempo libre, las celebraciones familiares y de ocio son tabú, pero para su trabajo quiere la máxima difusión.

Y en ese apoyo al trabajo institucional de su marido, que comento al inicio de este capítulo, ella escoge una serie de intereses sociales y culturales en los que desarrollar su propia agenda.

Le preocupa el abandono y el fracaso escolar. Tiene en su propia familia el caso cercano de una sobrina que no completa el bachillerato y que deja de estudiar pronto para desesperación de su tía. Se vuelca en la promoción de la formación profesional. Opina que el acceso al conocimiento nos permite desarrollarnos del mejor modo posible.

También tiene obsesión con fomentar la lectura y la comprensión lectora en los críos —recordemos que a su marido le regala un libro en la pedida de mano y que las primeras apariciones de sus hijas son leyendo el Quijote—. A Letizia le parece que es fundamental para su desarrollo intelectual y dice que «leer solo nos aporta beneficio» y que sentarse ante un libro garantiza la concentración y la comprensión. No le falta razón cuando sugiere que hay que pensar antes de hablar y leer antes de pensar. Que son sentencias estupendas de coach, pero que no siempre se llevan a la práctica.

Se ha volcado igualmente en dar visibilidad y apoyo a los que sufren patologías poco frecuentes, y ese es el motivo de su primer viaje al extranjero con su agenda propia. En 2010 se desplaza a Berlín a una entrega de premios de investigación sobre estas enfermedades. Es un asunto que conoce bien porque en su entorno de amistades tiene varios casos de este tipo de enfermedades —que ella llama «minoritarias»— y porque se ha implicado en la Federación Española de Enfermedades Raras, FEDER, como si le fuera en ello la vida. En una intervención telemática que hizo en julio de 2021 ante las Naciones Unidas sostiene que hay que acortar los tiempos de diagnóstico, apoyar a las familias y buscar y propiciar la coordinación y financiación de la investigación científica. En definitiva, hay que tender manos y hacer que instituciones y administraciones se comprometan y actúen.

El mundo de la discapacidad, visual, sordera o autismo también está entre sus prioridades; a veces se la ha visto intentando hablar con el lenguaje de signos. Afirma que es necesaria la comprensión por parte de la sociedad de lo que significa no poder oír ni ver y que no haya barreras de ningún tipo. Sabe que hay que reducir vulnerabilidades y lograr la accesibilidad universal, sin barreras de cualquier clase para que haya una integración plena.

El cáncer es otra de sus preocupaciones. Lo ha sentido en sus

propias carnes porque varios familiares, a los que estaba muy unida, han muerto tempranamente por culpa de este mal. De ahí que la primera presidencia de honor que acepta sea la de la Asociación Española contra el Cáncer, AECC, en septiembre de 2010, y también la de su Fundación científica.

En un discurso que hace en inglés en septiembre de 2021 para conmemorar el Día Mundial de la Investigación contra el Cáncer, asegura que está convencida de que el compromiso de todos es seguir logrando mejores tasas de supervivencia. Pide garantizar el acceso del paciente, tanto a un tratamiento eficaz como a un diagnóstico oportuno y precoz y dotar a la sociedad de conocimientos suficientes que ayuden a prevenir esta enfermedad.

Se ha implicado igualmente en que adquiramos hábitos saludables desde la infancia, ya que Letizia está convencida de que una buena salud física y mental tiene sus raíces en la alimentación sana, en la actividad física y en el desarrollo de habilidades sociales. Esa buena base, adquirida desde la niñez, evitará adicciones tempranas en edades críticas, como la adolescencia. Sabe que los sistemas alimenticios han de ser más sostenibles y equitativos a la vez que deben restaurar y proteger la naturaleza.

Ya cuatro años antes, en 2017, en la apertura de la Conferencia Tabaco y Salud que se realiza en Oporto en marzo, dice que evitar el alcohol, no fumar ni alimentarse con comida procesada y hacer treinta minutos de ejercicio al día prevendría ocho de cada diez cánceres, enfermedades cardiovasculares y diabetes tipo 2.

Si hay un mantra que escucha en su familia desde pequeña es sobre la igualdad de género, no porque se apoye la manifestación del Día de la Mujer, el 8 de marzo, es que, como no puede ser de otra forma, le ocupa y le preocupa la igualdad del ser humano. En unas jornadas de desarrollo celebradas en Bruselas reconoce que «la oportunidad de educarse, de acceder a servicios de salud, de moverse con libertad y seguridad, de alimentarse con calidad es imprescindible para las mujeres».

Sin duda, un tema complicado para ella es la salud mental, su hermana pequeña la sufrió con un final trágico. Embarazada de Sofía, Letizia se enfrentaba a la realidad rota de dolor e impotencia

aún sabiendo que Érika no se encontraba bien y había estado de baja en el trabajo. Es consciente de que después de la pandemia el problema se ha agudizado y siempre tiene en su agenda un espacio para seguirlo de cerca. Entiende que no todos los seres humanos nos podemos desarrollar en la confianza y seguridad, y que es en la edad escolar cuando comienzan la mayoría de los problemas de salud mental. Por eso, «respeto, empatía, inclusión, plena autonomía son, más que palabras, conceptos que deben permear nuestro sistema educativo en todos sus niveles». Esto lo dice Letizia en el Congreso de los diputados en octubre de 2018.

CÓMO INTERACTÚA

En la Secretaría de la reina se reciben siete mil comunicaciones postales y electrónicas al año. Lo que supone una media de unas seiscientas cartas al mes. Lo más curioso es que, más o menos pronto, se trata de contestar a todas. Evidentemente también hay personas que la llaman, pero de esas no se lleva registro y tampoco se las pasan. Letizia dispone de un móvil —al que se somete a un rastreo periódico para evitar ciberataques, como el famoso Pegasus de origen israelí— y también de una línea de teléfono por la que su círculo cercano se comunica con ella, lo que supone un acceso más directo que el cauce oficial.

También recibe visitas, las oficiales en forma de audiencias y las privadas de la familia y amigos. Para ambas hay un trato diferente. Las oficiales llevan un cauce más administrativo y las privadas cuentan con el beneplácito de los habitantes del palacio, pero todas acceden por alguna de las cinco entradas con las que cuenta el recinto donde se encuentra tanto el palacio de la Zarzuela, las distintas dependencias y la Residencia.

Algunas de esas entradas tienen un horario limitado, las cierran a las seis de la tarde. Los controles de seguridad están salpicados por los siete kilómetros que separan la entrada del palacio. Aunque supuestamente hay drones y cámaras de vigilancia, uno no puede circular libremente por ese monte.

Letizia tiene una parte pública, cuando acude a foros de diversa índole en los que interactúa con los allí presentes o les dirige unas palabras, esas que ya hemos contado que escribe ella misma. Pero también desarrolla otra actividad de la que no se informa en la agenda de actividades oficiales. Es la que lleva a cabo de manera más anónima cuando trabaja en su despacho, cuando visita instituciones, centros, familias o mantiene conversaciones con personas que considera que le pueden aportar un conocimiento o resolver alguna duda. Las visita o las llama a palacio, pero de eso no se da cuenta.

LOS VIAJES DE COOPERACIÓN

Según el equipo de trabajo de la reina este es el proceso que siguen ante un viaje de cooperación propuesto por el Gobierno del país que conviene visitar, habitualmente un año a un país hispanoamericano y al siguiente a otra zona del mundo. Se alterna.

Aprobado el país, hay un primer contacto con la SECI —Secretaría de Estado de Cooperación Internacional— y la embajada para comenzar el estudio del programa, en el que intervienen la Casa, la Secretaría de Estado de Cooperación y la AECID, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo. Después hay una reunión interna del equipo de avanzada —comunicación, protocolo y seguridad— con la reina, con su jefe de Secretaría y con el ayudante de campo que la acompañará.

Hay un primer viaje de avanzada al país del equipo para mantener reuniones con la embajada, la oficina técnica de cooperación y con los agentes que están sobre el terreno. A su regreso se reúnen con la reina para informarle de lo que han visto y han hablado. Con esta información, Letizia se reúne con la SECI, la AECID y con José Manuel Zuleta, ahí ultiman los detalles. Finalizado el viaje se lleva a cabo, como siempre, una reunión de valoración y evaluación en la que intervienen junto a la reina las personas de la Casa que han participado en él.

Desde que doña Sofía hace su último viaje internacional de solidaridad como reina en activo a la República de Guatemala en febrero de 2014 y le pasa el testigo de representar a España en los viajes de cooperación, Letizia ha estado en siete países. Se estrena en mayo de 2015 acudiendo a Honduras y El Salvador. Luego Senegal —en diciembre de 2017—, las Repúblicas Dominicana y de Haití —en mayo de 2018—, Mozambique, en abril de 2019. Repite acudiendo al que fuera su primer viaje de cooperación a Honduras en diciembre de 2020 y Paraguay, en noviembre de 2021, a finales de mayo y principios de junio de 2022 vuela a Mauritania; su uniforme de viaje es el chaleco rojo que no se quita mientras dura su estancia.

CAPÍTULO 11

SALUD Y ALIMENTACIÓN: DOS GRANDES OBSESIONES

La mala salud de hierro de los Borbones está provocada algunas veces por tentar a la suerte. Es el caso de la sordera que padece don Juan Carlos debida a sus largas jornadas de caza. Otras veces son motivos congénitos, como el angioma en la nariz con el que nace Leonor de Borbón, un pequeño tumor benigno que va remitiendo a medida que la niña crece.

Los partes médicos de la familia real son parcos y, generalmente, los conocemos cuando, por casualidad, nos enteramos de que están hospitalizados o aparecen con una venda, como la operación de cirugía estética de nariz a la que se somete la reina Letizia en plenas vacaciones estivales privadas. Un gravísimo accidente aéreo la obliga a volver al trabajo para ejercer sus funciones como esposa del jefe del Estado en los funerales por las víctimas, y ahí se puede apreciar que la nariz y el mentón han sufrido una modificación.

La reina parece gozar de buena salud porque también se cuida y mucho. En su juventud fuma y su abuela Menchu solía regañarla cuando la pillaba con el cigarrillo encendido. Es más de infusiones y de agua con gas y rodajita de limón que de alcohol. De hecho, en las cenas de Estado se la ve brindar y llevarse la copa a los labios sin apenas mojárselos. De joven tampoco es de discotecas, quizá por eso hace zumba, yoga y pilates cuando puede, más por salud que por gusto. Además de los arreglos estéticos, me confirman que solo la han operado de las muelas y las dos cesáreas de los partos de Leonor y Sofía.

En la Zarzuela hay un servicio médico permanente y un médico

oficial de la casa del rey. La unidad de asistencia sanitaria de la Guardia Real proporciona amparo a los miembros de la familia real en sus residencias oficiales, lo lleva haciendo desde 1999. También cuando se desplazan de viaje les acompaña un equipo médico e, incluso, una ambulancia.

Del rey emérito sabemos que pasa revisiones periódicas en la Clínica de Navarra, en Sant Josep, Barcelona, con su médico Gil-Vernet, y que durante una temporada se somete a tratamientos antiaging en la clínica Planas, también de la capital catalana. Pero del resto de la familia no transciende tanto, más allá de que pasen revisiones rutinarias. Cuando hace falta se les hacen las pruebas que requieran sin necesidad de ponerse en las listas de espera que obran para el resto de los españoles.

Dado que la historia familiar de los Borbones forma parte de nuestro programa escolar, sabemos que el bisabuelo de Felipe, Alfonso XIII, sufría cardiopatía isquémica y su esposa, Victoria Eugenia de Battenberg, introdujo la hemofilia en la familia, aunque ella murió de una cirrosis hepática. Ese problema de falta de coagulación de la sangre puede provocar que una hemorragia por un accidente, como las que sufren dos de sus hijos, el príncipe de Asturias, Alfonso, y su hermano Gonzalo, les ocasione morir desangrados por ser hemofílicos. Las mujeres no la padecen, pero sí la transmiten, así que es posible que las descendientes de la reina Victoria Eugenia sean portadoras. De ahí que Leonor y Sofía estén a salvo porque, aunque su padre lo fuera, no lo transmitiría.

La salud de los Borbones les ha mermado en algunas ocasiones para ejercer sus funciones regias. Por ejemplo, otro hijo de los bisabuelos paternos de Felipe VI, Jaime de Borbón —el padre del duque de Cádiz y primer marido de Carmen Martínez-Bordiú—, es sordomudo y tiene que renunciar a sus derechos dinásticos en favor de su hermano Juan, conde de Barcelona, un marinero corpulento que sirve en la Armada inglesa y que es hijo de rey, Alfonso XIII, y padre de rey, Juan Carlos I, al que le gusta fumar y lo hace con tanto empecinamiento que cinco años antes de morir por un tumor de hipofaringe y de boca de esófago le es extirpada la laringe.

Para protegerse lo máximo posible, los reyes Felipe y Letizia tienen la precaución de congelar el cordón umbilical de sus hijas cuando

estas nacen, que les servirá en un futuro por si ellas necesitan hacer uso de sus células madre.

El caso más curioso de enfermedad —que no ha trascendido que la haya heredado ningún descendiente— es la de Fernando VII, que sufría una especie de macrosomía al tener un pene de tamaño mayor de lo normal. Junto a su esposa, la reina María Cristina, tuvieron dos hijas: María Luisa Fernanda e Isabel II, que padecía psoriasis. Un primo hermano del rey Juan Carlos, el infante Carlos de Borbón-Dos Sicilias, duque de Calabria, no puede declarar en 2011 en calidad de consejero en el juicio del caso Marsans porque alega enfermedad mental degenerativa. Otro familiar también tuvo problemas mentales, el primer Borbón español, Felipe V, era bipolar y eso condicionó su reinado según estuviera en un momento de euforia o de decaimiento.

Elena de Borbón sufre un aborto natural y Felipe tiene problemas para cicatrizar una herida que se hace esquiando en Baqueira. Doña Sofía parece tener una buena salud, no así su esposo. El emérito tiene la movilidad reducida, sin llegar a ir en silla de ruedas como su hermana Margarita o su madre, María, que pasa los últimos años de su vida sentada. El rey Juan Carlos entra innumerables veces en el quirófano, ya sea para arreglar fracturas, aliviar los dolores producidos por una hernia discal, extirpar nódulos, paliar la artrosis que sufre o colocar prótesis en rodillas o cadera —sus puntos débiles—, la mayoría de las ocasiones dolencias motivadas por la práctica de los que han sido sus deportes favoritos, como la vela, el esquí, el squash o el tenis. Por los cuales ha sufrido fracturas en brazos, piernas y pelvis. Y un cristal del pabellón de la piscina de la Zarzuela, que está tan limpio que lo atraviesa y se le rompe el tendón de Aquiles. Sufre también herpes facial, de ahí que en numerosas ocasiones le hayamos visto con barba, y los ojos amoratados por golpes en algunas cacerías. En cualquier caso, la casa del rey no tiene ninguna obligación de informar sobre la salud del jefe del Estado, y mucho menos de su esposa e hijas, por pertenecer a su privacidad, pero todos están permanentemente bajo el control del servicio médico del palacio, y en tiempos de la COVID-19 los análisis de antígenos son constantes para ellos y para todo el personal que trabaja en la Zarzuela.

Al poco de ingresar en la familia real, en los medios de comunicación comenzamos a hacernos eco del sentir popular sobre la extremada delgadez de Letizia. En 2005 publico en el periódico El Mundo un reportaje sobre unas alarmas que han saltado en otras casas reales sobre el llamado «mal de las princesas». La española no acostumbra a confirmar ni desmentir rumores, pero a raíz de mi artículo, el entonces director de relaciones con los medios de comunicación de la casa real, Juan González-Cebrián, envía una contestación a la sección «Cartas al Director» del periódico con el ruego de que sea publicada «para responder a las dudas que esos artículos puedan sembrar entre los ciudadanos».

Mi artículo jamás afirma que Letizia sufra un trastorno alimentario, pero sí resulta evidente la delgadez de la princesa, y Gómez-Cebrián se refiere a él como «en el que la periodista Carmen Duerto se pregunta si Letizia Ortiz sufre el mal de las princesas». En el reportaje se puede ver una fotografía hecha a Letizia en enero de 2005 que reflejan las prensas francesa e inglesa, resaltando que tiene «rasgos faciales marcados, brazos filiformes y silueta delgada».

La revista Paris Match, por ejemplo, publica un reportaje en el que también se pregunta si Letizia sufre dicho mal. De ahí que, en un hecho inédito hasta la fecha, el responsable de comunicación escriba: «Los artículos se basan en reportajes de la prensa extranjera que en ningún momento contrastaron su información con la casa real».

Cuando hablo con Cebrián enseguida me aclara que la crítica se refiere a los extranjeros, porque está claro que, en mi caso, no es por no preguntarle, porque me pasa como a la reina Letizia con su profesor de Periodismo, que la consideraba pesada de tanto preguntar. Y Cebrián me pide disculpas porque reconoce que mi artículo da razones para esa delgadez y esas no entran en conflicto con una supuesta enfermedad.

Mis palabras son: «Está delgadísima, pero su constitución genética es así. Ella y los suyos afirman que come como una lima, pero que todo lo quema debido a su carácter hiperactivo, al que se suma ese afán de perfección que la lleva a ser un puro nervio quemagrasas. Todo ello la hace estar por debajo en dos puntos de la talla media nacional. Tiene un talle de sesenta y tres centímetros y unas caderas

de ochenta y ocho, dos centímetros menos que las medidas estándar de las modelos de pasarela. Aunque sus modistas “oficiales” sostienen que utiliza una talla 38, otras marcas que han preferido mantener el anonimato aseguran que la talla solicitada por Letizia ha sido la 36 e incluso la 34». Es más, yo doy una posible respuesta a la preocupante delgadez: «Ante los largos besamanos de pie, con tacones de más de diez centímetros, en postura erguida con hombros hacia atrás y barbilla en perfecto ángulo recto con respecto al cuello, Letizia ha aprendido a apoyar el peso del cuerpo en los glúteos, que es uno de los trucos de supervivencia que se enseña en el cursillo de formación para las nuevas princesas», lo que acentúa esos exagerados bultos en los omoplatos por la inexistencia de masa muscular. Algo que con el tiempo ya se ha visto que ha modificado y ahora, diecisiete años después, se habla de su cuerpo fibroso y musculado.

LA COMIDA

Tanto a Sofía como a Letizia, las señoras del palacio y guardianas de la familia, si algo les gusta no dudan en pedir la receta o llevarse una muestra.

Recuerdo un almuerzo con doña Sofía en el Rastrillo de Nuevo Futuro del que se lleva dos táperes con comida. Al margen de las baratijas que compra en los puestos, lo que más ilusión le hace en esa ocasión son sus cajitas de ricas viandas, una con cuatro huevos duros rellenos de atún y tomate casero y la otra, con una generosa porción de tarta de queso, que no puede comerse en ese momento y opta por llevársela a palacio.

Después de almorzar los huevos rellenos, canapés de cangrejo y tortilla de patatas, es tal la sorpresa que le causa la salsa rosa del cangrejo que pide la receta. Y resulta que el secreto es poner un poquito de ginebra.

—¿Pero cuánta le echo? —pregunta.

—Eso, señora, es a ojo; tiene que ir probando.

Letizia como digo no es de salir a discotecas, aunque le guste bailar. Sus cumpleaños los prefiere celebrar en casa. Tampoco es de tomar copas, sin embargo, de vez en cuando un gin-tonic cuando sale con sus amigas por algún barrio de Madrid puede caer. Se cuida, sí, posiblemente más que su suegra. A Letizia le gustan las verduras y reduce la cantidad de carne, que es una medida que coincide con la propuesta del ministro de Consumo de Izquierda Unida, Alberto Garzón. Hace el ejercicio necesario para mantener sanos cuerpo y mente, también porque le reduce el estrés y le proporciona calma.

La comida es un pilar fundamental. Tiene que ver en la alimentación del colegio de sus hijas y en los menús que se preparan a diario en casa y en su lugar de trabajo. Se procura que sea kilómetro cero, y para ello también cuenta con una huerta de unos mil metros cuadrados que abastece de frutas y verduras a las

cocinas de palacio y de la Residencia.

Desconozco si Letizia comenta con Michelle Obama, cuando visita la huerta que tiene la primera dama en la Casa Blanca, el problema que sufre el tomate ese año y lo mal que se le dan en su huerta de la Zarzuela y, en general, en toda España, por culpa de los calores de julio. El responsable es el cambio climático, tema de preocupación de ambas señoras, y reconozcamos que no es bueno para el tomate. Sin embargo, Letizia puede presumir con orgullo ante ella de zanahorias porque se dan muy bien en la parcela que tienen en plena naturaleza en el monte de El Pardo. También es posible que le diga que las judías en su huerta madrileña crecen muy rápido, pero tienen un ciclo corto por los veranos que están como las maracas de Machín. Quién sabe si quedan en intercambiarse semillas, que es lo que suelen hacer los aficionados a la horticultura. Además, es mundialmente conocido que la alimentación es un tema que preocupa y ocupa a las dos. Letizia es embajadora especial para la nutrición de la FAO.

La de la Casa Blanca es más de enseñar y de hacer prácticas agrícolas sobre el terreno. Con todos mis respetos y admiración, pero es como una huerta de revista de decoración, porque las reales tienen menos estilismo. La de la Zarzuela es más rústica, es una auténtica huerta ecológica donde las plagas de escarabajos, por ejemplo, se combaten quitándolos uno a uno o se fertiliza con abono de guano o humus —para los no iniciados: excrementos de aves marinas y de lombrices—.

Como en el palacio están muy pendientes de la huerta, en cuanto se detecta una plaga se combate con productos casi caseros, sin tóxicos ni sustancias químicas, de ahí que los alimentos resultantes sean absolutamente ecológicos y sanísimos. Se llega a fumigar con una maceración de colillas de cigarrillos —la nicotina es fatal para los pulgones— y los frutales se cubren con redes para evitar que los pájaros se coman los frutos e, incluso, se utilizan inofensivas mariquitas para combatir a la destructiva y perseverante cochinilla.

La huerta de los reyes, como la de los plebeyos, entra en periodos más y menos productivos, dependiendo de las estaciones. Se recogen pepinos blancos, zanahorias, berzas, calabacines, cebollas, puerros, pimientos, tomates, lechugas y hasta tienen una tabla

pequeña para los calçots, esas cebolletas tiernas que en Cataluña se comen asadas y que a los moradores de la Zarzuela les gustan mucho. Por supuesto, hay zona de aromáticas, que tiene gran demanda en los platos de doña Sofía; al ser vegetariana, el uso de orégano, tomillo y romero le anima el sabor y le da vidilla a sus viandas. Y aunque la plantación ocupe mil metros cuadrados de terreno con posibilidad de extenderse un poco más cuando se siembran patatas, la huerta no llega a ser autosuficiente porque en la Zarzuela, además de la familia, hay mucho personal que también come allí. Tampoco hay grandes producciones porque se planta bastante variedad a petición de los consumidores.

Solo existe una huerta y se levanta en el lugar original concebida por el jardinero que en el siglo xvii traza el diseño de los jardines. Se encuentra próxima al arroyo que atraviesa la finca, cuenta con espalderas para que trepen los guisantes y las judías, sistemas de polinización entre los bancales, riego por goteo, pantallas cortavientos y, desde luego, no tiene nada que ver con la de los Obama. Por cierto, no tienen gallinas como en Marivent y no es por terreno, que no les falta, pero se ve que las gallinas no tienen tanto gancho y que aquello no es una casa de campo como la Wood Farm en el palacio de Sandringham que tiene la tía Lilibeth en Reino Unido.

Estas palabras de Letizia, pronunciadas en noviembre de 2014 en la sede de la FAO en Roma, son un reflejo de su pensamiento, que aplica en su día a día en casa y en su entorno:

—Tratamos de fomentar la sostenibilidad de la dieta mediterránea tradicional como parte integral de un estilo de vida saludable y equilibrado. Esto tiene que ver con el consumo de productos sobre todo de origen vegetal —y me estoy refiriendo a hortalizas, verduras, legumbres, frutas— y también, por supuesto, el ejercicio moderado y constante. Conviene reducir el consumo de la alimentación procesada, fomentar la producción local agrícola y sostenible y favorecer el consumo de productos de temporada, entre otras cosas… Tiene que ver con esa huella ecológica que dejan el transporte y la distribución de alimentos.

En la Zarzuela, las lechugas y los tomates no tienen huella ecológica porque apenas se desplazan unos metros desde la huerta a la cocina

del palacio. La reina Letizia, a diferencia de su suegra, no es vegetariana, come de todo, aunque el cordero no sea su plato favorito y sí unas fabes con almejas, sobre todo si las prepara su padre, porque dicen que las borda.

COCINANDO PARA REYES

No quiero desmontar el mito del vegetarianismo de doña Sofía, pero Carmelo Pérez, que la sirve durante veinticuatro años, me cuenta que es de gustos fijos.

—Le encantan los huevos y todos los pescados. Su única limitación es que no come carne.

Dicen, y esto lo aporto sin haberlo contrastado, que esa negativa es una promesa que le hace a su padre antes de morir.

El donostiarra Martín Berasategui, que tiene ocasión de cocinar para la familia tanto en recepciones oficiales como en su casa, conoce bien a Letizia. Asegura, «desde el cariño más absoluto», que es una mujer con mucha casta porque cuando habla de cocina «alucinas en colores» y a los cocineros los deja con la boca abierta.

—Me llama la atención porque sabe un montón, más de lo que la gente piensa, y tiene mucho conocimiento de nuestra cocina y de las materias primas. Es una asturiana que conoce su tierra y sus productos. Cuando vino a San Sebastián impresionó la lección que nos dio al abrir el Basque Culinary. Me llamó la atención lo interesada que estaba en hablarnos sobre la gastronomía española y los productos que ella conocía.

Añade, además, que Letizia no duda en meterse en la cocina y preparar algún guiso, cosa en la que ha involucrado a sus hijas, no tanto al rey, aunque él algo sabe de la materia porque tiene que espabilar en su época de estudiante en Estados Unidos, cuando comparte apartamento con su primo Pablo de Grecia.

Otro cocinero que también tiene experiencia en palacio es el madrileño Paco Roncero, uno de los que prepara la cena previa a la boda del entonces príncipe de Asturias y su prometida:

—Tanto Ferran Adrià como Juan Mari Arzak quisieron darme el mérito a mí por haber estado en el día a día, y fue impresionante la repercusión que eso tuvo.

Le parece bien que a los actuales reyes les guste contar con gente que hace cocina de vanguardia, más moderna. Desde ese día tiene la suerte de seguir cocinando para ellos, pero como cocinan muchos otros.

—Don Juan Carlos es muy agradable y superamable. No hay ningún plato en concreto que pueda decir que le haya gustado más, quizás los de cuchara, pero sí que es muy agradecido; todos los que le hemos preparado los disfruta muchísimo. Por resaltar algo en concreto, te diría que la reina Sofía nos alabó una sopa de almendras, pero no llegó a pedirnos la receta.

A los actuales reyes también les encanta comer. En una ocasión Roncero les prepara una selección de verduras mini a modo de huerto donde todo, hasta la tierra, se come, y que se presenta en cajas sobre la mesa. Cada uno decide la verdura que quiere.

Cuando llaman de la casa real para un evento, los cocineros suelen preparar varios menús y ellos escogen el que les parece. Según Roncero, lo mejor de cocinar para el palacio es en primer lugar el orgullo de que te llamen, luego, ver las instalaciones y la cocina antigua que tienen y, finalmente, el evento en sí, que «causa mucho respeto». Del menú se suele hablar con los de protocolo, que son los que dan todas las pautas. Contemplan alergias, vegetarianos, veganos, diabéticos, celíacos, las normas de los judíos o de los árabes. Aun así, siempre llevan un «por si acaso».

Los camareros no les dicen a los reyes y a sus invitados cómo usar los cubiertos ni cómo comer las elaboraciones. Ese tipo de preparaciones minimalistas de los cocineros con estrella o soles se hacen para pocos comensales, no para tanta gente como una cena oficial, de ahí que no tengan que explicarles cómo comer. En el palacio siempre se hace cocina con buen producto y sabores puros.

Posiblemente, una de las personas que conozcan más sobre lo que se cocina en palacio sea Carmelo Pérez, que ve crecer al rey Felipe y es quien le sirve en su boda. Reconoce que, aunque el enlace está pasado por agua, es un espectáculo. Probablemente, disfrutan más los invitados que los propios novios porque los recién casados siempre están más preocupados por los demás. Uno que no disfruta parece ser el presidente de Cantabria, que dice que come poco.

En los maravillosos salones de arriba se dan diecisiete aperitivos, que representan a las diecisiete comunidades españolas, y dos platos que se sirven para mil setencientas personas en su punto.

Carmelo me confirma que Felipe y Letizia no hacen pruebas del banquete de bodas como todos los novios. Tan solo la novia va un par de veces a Jockey y cata algunas cosas, pero no con intención de degustar los platos de la boda. Esto lo dejan en manos de la reina Sofía y también del secretario. La gente de intendencia de la casa real participa igualmente.

Después de años dando de comer a la familia real, Carmelo Pérez asegura que es el rey Juan Carlos el que come de todo. Le gusta el jamón, el caviar, la tortilla de patata y la carne, aunque ahora coma más pescado y verduras y la mitad que antes porque se cuida mucho.

—Hoy en día se está pendiente por si hay alguien que no está comiendo algo para cambiárselo por otra cosa, pero antes el protocolo no dejaba ni repasar ni cambiar los platos. Se tenían que limitar a comer lo que estaba en el menú, ni beber otra bebida que no fuera lo que se servía. Ahora sí se puede.

Letizia está haciendo los menús de los ágapes más ligeros, eliminando las grasas, cremas, mantequillas y salsas, e introduciendo verduras y comida natural. Ahora los banquetes los dan cocineros con estrellas Michelin, que van turnándose.

Al rey Felipe, como a su padre, le gusta todo. Carmelo Pérez recuerda una anécdota en una cena de gala con ciento cincuenta personas en el Palacio Real en la que sirven espárragos blancos de Aranjuez pelados.

—Pusimos un tenedor y un cuchillo para comerlos, pero el rey los vio y dijo: «Yo con la mano». ¿Y qué hizo todo el mundo?, pues cogerlos con la mano. Fue tremendo porque no teníamos previstos cuencos con agua para tantísima gente.

Algún invitado al Palacio Real ha ido con su catador de comida por si acaso. Lo han hecho los rusos y los norteamericanos. Clinton trajo su cocinero, su agua y su cestita con sus cosas, su café y sus

infusiones. Obama también viajó con su cocinero. El matrimonio argentino Kirchner llegó con cajas de dos marcas de agua, una para ella y otra para el marido, en unas botellas de plástico horribles cuando en el palacio el agua se sirve en jarras de cristal.

Y si doña Sofía introduce el yogur griego de su tierra natal, Letizia hace lo propio con los quesos. Le gustan los quesus asturianos y se inclina más por el gamonéu, que es de la zona de Ribadesella, y los blancos elaborados con leche cruda y entera. La reina los encarga para palacio con media curación. Ambos cuestan entre trece y dieciséis euros.

Sus aportaciones en alimentación han sido paulatinas pero rompedoras. En la cocina de palacio se apuesta por las grasas saludables, las verduras y legumbres, la fruta con fibra, todo se anima con semillas y se erradica el azúcar blanco. Y últimamente se han aficionado a las bebidas probióticas y los fermentados que animan la macrobiota. Es defensora de la dieta mediterránea, sí, pero también de introducir súper alimentos.

CAPÍTULO 12

UN ARMARIO QUE HABLA POR SÍ SOLO

El vestuario siempre es un arma con la que comunicar el rango, la clase social e incluso el estado de ánimo. Hay reyes que marcaron tendencia, como Eduardo VIII, casado con Wallis Simpson, que revolucionaba los salones cuando entraba con sus valientes apuestas textiles. Otros han sido anodinos y se han puesto lo que su ayuda de cámara les proponía. También hay monarquías excesivamente estrictas, como la japonesa; otras, con más licencias, como las nórdicas; y luego está la inglesa con sus odas al color, al tocado, al bolso impertérrito de Isabel II y a los chalecos del príncipe Carlos.

Letizia respeta y conoce las costumbres, pero ella tiene las suyas. Cada día es una sorpresa. Innova y juega con su apariencia. Desde luego, no ignora las directrices de la sabia directora de El diablo se viste de Prada, que es algo que les suele ocurrir a las mujeres que no quieren darle la importancia que tiene a la ropa, e incluso me atrevería a afirmar que la minusvaloran. Hay mujeres que creen que preocuparse por la ropa las hace menos inteligentes, lo que es un error, y les molesta profundamente que dada su proyección mediática solo se hable de lo que llevan puesto y no del importante foro al que acuden. Después de un largo proceso, iniciado como princesa —es decir, con un papel de secundaria, pero observando y tomando nota—, la reina Letizia consigue hacer una miscelánea; expresa su estado de ánimo con lo que viste, proyecta una imagen, manda mensajes y sabe con qué y cómo captar el foco.

Hay coincidencias curiosas en relación con su vestuario, y dado que no se informa de ello porque su armario pertenece a su vida privada, hay que acudir a la comunicación no verbal expresada con su forma de vestir. Cuando quiere reafirmar el lado profesional,

especialmente en las ocasiones que acompaña a su esposo, se ajusta el traje pantalón y la chaqueta oscura. Ni es florero ni señora de y el traje de chaqueta le parece que la vincula al mundo ejecutivo.

Le gusta ir ajustada, con la falda más corta que larga, aunque en esta etapa de los cincuenta años ha descubierto que el largo midi le favorece y lo explota. Si tiene que llevar manga, se decanta por la tipo francesa de tres cuartos. Pero es una mujer que se encuentra cómoda con los brazos al aire y con ello deja al descubierto los músculos fibrosos y trabajados que lucen sus delgados brazos al dar su enérgico apretón de manos. No hay nada más desagradable que un saludo fofo y ella lo sabe, de ahí que Letizia sea de apretón fuerte. Puedo asegurarles que si te da la mano y tienes principio de reuma, verás las estrellas.

También en trajes de noche le gusta recurrir al escote palabra de honor que le marcan los omóplatos, parece sentirse a gusto mostrando hombros y alguna vez nos ha sorprendido dejando ver una espalda generosa.

No sigue rigurosamente las tendencias y en sus estilismos no se parece a la fashion victim que es Rania de Jordania, aunque en ocasiones se las haya comparado por lo mucho que se parecen y que Letizia haga guiños a la moda, poniéndose una chupa de polipiel, un mono con cinturón ancho o una capita, cuando las pasarelas dictan que es lo que hay que ponerse.

Si el día no requiere salidas fuera del recinto, se permite un atuendo más relajado y un maquillaje natural. Ella misma se maquilla y se arregla el pelo. Siempre ha sabido sacarse partido porque se conoce a fondo y sabe lo que le sienta bien y le favorece. Si necesita más atención, cuenta desde hace dieciocho años con la peluquera que la peinaba en Televisión Española, Luz Valero, que también suele acompañarla en los viajes de Estado que requieren algo de sofisticación para las recepciones oficiales.

En maquillaje la ayuda Asunción, y con los estilismos cuenta desde hace siete años con Eva Fernández, una joven estilista que colaboraba en revistas femeninas y que un buen amigo pone en su camino. Se fía de él en cuestiones de moda porque es su asesor cuando ella es una periodista más. Matías las presenta en su oficina

madrileña porque sabe que ambas van a encajar bien, como así sería. Pero en todo, la última palabra la tiene Letizia por mucho consejo que reciba.

Conforme su agenda se llena de actividades, su guardarropa hace lo propio, manteniendo su costumbre de repetir modelos. Para alguien criado en el mundo real es impensable dar un solo uso a la ropa. Despierta tanto interés su vestuario que una vez conocí a una mujer que llevaba un fichero con todos los vestidos que veía en Letizia y los datos correspondientes del día que se lo había puesto, precio, marca, color, etc., algo que demostraba un conocimiento que difícilmente tienen en el guardarropa del palacio.

A la reina le da mucho juego la combinación de abrigo largo y traje. Hay personas que la encuentran más segura, y eso se nota no solo en el vestir, también en el andar. Aunque no pierde esa inevitable forma de ser que la hace observarlo todo y saber en todo momento dónde se encuentran las cámaras, de ahí su paso tirando a estirado como el palo de una escoba cuando se sabe el objetivo.

Esos inmensos ojos perfectamente perfilados con kohl negro no pierden detalle de lo que ocurre a su alrededor. Su porte es recto, parece que lleva libros en la cabeza para mantenerse en actitud firme, lo que la estiliza aún más, y la posición del dedo índice en todos sus posados siempre señala al suelo. Es una costumbre que queda como seña de identidad.

El año de su afianzamiento en cuanto a estética, cuando pasa al estado de reina, es el de seguir un mantenimiento: blanqueamiento dental, tratamientos con ácido glicólico y un favorecedor tono bronceado gracias a la crema colorante que usa desde hace años y que utiliza con frecuencia, especialmente en las piernas, para evitar las medias, a lo que añade un deporte de moldeado de cuerpo en el gimnasio de palacio, en el que, con la ayuda de un entrenador personal, ejercita con mancuernas los bíceps y tríceps: y hace planchas, flexiones y abdominales que se aprecian en los brazos, el torso y en los gemelos. Letizia es aficionada a dar largas caminatas, a hacer yoga, zumba y puede que también le dé al boxeo —está de moda para descargar tensión y mejorar la coordinación— y esté practicando la escalada, dado que coincidí con su estilista en un showroom de ropa y estaba buscando pies de gato, unas zapatillas

que se usan para la escalada.

A diferencia del rey Felipe, que nunca ha votado en unas elecciones, doña Letizia sí ejerce ese derecho hasta su entrada en la familia real. Desde el 22 de mayo de 2004 deja de votar y de expresar públicamente sus opiniones o tendencias políticas. Hasta ese día hace y concede entrevistas. No tiene reparos para dar sus opiniones en público y en privado porque es una ciudadana más.

Desde hace dieciocho años podemos «leer» su pensamiento entre las líneas de los ciento noventa y tres discursos que se escribe. Por sus acciones y gestos la conoceremos, de ahí que sus estilismos cobren vida, porque muchas veces hablan por ella. Para alguien que pasa de estar en el centro de la comunicación y de la opinión, siendo periodista y ejerciendo el voto, debe de ser complicado la incontinencia, y más para ella que habla y pregunta mucho.

Se convierte en una experta en comunicación no verbal. Yo he tratado de hablar sobre este tema, y la primera vez que se lo planteo es durante el cóctel posterior a la entrega de unos premios. Tengo ocasión de sacarle esta cuestión cuando se acerca al corrillo en el que me encuentro, y es que previamente me había hecho una señal desde la distancia. Se ve que ese día tiene ganas de comentar. En un entorno de literatura infantil y juvenil igual no toca, sin embargo, son en esos ratitos en los que recupera la voz y puede expresar alguna opinión. Le comento que es un asunto que me lleva rondando desde hace tiempo porque creo que habla y mucho sin voz con su ropa y gestos. Aunque su respuesta es cortés y cercana, la pregunta no se la espera.

—¿Cómo? ¿Qué…? ¿Comunicación no verbal? Dímelo tú —me la devuelve—. Mírate, ¿qué llevas puesto? ¿Qué significa cómo vas?

Me espeta con una mirada inquisidora de arriba abajo.

No dice más. Cambia radicalmente de tema y pasa a relatar todos los libros de literatura infantil que le han gustado, en especial Loba, Premio Gran Angular 2013, escrito por Verónica Murguía. Le sorprende que no lo hubiésemos leído todos los allí presentes, y, claro, antes de regresar a la Zarzuela, nos recomienda encarecidamente que lo hagamos.

Es evidente que el asunto no parece gustarle, de ahí su no respuesta y su pregunta un poco a la defensiva, porque si algo ha aprendido en todo este tiempo es a manejarse con soltura en las distancias cortas.

Hace muchas preguntas, con el deseo de conocer, pero también para evitar que se las hagan a ella. Mira a los ojos mientras que no pierde ripio por el rabillo de lo que sucede a su alrededor. Gesticula mucho con las manos y no es raro que tenga tendencia y necesidad de tocar a la persona con la que está hablando.

Un verano en Palma se pone una camiseta negra con un mensaje muy claro: KK, por el escritor Kafka, pero que leído como KaKa podía ponerle adjetivo a la supuesta desgana que siente por el deporte de la vela, al que es tan aficionado su marido, y a vacacionar unos días de agosto en el palacio de Marivent. Esa camiseta da mucho que hablar.

A juzgar por el mensaje de la camiseta de algodón de ciento ochenta gramos de la reina, las mujeres de la familia tiran más a KK Kafka que a la vela. Luego investigo la marca y son ediciones que vende una editorial salmantina a quince euros y, casualidad, es la misma en la que edita sus libros su amigo, el cineasta Rodrigo Cortés. El lema de la empresa: «Libros cuadrados como puños». No es baladí, por tanto, que la reina elija precisamente esa camiseta para acudir a un club náutico que lleva años sin pisar.

También el día que celebra su quince aniversario de boda se pone el criticado traje de chaqueta y pantalón blanco de diseñador italiano que lleva en la pedida de mano en El Pardo. Se la critica sin piedad por escoger a un extranjero para tan señalada fecha, en la que todos los modistas españoles soñarían con dar la vuelta al mundo y quedarse para la historia en las hemerotecas y más porque aún viven dos grandes: Elio Berhanyer y Manuel Pertegaz, tanto uno como otro sería mejor acogido. Gracias a Dios, para su boda no repite la torpeza y elige a Pertegaz.

RECUPERA, RECICLA Y PÓNTELO: EL MANTRA DE LA REINA

Y si el tacto es una reafirmación de cercanía para Letizia, desempolvar prendas es otra de sus características. No duda en ponerse uno de sus hits del fondo de armario, un mono pantalón plisado azul de Zara que puede comprarse online por apenas diez euros justo el día en el que la campaña de apoyo a las donaciones a la Seguridad Social del empresario, Amancio Ortega, se convierten en trending topic en las redes sociales. Ese gesto se entiende o puede ser su forma pública de apoyar la solidaridad del dueño de Inditex.

Para celebrar con un almuerzo en familia en la Zarzuela el ochenta cumpleaños de su suegro, Letizia busca un traje de rayas grises con lazada que ha sido de doña Sofía y que aún conserva en su ropero. No es el más favorecedor del mundo, el típico vestido de los ochenta que te pones en una reunión y pasas inadvertida si no es por las botas altas rojas que lo acompañan y porque se filtra que hace treinta y cuatro años que lo ha estrenado su suegra. Uno se espera que sus hijas, Leonor y Sofía, asalten el armario de su madre, como ya hacen, pero que Letizia acuda al de su suegra sí que es una sorpresa. Hasta los trajes le pide prestados, o a lo mejor también son trajes de pasar, como algunas de las joyas de familia.

Ustedes se preguntarán quién del mundo real tiene archivados todos los trajes que se ha puesto la reina Sofía en sus treinta y nueve años de reinado más allá de la gobernanta y los archivos de palacio. El sentido común dice que nadie lleva esa cuenta, pero el dato aparece y también una foto vintage de ese momento de hace décadas. Es de lo único que se habla ese día, de ese detalle hacia su suegra consiguiendo eclipsar los ochenta años que cumple don Juan Carlos.

La hermana mayor del homenajeado, Pilar, me cuenta semanas después que no le ha regalado nada al rey ese día:

—No le di nada porque no encontré nada que me divirtiese regalarle. A él le gustan mucho los calcetines y cuando los encuentro buenos, se los compro y se los doy.

Por cierto, yo quise probar unos calcetines como los suyos, y me compré un par carísimos y hacen agujeros como todos.

Esto resulta muy difícil para la gente que lo tiene todo con solo levantar el teléfono y pedirlo. De ahí que Letizia siempre se incline por resaltar la parte emocional del regalo.

Más cercanas a la celebración de su cincuenta cumpleaños, Letizia tiene dos salidas con efecto y mensaje. Lucir otro traje de fiesta de su suegra, un Valentino con falda larga verde en seda y cuerpo de organza para recibir a los representantes del cuerpo diplomático en el Palacio Real que consigue dos objetivos: por un lado, lucir alta costura de maestros extranjeros sin que nadie se le eche encima; y, por el otro, conseguir el efecto dominó; que todo el mundo aprecie su afán por reciclar, dado que ese modelo ha estado guardado cuarenta y cuatro años, y que se interprete como un homenaje a doña Sofía en momentos en los que la situación de su esposo es compleja en el exilio de Abu Dabi por no aclarar el origen de su fortuna. Sea por la razón que sea, la opinión pública en general decide que ese gesto de su nuera es un guiño hacia la reina.

La otra salida con mensaje sucede a los pocos días de la invasión rusa en Ucrania. Ante la guerra que se libra en Europa con miles de refugiados que huyen de su país, Letizia quiere dar visibilidad y apoyo a los ucranianos que están muriendo y sufriendo, así que busca y encuentra la prenda perfecta: una camisa bordada por mujeres ucranianas. Su postura institucional le impide pronunciarse públicamente al respecto, pero nadie le impide lanzar un mensaje con su ropa. Semanas más tarde su primogénita hace lo propio en su visita a un centro de acogida de refugiados en Madrid. Estos golpes de efecto es lo que se llama no dar puntadas sin hilo, y con el tiempo es la forma que ha encontrado para «hablar» sin palabras.

Digamos que su relación con la moda es convulsa, quizás por consejo de su suegra, que es partidaria de tener un diseñador de cabecera. Ella escoge a la catalana Margarita Nuez y Letizia a Felipe Varela, que se ha portado muy bien vistiendo a toda su familia para la boda y aún hoy sigue atendiendo a algún familiar. A la reina Sofía no le va mal con las modistas que elige para llenar sus armarios.

Cuando le pregunté a Elio Berhanyer si era fácil vestir a doña Sofía, no lo dudó:

—Ha sido una reina extraordinaria y muy sencilla. Lo único que le costaba más eran los sombreros, que no le gustaban. Ella prefería cosas muy sencillas, siempre venía con su hijo, nunca con las infantas. El niño, que tendría unos cinco años cuando venía la reina a casa a probarse, era muy tranquilo, hablaba poco, se sentaba y ahí se quedaba quieto mientras su madre se probaba. Es el gran amor de su madre. Yo creo que era su favorito. Ese ha sido uno de mis honores, haber vestido a la reina Sofía.

La suegra de Letizia debe de ser una mujer fácil o con las ideas muy claras, porque en sus ochenta años de vida tanto su pelo corto y abombado como sus estilismos con trajes con bajos por debajo de las rodillas, escotes sencillos y figura sin marcar para los eventos de agenda y esas camisolas amplias de colorines con zapatos descanso y cintas en el pelo para el verano se han mantenido inamovibles en todo su reinado.

HAY VIDA MÁS ALLÁ DE FELIPE VARELA

La insistencia durante muchísimos años por llenar el armario con ropa exclusivamente de Felipe Varela —con algunos escarceos con Adolfo Domínguez, obviando al resto de los diseñadores españoles — genera malestar. Varela deja de desfilar en la pasarela madrileña casi coincidiendo con su oficio de modisto real. La pasarela Cibeles ya no vuelve a verle por sus pasillos. Se dedica a su tienda y a su mejor clienta: la reina Letizia. Tan solo en una ocasión se salta ese ostracismo y vuelve a vivir la experiencia, ya consagrado como el modisto real. Mejor que no hubiera ido, su comportamiento es absurdo y esquivo y eso que les une, o quizás les unía, una gran confianza y amistad.

Recuerdo una noche en un restaurante cubano cerca de la plaza de Santa Ana en Madrid cuando salieron a cenar y un camarero reconoció a Letizia, se acercó y le dijo:

—Se parece a la princesa Letizia, ¿es usted?

Y ella le contestó:

—Sí, ya, me confunden mucho.

El camarero no insistió y tampoco sospechó de los policías de paisano que solo bebían refrescos hasta que la supuesta clon de Letizia, el modisto y su marido se levantaron, se fueron y detrás todos los que bebían refrescos.

Para su estilizada y delgada figura talla 36/38, Varela crea trajes para el día, para la noche y para las galas. Pueden ser modelos exclusivos o de colección, pero siempre entallados, con escotes generosos y, por supuesto, más cortos y sexis que los que usan sus cuñadas y su suegra. Letizia está orgullosa de sus piernas y de sus brazos, bien musculados gracias al ejercicio, y no duda en mostrarlos.

Hay un detalle de comunicación curioso en Varela: cada vez que Letizia estrena un traje para un acto que tiene mucha repercusión,

al día siguiente se puede ver expuesto en sus escaparates de la calle Ortega y Gasset de Madrid, en el mismo edificio donde vive Elena con Jaime de Marichalar mientras les dura la convivencia. Es convertirse en diseñador de la princesa Letizia y Felipe Varela deja de hablar con la prensa. Él, que es un hombre sin pelos en la lengua y muy comunicativo, enmudece. Existe el rumor de que aquel que cuenta algo sobre un traje confeccionado a Letizia o que ella le compra, inmediatamente se corta la relación. Dicen que su cambio de humor es voluble con respecto a los diseñadores, lo mismo te compra cinco trajes que deja de hacerlo. La estilista también ha crecido mucho profesionalmente desde que dejó de ser colaboradora en revistas de moda a fija del equipo de doña Letizia.

Cuando a Lorenzo Caprile —íntimo de las infantas Elena y Cristina y autor del impactante traje rojo con el que Letizia hace su primera alfombra roja regia del brazo de su novio en la boda de Mary y Federico de Dinamarca— le quiero sacar información siempre se escaquea y se niega a comentar, pero le hace un par de trajes por recomendación de Elena y Cristina. Lorenzo lleva veinticinco años dedicado al noble oficio de modista y tiene su etiqueta colgada en el armario de gala de doña Letizia, pero, según el saber popular, es sustituido por Felipe Varela porque Caprile es el diseñador de sus cuñadas:

—Yo no sé qué pasó, porque desde luego doña Letizia estaba fantástica con nuestros trajes. El rojo que se puso para Dinamarca le quedaba de cine. Si vuelve, será bienvenida.

Desde luego Caprile se luce a lo grande. Tiene tres explosiones: con el vestido de boda de la infanta Cristina, con el traje rojo de doña Letizia y con el goyesco de la infanta Elena para la boda, y con ninguno de los tres pasa nada más allá de un gran impacto mediático.

Once años después de haber llegado a la familia real, por fin Letizia se propone seguir más o menos un estilo propio que Lorenzo Caprile también detecta. La ve más coherente y nota que está abriendo el armario a nuevas propuestas.

La infanta Pilar también tiene su opinión sobre su sobrina política:

—Letizia es muy elegante y estilizada. Cualquiera no entra en su talla porque es diminuta. Una amiga nuestra, la dueña de Bloomingdale, siempre decía que nunca se es demasiado delgado ni demasiado rico.

Causa cierto revuelo un minitraje blanco con vivos en negro de Teresa Helbig, algo que no se explica:

—Se la criticó socialmente, pero en las revistas especializadas de moda la encontraron espectacular con esa silueta estilo flapper.

Teresa no sabe cuándo lo va a estrenar porque lo compra un año antes de lucirlo. Es una sorpresa vérselo puesto. Solo les dan las medidas y lo hace, luego no tiene que retocarlo nada al ser un diseño con la silueta suelta y tener ella unas medidas estupendas. La diseñadora se entera de que lo lleva puesto por una clienta que vive en Nueva York, que está muy informada y la avisa.

—Fue superrápida, lo supo antes que la prensa de aquí.

Cuando en una ocasión le pregunto si es un vestido arriesgado para una reina, no comprende tanto revuelo:

—Yo no entiendo de protocolo, pero me parece que está espectacular, y aunque no fuera mío también me parecería estupenda. La reina tiene cuerpo, juventud, cara y actitud. Lo que creo de tanta crítica es que a veces las mujeres somos nuestras propias enemigas.

Si las críticas vienen porque es tan corto, la diseñadora catalana no ve gravedad porque tiene «piernas para llevarlo y defenderlo». Considera que tiene tipazo.

Si un día opta por un estilo Mad Men, al siguiente puede ser un Downton Abbey o un Cine de Barrio. Pantalones rotos, vestido lencero, pantalones culote de piel y cremallera XXL, nada se queda en el armario por lucir. Su estilista Eva Fernández y la propia Letizia, que es la que tiene la última y la primera palabra, no pueden tener un catálogo más amplio de prendas. Desde que se casa con Felipe en 2004, prueba casi todo.

Los años, como no puede ser de otra forma, le afianzan en sus estilismos y apariciones. El azul, su color favorito, junto con los tonos claros siempre tienen un espacio en su armario.

EL TRAJE DE PERTEGAZ QUE LA CONVIERTE EN PRINCESA

Letizia pocas veces habla de algún diseñador en concreto, aunque hace la excepción con Pertegaz, al que llama «visionario», y es el elegido para hacerle el traje con el que todo empieza: el de su boda.

Cuando a Manuel Pertegaz, a sus noventa y dos años, le preguntan si aún trabaja, él responde:

—Sí, pero voy como caballo a la cuadra.

En sus dos últimos años de vida distancia sus visitas al taller, pero continúa en activo. Hay quien piensa que con el vestido de doña Letizia, Pertegaz se despediría de la moda, pero nada más lejos de su intención.

—Con el traje disfruta —me cuenta una de sus empleadas, testigo de cómo acontece todo—. La vida del maestro es la moda. Él sabe que será un traje para la historia, pero no lo toma como un réquiem. El proceso es muy sencillo y se vive con mucha normalidad. Don Manuel tiene tres dibujos preparados y Letizia escoge uno. La única condición que pone Pertegaz es que pide probar las veces que necesite y se hacen cinco pruebas aquí en el taller, pero son pruebas que transcurren muy rápido.

Las ocasiones que Letizia se desplaza a Barcelona lo hace sola, excepto para la prueba final, que acude con su madre y la reina Sofía. Ellos le cosen por dentro un lacito azul, que es la marca de la casa para los trajes de novia.

Hay otra condición tácita: que los materiales usados sean lo más españoles posibles. El diseñador es aragonés con el taller en Barcelona, la seda blanca con trama de hilos de plata para el vestido llega de Valencia y las hilaturas para los bordados son de Tarrasa. El diseño recuerda al de las princesas medievales con cuello chimenea, escote en uve y mangas largas con el puño abierto bordadas en hilo de plata y oro con motivos de espigas, tréboles, madroños y flores. También el bajo de la falda va bordado y la cola

de cuatro metros y medio. El traje se complementa con un velo de tul de seda natural bordado con espigas y la flor de lis, regalo de su prometido, sujeto con la diadema prusiana de platino y diamantes que lleva la reina Sofía en su boda. Y unos pendientes de platino con diez espectaculares diamantes. El objeto prestado es el abanico de madreperla y encaje propiedad de Patrimonio Nacional. Para el ramo de novia, en el que muchos encuentran simbologías, ella escoge entre sus flores favoritas: las de manzano y lirios, al que añade rosas y flores de azahar porque las de las mimosas, sus otras flores favoritas, rompen la gama de color blanco.

La novia va acompañada por siete pajes y damas vestidos por Lorenzo Caprile como cuadros recién salidos del Museo del Prado de una pintura de Goya encargada por el duque de Osuna:

—Es una experiencia que se vive una vez en la vida. Es como hacer el vestuario de una película de época. La casa real me da carta blanca, y para mí es un honor poner como un broche al trabajo del maestro Pertegaz. Los niños están muy guapos y muy graciosos con sus travesuras.

Sin duda, Caprile se refiere al único que las hace, a Froilán, al que no le sirven de nada los ensayos que están haciendo todos en el patio de armas del Palacio Real, días antes de la boda.

Es posible que el modisto cobre unos seis mil euros por un traje, que desde luego tiene un coste de escándalo, pero que al pertenecer, como quiere su diseñador; a la historia, su valor es muy superior, y alguna casa tasa sin esfuerzo en sesenta mil euros. En la actualidad ese traje de boda se puede ver expuesto en el palacio de Aranjuez junto a los de las infantas Elena y Cristina.

LOS «LETIZIOS»

Un verano en el castillo de San Carlos en Mallorca —llevan poco tiempo casados— llega Letizia a una cena informal, en la que casi todos calzamos cuñas de esparto, subida en unas alzas altísimas que son incompatibles con el pavimento de piedra de la fortaleza militar, y tiene que hacer el recorrido literalmente amarrada del brazo de Felipe a riesgo de caerse.

Esos aparatosos zapatos comienzan a recibir el nombre de «letizios» —los ponen de moda en los ochenta muchos artistas trasgresores que se disfrazan de drags y cuentan con una plataforma exagerada y poco estética— y tarda años en abandonarlos en sus apariciones diurnas, con el tiempo comienza a aficionarse al zapato de salón de tacón fino con alza delantera disimulada por dentro y media suela de refuerzo exterior que le hace ganar unos centímetros y compensar ligeramente la elevada altura de los tacones.

En la noche sí que sigue siendo fiel a ese estilo «letizios» con buenas alzas delanteras y altísimo tacón que quedan convenientemente tapados dado el largo o extralargo de sus vestidos de gala nocturnos.

EL EQUIPO DE ESTILISMO

Vaya por delante que no le hace gracia que resaltemos que tiene un equipo que la ayuda con los estilismos. Digo «ayuda» porque es ella la que lo decide todo. Siempre se apresuran a corregir y aclarar que quien nosotros denominamos «estilista» es una persona del equipo de trabajo, que si bien es cierto que tiene un pasado en ese campo profesional, ellos no atinan a definirla como simplificamos en la prensa. Ocurre en todas las profesiones que tienen una exposición pública y las reinas no son una excepción. De ahí que ella cuente con una estilista que trabaja en una revista femenina hasta que ficha para el equipo de la reina, un modisto de referencia que la acompaña en sus primeros catorce años en la institución, una peluquera —que ya la peina cuando es periodista en televisión— y unas estupendas modistas anónimas que trabajan en el palacio y que son las encargadas de retocar esas piezas a las que se les da una segunda vida, se las personaliza o simplemente se las adapta para que queden mejor, que es lo que ocurre con los trajes low cost que adquiere. Por ejemplo, se puede apreciar esa intervención de la costurera de palacio en un acto que tiene lugar en mayo del año 2022. Letizia entrega unos galardones y una de las premiadas lleva el mismo vestido en blanco y negro de Mango, comprado por treinta euros, que la catedrática que recibe la distinción de manos de la reina. Risas, foto juntas como siamesas y trending topic en las redes sociales. De ahí no pasa el «incidente», pero sí es la oportunidad de comprobar que la intervención de la modista real en esa pieza barata pone en su sitio la sisa, el largo adecuado y el ajuste de cintura, una ligera intervención que mejora el conjunto final.

Como conoce los intríngulis de la comunicación, sabe cómo manejar sus apariciones y estas jamás nos dejan indiferentes. Y como prueba, su presencia en 2016 en su tierra. El primero de los actos de entrega de los Premios Princesa de Asturias en Oviedo es una demostración de que el perfil bajo no es de obligado cumplimiento y que sabe dar golpes de efecto. El jueves noche estrena vestido negro lencero con silueta lápiz que se ajusta como un guante gracias al tejido en punto sujeto por dos tirantes finos que dejan al

descubierto un sugerente escote y unos brazos musculados. Los zapatos de salón, la cartera de mano, un cinturón con flores de cristal con efecto 3D, pendientes de diamante, regalo de los reyes eméritos por su boda, labios marcados en rojo pasión y la melena rizada con tenacillas que recoge a un lado con un tocado de Pablo y Mayaya. Al día siguiente se decanta por todo lo contrario: maquillaje discreto, melena con alisado japonés y un ajustado vestido de Carolina Herrera que estrena en un viaje a Estados Unidos, y le tapa los brazos y el escote. Para terminar el regio y camaleónico estilismo, doña Letizia hace su entrada en el teatro Campoamor de Oviedo, a catorce grados de temperatura exterior, con un vestido de cóctel ceñido, sin mangas y escote redondo abierto con falda evasé en seda color nude, que es el color de su piel, todo bordado a mano, una trenza baja y holgada. Como aderezo, unos pendientes negros de azabache y zapatos de generoso tacón de aguja.

CAPÍTULO 13

UN REFERENTE DE ESTILO

En 2016 Letizia tiene ocasión de comenzar a ejercer de reina por encima de todas las cosas y de su suegra, de la que tanto se dice que aprende y a la que tantas costumbres cambia.

Ese año se inicia «el baile». Digamos para empezar que es un año raro raro. Lo pasamos casi entero con un Gobierno en funciones, de ahí que los reyes también estén como recluidos en los muros de su palacio atendiendo asuntos internos, y todo lo más que se alejan, a falta de viajes al extranjero, es para recorrer la gran geografía española. Son meses de asuntos domésticos más que expansivos por el mundo. Así que en 2017 lo compensan los dos solos, sin casi contar con los reyes eméritos o la infanta Elena. La institución cada vez más orbita en torno a ellos, alrededor de la pareja. Lo que luego se vería que, dadas las circunstancias que viven, es un acierto.

Gloria, una de sus maquilladoras en Televisión Española, me cuenta que la cara angulosa de Letizia y sus grandes facciones, además de unos ojos muy expresivos, le facilita mucho el maquillaje, en el que emplea no más de media hora.

Tiene un tipo de piel resistente y sin imperfecciones que le permite usar una base de maquillaje transparente suave. Le gustan las sombras de ojos muy claras, con predominio del beis y del rosa por todo el párpado. El corrector, suave, que se aplica en el párpado inferior, la nariz y las comisuras de los labios. En las mejillas usa el colorete coral, ya que tiene pómulos sobresalientes. Los labios se los perfila con el mismo tono del lápiz de labios, que suele ser clarito o transparente. Las cejas se las peina, y las pestañas, que son largas y espesas, se las riza primero y luego se aplica el rímel oscuro. Le gusta ponerse eyeliner para resaltar sus ojos, se aplica el lápiz negro

o marrón en el párpado móvil superior y de media parte del párpado al exterior sobre el inferior. Hay veces que también marca con lápiz negro el interior del párpado móvil, acentuando más la mirada. Por la noche, las sombras ahumadas y los toques de nácar le dan brillo a la mirada y a sus expresivos ojos escrutadores.

Además de sus cuidados de belleza más o menos severos, como los peeling que le hace Carmen Navarro en su centro y las vitaminas que le ponen, en el día a día se maquilla ella misma con soltura porque está acostumbrada a hacerlo y, además, domina la técnica para sacarse partido. En maquillaje arriesga mucho menos que en el pelo.

Sobre el cabello, Letizia es un mundo. Lo lleva de todas las formas posibles. Lo tiene muy fino y lacio, de ahí que, para darle forma, le guste usar unas tenacillas eléctricas que también emplea para alisar el pelo a sus hijas que, al contrario que le ocurre a su prima hermana, Victoria Federica, que lucha contra el encrespamiento, ellas suelen llevar su melena suelta, lacia y muy planchada, y más por vivir esa época en la que el pelo no se corta y en la que se discute con pasión con las madres por evitar pasar por las tijeras. Letizia, Leonor y Sofía se lo recogen lo justo para evitar estar tocándoselo constantemente, que es algo que aprende la reina en sus primeros meses de exposición mediática. Se toca constantemente el pelo que, en su deseo por llevarlo suelto, al tenerlo las tres tan lacio, cobra un protagonismo molesto. A Letizia se la critica por ese atusarse tanto.

Podemos ver a la reina Letizia en todas sus manifestaciones estilísticas: con el pelo recogido, suelto, escondido en falsas melenas bob, ondulado o lleno de tirabuzones gracias a las tenacillas de las que ella es una buena maestra, como así lo asegura la primera de las dos veces que está en el llamado Cibelespacio de Ifema durante una Madrid Fashion Week. Al pasar por delante de una zona donde promocionan unas planchas de calor, se detiene y comenta con las peluqueras que ella las tiene y las sabe utilizar muy bien. Eso demuestra que tanto Letizia como su peluquera, de los tiempos en los que trabajaba en televisión, son muy creativas porque, al contrario que sus cuñadas, Elena y Cristina, o la propia reina Sofía, siempre han mantenido el mismo tipo de peinado o de despeinado

—por Elena—.

En una ocasión, en la visita a unos premios de periodismo, enfundada en un ceñido vestido de lentejuelas de una firma francesa, decide engominarse la parte superior del cabello con una especie de tupé alto y recoge los laterales hacia atrás con el pelo tirante y la melena lacia. Un efecto muy psicodélico que resalta más los ojos ahumados. El experimento gomina nace y muere en ese evento.

Según algunos profesionales de la peluquería consultados, Letizia es una gran demostración de todo lo que se puede hacer en una cabellera. Pasa por los tintes en tonos de rubio más claros, más oscuros y mechas con las que trata de ocultar unas incipientes canas que ya no le importa mostrar. El largo también pasa por melenas cortas, medias y largas y sobre la que va aplicando técnicas para modificarla según las circunstancias. Posiblemente, el top ten es el que los peluqueros denominan recogido bajo trenzado y texturizado. Hay quien puede pensar que tanta variedad es producto de un no encontrar el estilo adecuado, pero también hay quien se inclina por otra explicación: dado que generalmente su estilismo quiere ser austero, es en el pelo donde se permite arriesgar, sabiendo que cualquier innovación genera comentarios.

FOTOS Y MÁS FOTOS

También con los años varía la técnica para las fotos de grupo; ya no presenta una imagen de frente plana, ahora doña Letizia suele colocarse ligeramente de lado. Es verdad que cuando la foto de familia contiene muchos posantes y no caben bien, tienen que ladearse un poco para entrar todos, pero ella lo adopta como una costumbre. Fíjense.

El rictus serio o distante lo trabaja con el tiempo. La tensión de los músculos de la cara hace que su semblante adquiera un aspecto contrario a lo deseado, como si denostara un malestar, cosa improbable porque su entrega a lo que hace es total. Letizia consigue ahora relajar el rostro y mostrar una cara más amable con sonrisa incipiente, y así es más fácil ganarse a la gente que con un rictus como de estar enfadada.

Otro rasgo que varía cuando acompaña a su marido es el de cederle el protagonismo, que es, al fin y al cabo, quien ejerce la representación. Ya no pregunta tanto, va la primera o marca la comitiva; es como si aceptara la situación en pos de un perfil más bajo, aunque eso sea imposible e innecesario. Ella no puede evitar, y tampoco quiere hacerlo, ser una mujer con carácter, determinación e ideas claras, y eso se nota en su forma de llegar a los sitios, solo que en la actualidad trata de no adelantarse a don Felipe. Luego se toma su tiempo y si tiene que entretenerse tocando el piano con un niño, pues se entretiene; y si decide salirse de la comitiva por un pueblo porque ve a unas niñas peleándose detrás de la valla de seguridad, pues ejerce de árbitro hasta que las criaturas hacen las paces y se retoma la comitiva.

La costumbre inicial, al poco de casarse, de ir sujetos de la mano o del brazo, ya no suelen practicarla. Hay ocasiones, como unas escaleras o un pavimento complicado, que requieren del báculo del rey, pero también es verdad que su tendencia a los zapatos empinados añaden dificultad a la situación. Lo que no ha cambiado, en las escasas apariciones de Letizia con sus hijas, es la necesidad de tenerlas muy cerca, estar pendiente de ellas, dirigirlas con la

mirada o los gestos y tocarlas. En vez de contar con una persona que se ocupe de las jóvenes, especialmente cuando son más pequeñas, doña Letizia prefiere ejercer esa función, al menos públicamente, aunque a veces esto le impida centrarse en su posición, como se ha podido ver en algún acto del día del desfile militar y posteriormente en el Palacio Real.

POCOS COMPLEMENTOS Y JOYAS

En cuanto a los complementos, no es aficionada a los sombreros y tocados. Tampoco su suegra lo es, como me contó Elio Berhanyer. No lleva reloj, pero sí consulta la hora en el teléfono. Es usuaria de WhatsApp y de las redes sociales, aunque su perfil no es público ni conocido y solo tiene aplicaciones en uno de sus dos móviles. Es más de cartera de mano que de bolso de colgar en el hombro o en el brazo, y cuando se decanta por alguno es de complementos de buen tamaño para que le entren con facilidad los artilugios tecnológicos, un pañuelo desechable, ahora las mascarillas, el lápiz de labios, una libreta y poco más.

Ni es aficionada a las joyas. Apenas ha usado el anillo de pedida en oro blanco y diamantes y sigue sin usar la alianza de casada con la que le jura amor a su príncipe, y que el rey Felipe no se quita. Las joyas buenas, esas que son imprescindibles en el arsenal de toda reina, y que en España llamamos joyas de pasar, son para momentos especiales.

En una ocasión pregunto a Simoneta Gómez Acebo, por ser también bisnieta, como su primo hermano Felipe de la reina Victoria Eugenia —que es de quien viene el conjunto de joyas de pasar de la casa real española, que no son muchas, pero sí impresionantes—, si no le molesta no haber tenido opción sobre ellas. Y Simoneta es muy clara:

—Creo que las joyas de la Corona son de la Corona, aunque sean de la familia tienen que ser todas para la persona que va a representar el cargo. Por ejemplo, la diadema que yo utilizo para casarme era de mi abuela y pienso que si ahora la tiene la reina le va a dar mucho más uso que yo, o por lo menos tendrá más oportunidades de lucirla. Me la prestaron para ese día y no la necesito para nada más. Mi bisabuela seleccionó un grupo de joyas que pasó directamente al rey. Yo conozco las piezas que le tocaron a mi madre o las que le veía a mi abuela María. El grueso de la colección fue directamente a la casa real, cosa que es lógica porque es una forma de mantener el patrimonio.

El rey Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia mueren en el exilio, él en Roma y ella en Suiza. Ambos son grandes clientes de Cartier. En 1920 compran una impresionante diadema de perlas y diamantes que la reina Sofía modifica ligeramente para hacerla más cómoda; siete años después adquiere una diadema de brillantes con hojas de laurel y, ya en el exilio, Cartier le monta un diamante de 20,41 quilates. También compra un collar de esmeraldas con pulsera y broche a juego y un collar de diamantes del tamaño de garbanzos, y aunque la pieza más legendaria del joyero español, la llamada perla La Peregrina, deja de pertenecer a la casa real y va a parar a manos de la actriz Elizabeth Taylor, Letizia cuenta con un ejemplar que se le parece bastante y con el que se puede seguir manteniendo el misterio de dónde estará y de quién será. Son joyas que se guardan en un búnker.

UN ANILLO CHAPADO EN ORO Y NO SU ALIANZA

En noviembre de 2003 Letizia recibe de su prometido un anillo de diamantes que, junto a la alianza de oro del día de su boda, forma parte durante unos años de la dupla de talismanes en sus dedos. Pero un buen día decide prescindir de ambos. Evitar lucir el de compromiso tiene sentido por haber sido comprado por su excuñado, Iñaki Urdangarin. Y puede ser un gesto de distanciamiento con él, al ser procesado y acabar en la cárcel. Pero quitarse la alianza de casada resulta más chocante. La explicación oficiosa es que le molesta mucho cuando da la mano. Es cierto que Letizia es de apretar hasta casi crujir los huesos, pero por eso hay quien opta en esos casos por cambiárselos de mano. Ella prefiere cortar radicalmente con ese complemento. Y sin embargo, incorpora uno en la mano izquierda que no se quita jamás, aunque lleve los chatones.

Posa los Cartieres, Chaneles, Bvlgaris y Yanes en sus cajitas de terciopelo y libera sus falanges. Al principio con timidez, y a raíz de la coronación de Felipe VI, comienza a desempolvar la joyería pesada para combinarla con un nutrido fondo de joyero low cost.

Y desde el mes de abril de 2019 no se quita un curioso anillo dorado que primero lleva en el dedo anular y ahora luce en el índice. Pero ¿por qué ese anillo?

El joyero José Pedrazuela me desvela el misterio:

—Es muy fiel a su familia y amigos. En joyas se atreve con todo y mezcla mucho y bien. Barato con caro, bueno con malo. Los elige ella y arriesga con pendientes baratos y llamativos, que son su complemento favorito.

Aunque también le gustan los buenos pendientes con caída.

Es en ese momento cuando Pedrazuela da otra de las claves y se acerca a desvelar el porqué del anillo fiel de Letizia:

—A veces manda mensajes con sus joyas y su ropa. Le gustan las

piezas con valor sentimental y no duda en combinarlas con espectaculares joyas de la Corona, como vemos en Londres en su encuentro con Isabel II o en Japón con los emperadores. Ahí está el secreto del anillo.

Gracias a que escribo sobre la familia real desde hace años, un buen día un amigo me comparte una confidencia y me pide que observe las manos de Letizia: pasa un día y otro y siempre lleva el mismo anillo. No se lo quita jamás, aunque se vista de gala con la corona más grande. Me encanta observar y en mis crónicas siempre me detengo en los detalles. Así que decido investigar el origen de ese anillo porque seguro que tiene un mensaje. Y así es como descubro que es un regalo de sus hijas, Leonor y Sofía. Con los datos de mi descubrimiento y el testimonio de la creadora de la joya, redacto una crónica de la que todo el mundo se hace eco y de la que todos hablan con rotundidad con los datos que aporto. Las niñas ahorran los ciento catorce euros que cuesta la joyita diseñada por la inglesa Karen Hallam y se la compran a su madre. La propia diseñadora no tiene ni idea de quiénes han sido las compradoras online de una de sus piezas hasta que se la ve en unas fotos a la reina. Lo que ella también observa es que no se lo quita nunca.

Letizia es muy dada a los detalles sentimentales. Durante un tiempo lleva una pulsera con los nombres de sus hijas y de su sobrina o una goma amarilla reivindicando la «racionalización de horarios en España» —algo que intenta conseguir también para ella y su equipo, aunque con escasos resultados. Letizia trata de evitar los actos a partir del viernes por la tarde y en fin de semana. Entiende que son horas para disfrutarlas con sus hijas, su pareja o amigos—.

Esto de la racionalización de horarios es una apreciación que no parece gustar en el palacio. Ellos prefieren indicar que están a disposición las veinticuatro horas, que no es un funcionariado y que simplemente coincide.

El modelo de anillo que luce Letizia es de plata y está bañado en oro. Se calcula, que al tener los dedos tan finos la reina, puede ser una talla 10. A Karen Hallam le resulta curioso que antes lo llevara en el dedo anular y ahora en el índice y en ambos le está bien:

—También es llamativo —me dice— que desde que hicieras pública

la noticia del anillo el goteo de ventas es constante. Esta pieza siempre se ha vendido bien, pero ahora nos lo están pidiendo mucho en Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda y Estados Unidos. Creo que a la gente le sorprende que lo lleve combinado con los impresionantes chatones que luce en un viaje a Japón.

CAPÍTULO 14

LETIZIA Y FELIPE, PADRES ADEMÁS DE REYES

Al poco de llegar de la luna de miel comienzan los rumores del posible embarazo de Letizia, incluso se aventura que espera gemelos. Se hacen quinielas y apuestas: se ofrece 1,85 euros por cada euro jugado si es niño y 1,95 euros si nace niña, pero pasan los meses y como el ansiado anuncio oficial no llega, los rumores mutan a que puede estar sometiéndose a un tratamiento de fertilidad. Todo el runrún cesa cuando, pocos días antes de celebrar el año de casados, el 9 de mayo de 2005, la casa real emite el esperado comunicado confirmando el embarazo de la princesa de Asturias y el anuncio de que la criatura nacerá en noviembre. Por fin España tendrá un heredero del heredero, y como no se dan pistas sobre el sexo del bebé que esperan, comienzan los bailes de nombres: Pelayo, Juan, Luis y hasta Carlos buscan un lugar en la historia. Por dar con el nombre de la posible niña no hay tanto interés, parece que todos esperamos un varón como sucesor, así no habrá discriminación si llega el último, como ocurrió con Felipe.

El hombre tiene preferencia sobre la mujer para reinar. Es la única ley sexista que sigue vigente en España y la recoge la Constitución en el artículo que regula la Jefatura del Estado.

En la fecha del anuncio del embarazo, el Gobierno de España ha cambiado; ya no es presidente Mariano Rajoy del Partido Popular, sino José Luis Rodríguez Zapatero del Partido Socialista, que se compromete a modificar esa discriminación sexista de la Constitución. Pero acaba su legislatura y no cumple su compromiso. La discriminación sigue vigente, aunque gracias a que sus padres deciden que con la pareja de niñas es suficiente, Leonor podrá reinar. Arriesgar a un tercero varón es jugar con la repetición de la

historia.

Con la aportación de Leonor como heredera, en el 2040 las monarquías que queden vigentes en Europa las defenderán mujeres con medio origen plebeyo: Victoria de Suecia, Isabel de Bélgica, Amalia de Holanda, Ingrid de Noruega y Leonor de España; en Mónaco la heredera sería Jazmín Grimaldi, pero nació fuera del matrimonio y no tiene derecho al trono, y como tienen preferencia los varones, al nacer los gemelos Gabriella y Jacques Honoré, le corresponde al niño ser la alteza serenísima del principado.

Cuando le pregunto al príncipe en el palacio de Marivent por el sexo del bebé que esperan, su respuesta es a la gallega:

—Nos da igual si es niño o niña, le vamos a querer igual.

Luego me confirman que no querían saberlo, que preferían esperar al parto. El único hombre que lo sabe es su ginecólogo, Luis Recasens. El médico más solicitado en esos meses. De su boca no sale la respuesta, y es tal el celo que pone por protegerlo que las ecografías las hace él solo sin asistentes.

Ante mis preguntas sobre su estado, me hacen llegar este mensaje:

—Letizia ha tenido las molestias típicas de embarazada: acidez, ardor de estómago y náuseas. Toma los aportes vitamínicos que su ginecólogo le prescribe.

Cuando nace la niña me terminan de contestar:

—Ha tenido un embarazo tranquilo y normal, y como todas las mujeres en estado ha procurado dar largos paseos y se ha preparado para el parto con una matrona que junto al anestesista, un pediatra, una enfermera y su ginecólogo la asistieron en el parto.

Como Leonor nace con una mancha —un angioma que ha ido desapareciendo con el tiempo—, otra vez el runrún y nuevamente la petición de explicaciones:

—La niña está fantástica, es riquísima, sana y preciosa. Cada día está más mona, crece por minutos y solo alimentándola con el pecho. La madre está fenomenal, muy feliz y recuperada. Ya le

hubiera gustado tener un parto normal y no por cesárea, pero cuando un bebé no termina de encajarse y el cuello del útero no se dilata, pues no hay nada que hacer y de esa forma la niña no sufrió en ningún momento y está sanísima.

Al cabo de un año nace Sofía, que también le ocasiona vómitos y náuseas durante los primeros meses de gestación e impide que pueda acudir a algunos actos programados, con las lógicas alarmas sociales ante la ausencia de la princesa embarazada.

Recasens no le recomienda en ninguno de los embarazos reposo porque los dos discurren «muy bien prendidos». Los partos son por cesárea y ambas niñas son amamantadas por la madre.

Aunque el proceso sea igual, desde el momento en el que Leonor y Sofía abren los ojos, en la clínica privada madrileña donde nacen, saben que sus vidas están marcadas y correrán caminos diferentes.

El 31 de octubre de 2005, cuando nace Leonor de Todos los Santos en la clínica Ruber de Madrid, jarrea sobre la capital igual que el día que sus padres se casaron en la catedral de la Almudena. El agua les trae suerte a la familia Borbón Ortiz, porque el segundo eslabón de la cadena dinástica, que recibe tratamiento de alteza real e infanta y es la XXXVI princesa de Asturias de la historia monárquica española, es una cría sana y espabilada, igual que su hermana Sofía, que nace en la misma clínica, pero el 29 de abril de 2007, con el mismo proceso, aunque ocupando el tercer eslabón.

DISCIPLINA Y CARIÑO

Ni chino, ni pilotar cazabombarderos, ni reptar como un boina verde, bailar zumba o cursar dos másteres en prestigiosas universidades internacionales. A nada de eso está obligada Leonor de Todos los Santos Borbón Ortiz, princesa de Asturias desde la proclamación de su padre como rey.

Desde este momento también asume la dignidad de princesa de Girona, princesa de Viana, duquesa de Montblanc, condesa de Cervera y señora de Balaguer, recayendo en ella todos esos títulos en su condición como heredera de la Corona a sus ocho años. Para su hermana Sofía, siendo de la misma cuna, la proclamación no supone nada más que un avance en la línea de sucesión y figurar en el orden de preferencias por delante del resto de su familia: sus tías Elena y Cristina e incluso, sus abuelos, los reyes Sofía y Juan Carlos.

Son generaciones y tiempos distintos a los de su antecesor en el título de Asturias. Compararla con su padre no tiene sentido porque son circunstancias diferentes. Por ejemplo, cuando Felipe estaba escolarizado en el mismo colegio que Leonor, en el Santa María de los Rosales, apenas había medios de comunicación. Eventualmente, un par de periodistas reflejaban los actos de la casa real. Si empezaba el colegio, si salía al cine o si actuaba en las obras teatrales escolares, apenas trascendía. Ahora, para cualquier acto de la familia real, se acreditan entre cien y doscientos medios. Y cuando Leonor nace en 2007, se comunica la noticia por un SMS enviado al móvil de los periodistas, un aparato que no existía en 1968, año en el que llega al mundo Felipe de Borbón en un régimen en el que no está claro que algún día el abuelo de esa niña rubia fuera rey y mucho menos su padre.

Leonor de Borbón tiene la edad de hacer lo que una cría de clase alta escolarizada en un buen colegio privado en el extrarradio de Madrid con clases extraescolares y veranos en campamentos de inglés en Estados Unidos, y ya como adolescente pasar un par de años en un escogido internado en Reino Unido y que unos años antes de irse al extranjero recibiera su primera comunión junto a

sus compañeros en la iglesia de Aravaca, el distrito al que pertenece el centro escolar, y no ella sola en la ermita del palacio de la Zarzuela como su padre. Con eso ya están dando dos pistas: quieren que se sienta una niña más, mezclada entre sus compañeros de clase y quieren que siga una educación religiosa católica.

Hasta el inicio de su adolescencia han tratado de que ambas hijas tengan una exposición mediática de perfil bajo, más allá de ir a presenciar el desfile militar del 12 de octubre, acompañando a sus padres en la tribuna de honor, salir en las felicitaciones navideñas o en apariciones puntuales, como la misa de Resurrección en la catedral de Palma de Mallorca, al menos hasta el año 2022 cuando rompen con esta tradición por ser España un Estado aconfesional y esta una costumbre heredada de los anteriores monarcas, y como me dice en cierta ocasión Letizia «las costumbres son para saltárselas». Ahora que entran en una etapa más madura la agenda de actividades, especialmente la de Leonor, se amplía con la entrega de los Premios Princesa de Asturias o algún acto concreto que tenga que ver con la juventud, la ecología o los derechos humanos.

Su papel institucional está definido en la Constitución, pero tiene una edad en la que prevalece la protección de su privacidad como menor que es e irá asumiendo un papel institucional según vaya creciendo. Por no haber no hay ni un borrador de Estatuto de la Corona, algo que tienen que desarrollar y aprobar las Cortes españolas. Por supuesto no hay hoja de ruta ni tampoco prisa. Si hubiera algún papel institucional para la princesa de Asturias, lo asumirían de momento los reyes, como así ocurre con las Fundaciones que llevan su nombre hasta que hace un año comienza a asumirlo ella. Se la quiere educar con la mayor «normalidad» posible y acorde a su tiempo.

Sus padres, y en eso parece que el peso de las decisiones las lleva Letizia, tratan de preservar lo máximo posible su privacidad, aunque a veces escuchen críticas por tanto celo protector. Inglés, francés, deportes, hábitos saludables y que se críe y eduque todo lo «normal» que pueda ser. ¿Campamentos? ¿Cursos escolares en el extranjero? ¿Cursos de vela en Mallorca? Sí, todo eso lo hacen, aunque el curso de vela, tanto Sofía como Leonor, lo han experimentado en Estados Unidos:

—Sí, hemos aprendido a navegar, pero no en España, sino en el campamento de Estados Unidos —explica Leonor en el corrillo que hacemos los periodistas en Palma.

De momento les encantan los animales, ambas visitan granjas escuela, además de estar en contacto con la naturaleza en su casa, donde viven rodeadas de más de cuatro mil gamos y quinientos jabalíes. En Marivent ha habido gallinas y en la Zarzuela huerta, aunque eso no significa que hagan prácticas de granjeras en casa.

Han viajado con sus padres por España y el extranjero. Han disfrutado algunos veranos viendo a sus primos Borbón, aprendiendo a navegar en la escuela de Palma. Su madre les inculca el gusto por la lectura y son aficionadas a crear sus propios «regalos», unos collages con fotos e historias inventadas. Disfrutan en el cine, en las comidas familiares con barbacoa, en el circo o tomando un helado italiano en una terraza de Aravaca, que es casero y sano porque Letizia admite pocos caprichos. Suelen jugar con los hijos de los amigos de sus padres y parece que también hacen senderismo con ellos. A Sofía le gustan los cómics y a Leonor el ballet.

Ahora en el internado de Gales el mundo de actividades de la princesa de Asturias se ha ampliado enormemente, desde escalada, surfing, yoga, música, danza, piragüismo, tiro con arco, etc.

Ya se sabe que, por mucho que unos padres involucren a sus hijos en el mundo de los buenos escritores, como Larra, con sus «joyas literarias», como define Letizia el libro El doncel de don Enrique el Doliente, que le regala a su marido en su petición de mano, al final los hijos eligen lo que quieren leer y escuchar, y Leonor no vive al margen de la actualidad.

Como toda joven, tiene a su primer ídolo carpetero en el triunfito Alfred García, cuyo disco 1016 escucha con sus cascos en bucle. Al cantante de Operación Triunfo le encantará conocer a sus regias fanes:

—Yo sabía que nos seguían y la verdad es que es un orgullo. Son unas niñas la mar de monas.

El fenómeno OT llega a la Zarzuela por mucho que Letizia ponga normas restrictivas para ver la televisión, que es algo que no ocurre durante el reinado de don Juan Carlos: la infanta Elena descubrió la teletienda y no paraba de comprar cosas que pedía que le enviasen al domicilio de una amiga. También padre e hija, Juan Carlos y Elena, vieron la final de la serie televisiva de aquella época, V, a la que estaban enganchados, en el yate Azor después de haber participado en la botadura de una corveta en Galicia. A Sofía, además, le encantan los mangas japoneses.

Teniendo una madre como Letizia, criada en el mundo real y habiendo ejercido como periodista, el empeño por la privacidad de las crías es prioritario. Además de la disciplina y la austeridad. No quiere que sus hijas, aunque sean princesa e infanta, sean otra cosa que felices haciendo las cosas que los niños de su posición hacen, sin olvidar que tendrán una responsabilidad social extra. Leonor más que Sofía, pero la pequeña es fundamental para dar apoyo a la mayor. Para incrementar la «normalidad» cuenta con la ventaja de tener una familia materna que no pertenece a la realeza y que también puede poner el punto de autenticidad que las coronas pueden nublar. Tener una prima hermana viviendo en un barrio popular de Madrid, un pariente chófer o unos tíos en paro son la mejor contribución para palpar la realidad.

Sofía tiene más opciones, pero el plan de vida de Leonor, según la casa real, no está de momento programado, y como me dice el rey cuando soy invitada a entrar en Marivent «hablar del futuro es complicado». Si contará con un grupo de tutores que organizarán su formación, como le ocurrió a su padre, aún es pronto para saberlo, pero, desde luego, ellos marcan y marcarán su trayectoria.

EL PADRE EN EL QUE SE FIJAN LA PRINCESA Y LA INFANTA

Felipe con trece años recibe la máxima condecoración española, la orden del Toisón de Oro, a su hija Leonor se la impone con doce. A los trece lee su primer discurso público en la entrega de premios anuales de la Fundación Príncipe de Asturias, ahora Princesa de Asturias, y a los dieciocho jura en las Cortes Generales fidelidad al rey y a la Constitución, asumiendo plenamente su papel institucional como sucesor de la Corona.

El primer acto oficial de don Felipe sucede cuando el ahora emérito es nombrado rey en las Cortes, en noviembre de 1975. Felipe tiene casi ocho años, le faltan dos meses para cumplirlos, y viste traje de chaqueta oscuro. Al cumplir Leonor los ocho sus padres piensan que es el momento de que las niñas hagan su primera aparición oficial en un acto institucional, más allá de los dos o tres posados oficiales que hacen al año. El lugar escogido es la Academia de San Javier por el veinticinco aniversario de la promoción de Felipe. Leonor y Sofía no son las únicas niñas que acuden al desfile y jura de bandera, muchos de los compañeros militares de su padre también llevan a sus hijos y con ellos juegan durante el cóctel. Ahí se puede ver a Leonor inclinar la cabeza por primera vez al paso de la bandera, algo que seguro que ha estado practicando en casa con sus padres. De estas apariciones públicas en actos militares también se puede deducir que a ella, algún día como capitán general de los tres Ejércitos, le será muy útil recibir formación militar. Cuando su padre estudiaba en las academias militares, las mujeres no tenían casi presencia; cuando le toque a Leonor, ese no será un problema.

De Leonor dicen que es observadora, responsable y desde luego parece una joven educada, tranquila y risueña, que es también como definían a su padre a su edad. Las hermanas, de momento, llevan el mismo camino, hasta que las obligaciones como primogénita, y tal vez un día reina, de Leonor las separen. Por cierto, como curiosidad, para que una calle, plaza o museo se llame princesa de Asturias no tiene que contar con el visto bueno de la casa real, es competencia de los Ayuntamientos o comunidades, aunque por deferencia se les comunique la intención de hacerlo.

ESCOLARIZACIÓN Y PLANES FAMILIARES

Ambas niñas siguen el mismo proceso de escolarización. A los dos años comienzan su socialización en la escuela infantil de la Guardia Real, en El Pardo, a un par de minutos del palacio de la Zarzuela y en un entorno sanísimo como es el monte en el que viven. De ahí, tanto Leonor como Sofía son matriculadas en el colegio laico y mixto Santa María de los Rosales, también a pocos minutos de su casa. Un colegio que al inicio del curso escolar invita a los padres a conocer las instalaciones, desde las aulas hasta las cocinas. Aquí surgió la noticia de que la princesa, en su afán por conocerlo todo, se había metido hasta en las cocinas y allí les regaló unos consejos saludables que los responsables acataron y pusieron en marcha en los menús. Desde entonces, las furgonetas que entran al colegio con productos contienen legumbres, verduras y frutas lo más kilómetro cero posible. Lo expuso en esas jornadas de puertas abiertas, como todos los padres que quisieron.

Curiosamente el Rosales, meses antes de que ingrese Leonor, se prepara para recibirla. El rasgo más evidente es el cambio de muro: pasa de la tela metálica oxidada con hiedra —que aún permanece en la parte de adultos— a uno de ladrillo de varios metros de alto con cámaras de vigilancia. Su construcción la seguí diariamente porque es la calle que transito todos los días.

En esos primeros tiempos, las niñas cuentan con una numerosa seguridad exterior e interior, e incluso, por el subsuelo; es frecuente la inspección de toda la red de alcantarillado que bordea el colegio. Con el paso de los años escolares ese despliegue de seguridad se hace más invisible.

Lo que también es frecuente es que se acerquen a disfrutar de un helado al mismo local que frecuenta su padre cuando es estudiante y participa en clases extraescolares de teatro, hasta que el equipo de seguridad le pide al profesor de dicha actividad que se tomen el refresco en el colegio porque esas salidas salen muy caras por todo lo que desplaza el pequeño príncipe en «escapadas». Sin embargo, Letizia llega con sus hijas a la heladería, piden sus helados de yogur

con dulce de leche —otras veces de mandarina o de fresa—, los pagan y se van con la misma normalidad, y enorme séquito, con el que llegan.

Ya fuera del ámbito escolar, hay veces que la familia hace planes los cuatro juntos, más su equipo de seguridad, y recorren lugares emblemáticos de España, como el parque natural de Gata, la Alhambra o Almagro, con su corral de comedias. También les gusta el senderismo y salen muchos fines de semana por los alrededores de Madrid para hacer rutas por la sierra durante un par de horas.

Cuando Leonor y Sofía son pequeñas, hacen planes de chicas con las primas: van al cine —a ver películas en versión original— o viajan con Carla y Amanda, hijas de Érika y Telma Ortiz, y la abuela Paloma a Portugal y, cómo no, a Asturias. Ahora van incorporando a sus amigas a los planes. Van volando del nido.

Que sean educadas, que sepan comportarse, que lean y que hablen idiomas son preocupaciones básicas de Felipe y Letizia con sus hijas. De pequeñas tienen una nanny inglesa y su abuela Sofía les habla en inglés. El siguiente idioma que se plantean en su plan de estudios es el francés, y en el caso de Leonor, reforzar conocimientos en las otras lenguas oficiales de España. Tampoco cuentan con profesores de refuerzo, como tuvieron su propio padre y sus tías, Elena y Cristina, porque de momento no los necesitan. Carecen de un grupo de tutores que hayan establecido un plan de estudios para la heredera, pero sí unos padres rigurosos que quieren un plan de vida para sus hijas lo más «normal» posible dentro de las limitaciones que tienen, ya que están obligadas a llevar seguridad siempre.

Disfrutan de muchos privilegios, pero también de obligaciones e impedimentos, aunque sus padres están empeñados en que sean los menos posibles. Cosas tan banales como disfrutar de las divertidas fiestas en las piscinas de bolas o quedarse el fin de semana en casa de una amiguita no han sido planes infantiles posibles para ellas.

LA EDUCACIÓN DE LEONOR Y SOFÍA

Hasta un punto, Leonor y Sofía, que se llevan año y medio, seguirán la misma hoja de ruta educativa, hasta que se decida que Leonor tome contacto con las Fuerzas Armadas, algo previsible, entonces ese camino se bifurcará. Sofía no necesita conocer a fondo el mundo militar, Leonor sí.

Un colegio mixto, privado, donde se puede conseguir que las familias que forman parte de la comunidad educativa de las infantas sean más o menos afines, que no sea religioso —aunque los preparen en la doctrina cristiana si es elección de los alumnos—, que esté cerca del palacio de la Zarzuela y que siga la estela de lo vivido por el padre es bueno para la infancia y la adolescencia de ambas. Letizia y Felipe saben que es necesario ser feliz en las primeras etapas de la vida, y eso se consigue con gente que te lo facilite. Hasta ahí, el colegio de los Rosales reúne todas las características.

Letizia tiene más conocimiento, no porque le hicieran la pelota, que no fue el caso, en el colegio no era infanta o princesa como ahora lo son sus hijas, pero sí porque a ella y a sus hermanas desde pequeñas sus padres les inculcaron abrir la mente y eso solo podía ocurrir saliendo fuera del país. Es Érika la que me cuenta, y la cito textualmente:

—Mis padres siempre nos han empujado a vivir otras culturas. Tenía otras opciones con la beca, y yo sabía que Berlín era la más difícil, pero me atraía mucho el aire nuevo de cambio que se vivía y también me atraía mucho vivir en una ciudad europea.

Letizia ha estado en México y en Nueva York becada y trabajando como periodista y Telma, ante la falta de otras oportunidades profesionales antes de que su hermana fuera princesa, se ha dedicado a la cooperación en el extranjero durante muchos años.

Que Leonor se vaya a estudiar el bachillerato fuera de España es acogido con división de opiniones. Para el sistema educativo de un

país, que la heredera del jefe del Estado termine su etapa de formación básica en el extranjero no lo deja en buen lugar; se intuye que si fuera excelente lo completaría aquí. Los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos, y en eso los reyes no son diferentes al resto, pero si se elige un centro en Gales, tal vez se está enviando un mensaje contradictorio, como si el sistema educativo español no estuviera a la altura de la heredera. Pero para Letizia y Felipe pesa más la libertad que va a tener la primogénita en una etapa tan compleja, como es la adolescencia, que es, además, cuando surgen los primeros amores.

En el internado de la organización de Colegios del Mundo Unido al que acude Leonor estudian jóvenes de múltiples países, etnias y condición, aunque prime la de un nivel social alto. De ahí que haya recibido el mote de colegio hippy chic, por ser un internado al estilo del castillo de Hogwarts, de Harry Potter. Aun así, los desacuerdos no superan las ventajas porque esos dos años de bachiller serán la etapa más libre de la que disfrutará la joven. Su hermana previsiblemente seguirá esa estela en el colegio en el extranjero, pero no vivirá la presión de ser la heredera y, aunque siempre hay que tener un plan B en la manga, dado que solo tienen dos hijas y no siguen el patrón previsto por el príncipe de Asturias —más de dos y menos de cinco—, no hay que descuidar la educación de la segunda por si acaso.

Enviar a Leonor a formarse en un lugar como el internado galés cuenta más con la ventaja de su enriquecimiento personal que el curricular. Ser tratada casi como una igual, aunque ella no lo vaya a ser nunca, es algo positivo, y más si Felipe comparte con Leonor las recomendaciones que él recibía de su padre:

—Eres el heredero de la Corona; estás llamado a los más altos destinos; tienes la admiración y la consideración de innumerables personas. Los que te rodean te respetan, te obedecen y están dispuestos a complacer tus deseos. Y aunque todos estos privilegios tienen también la contrapartida de que te es difícil pasar desapercibido, de que en ti se fija la atención general y de que hayas de ser objeto de una vigilancia puntual del servicio de seguridad, no puedes dejar de darte cuenta de que la vida te ofrece más ventajas que inconvenientes y más satisfacciones que

sinsabores.

Hay una persona en la casa real española crucial para el devenir y asentamiento de esa institución instaurada en España después de una larga dictadura militar. A Sabino Fernández Campo, abogado y militar a la par que jefe de la casa real, le toca organizar la hoja de ruta del heredero. Dado que el joven está un poco disperso, sus amistades tampoco contribuyen a centrarle, y más, dadas las opciones de diversión que se abren ante él y que son inmensas como para no disfrutarlas —que de eso saben ahora y mucho sus sobrinos Felipe Froilán y Victoria Federica Marichalar—, pues Felipe las aprovecha y eso le resta atención a su formación.

Sabino, con buen criterio, me contaba que tuvieron que decidir qué hacer. Lo mejor que se les ocurre es enviar al joven príncipe a estudiar el COU, el Curso de Orientación Universitaria, el previo a entrar en la universidad, a un estricto internado canadiense. Allí se forjaría su carácter, se distraería menos e incluso haría nuevos amigos menos influenciados por tratar con un hijo de rey. De hecho, a Felipe le cuesta sacar el curso, pero se esfuerza y se trae dos enseñanzas: la del esfuerzo y la disciplina, y, además, un par de nuevos amigos con los que sigue en contacto, e incluso uno de ellos es testigo en su boda en la catedral de la Almudena. Letizia no necesita ir a ningún sitio para aprender a ser tratada como a una más, pero sí que lo necesita para ampliar su mente y su sed incansable por cultivarse. Esas vivencias de Felipe y Letizia, más sus futuros como jefa de Estado e infanta, son las que condicionan ahora las pautas que siguen con sus dos hijas.

Don Felipe entra en contacto con el mundo militar muy pronto, a los dieciocho años, y lo hace por lo dicho antes, «se está dispersando y hay que centrarlo». Se organiza una especie de grupo tutorial en el que está el abogado Aurelio Menéndez —creador del despacho Uría Menéndez, bufete en el que trabaja Jaime Alfonsín, actual jefe de la casa del rey—. Se decide que inicie su formación militar pasando por los tres Ejércitos y termine su instrucción navegando seis meses como el guardiamarina Borbón en el Juan Sebastián Elcano, igual que hizo a su vez el rey Juan Carlos. Esas vivencias son más suaves que las experimentadas por su padre, que fue el cadete Borbón y soportó bromas pesadas y, sin embargo, sacó

lo mejor de ese ambiente y disciplina.

Felipe también guarda un magnífico recuerdo e incluso amistades de esa etapa de formación. Veremos cómo eso condiciona el devenir de su hija. Puede que siga su ejemplo, como hasta ahora han ido haciendo los últimos Borbones, o que se incline por entrar en la universidad antes. Es posible que Felipe mantenga una larga charla con Leonor para hacerle entender la necesidad de su formación militar. Esa charla que Juan Carlos tuvo con su hijo:

—Felipe, has de tener muy presente, ante todo, que el artículo 62 de la Constitución española establece que corresponde al rey el mando supremo de las Fuerzas Armadas. Comprenderás la transcendencia que encierra este precepto para quien, como tú, está llamado a ocupar en España la Jefatura del Estado. En consecuencia, quien va a tener bajo su mando a las Fuerzas Armadas es imprescindible que se familiarice con ellas; que se impregne de su especial idiosincrasia; que aprenda a obedecer, como condición fundamental para saber mandar.

En esas charlas de padre a hijo no se limita a darle las explicaciones oficiales, sino a compartir su experiencia:

—La relación que se adquiere en las academias militares perdura a través de los años y supone el vínculo más fuerte que puede imaginarse entre quienes comparten la profesión de las armas. La lealtad a tus compañeros, a tus jefes y a tus inferiores; la sinceridad y la verdad; el convencimiento de la alta misión que corresponde a las Fuerzas Armadas como defensoras de la unidad de España y del orden constitucional.

Felipe tiene dieciséis años cuando su padre le hace estas confidencias. A esa edad, Letizia está acostumbrándose al cambio de su vida en Madrid y esos consejos que recibe el príncipe de Asturias son lo más alejado a lo que ella vive en su nuevo instituto madrileño, y desde luego Letizia no tiene ese tipo de conversaciones con su padre. Ni nadie en la familia Ortiz tiene la más mínima intención de que pase por ninguna escuela militar. Un tema que sí se está abordando con la princesa Leonor coincidiendo con el reforzamiento de carácter que está adquiriendo en el internado de Gales, y con sus dieciséis años, los mismos que tiene Felipe cuando

le comunican cómo será su vida. Letizia se la va trazando ella misma, no cuenta con la terna de tutores ni con un Estado pendiente de su currículum.

Hace dieciocho años una desconocida familia asturiana de clase media entra a formar parte de la institución más alta de este país, y ahora el 50 % de los genes de la princesa de Asturias son Ortiz Rocasolano. De la familia materna, Leonor hereda el interés por conocer, de ahí las preguntas que siempre les hace a sus padres y que todos podemos ratificar en los escasos actos públicos a los que acude. De los Ortiz Rocasolano puede estar recibiendo las enseñanzas del mundo real, que del regio ya se encargan en palacio. Es una niña sensata, más tranquila que su hermana Sofía y muy observadora, dulce, coqueta y curiosa. Aún no es plenamente consciente de su papel futuro ni de la transcendencia de los actos a los que asiste. Tampoco lo era su padre cuando acudía a esos acontecimientos, desfiles militares o posados familiares. De ahí su cara entre la sorpresa y la gracia cuando la vitorean personas desconocidas detrás de la valla que les separa. Es la estampa de la incredulidad de una adolescente que aún no ha hecho otra cosa que nacer en la familia real. Se encuentra en ese proceso de asimilar y reaccionar con soltura ante las aclamaciones, que a veces se tornan en abucheos. Conforme va aumentando su exposición mediática, se la ve que va cogiendo tablas y ya no busca la mirada de su madre necesitando su aprobación. Ahora se apoya más en su padre, que es el titular y con el que hace confidencias.

Aunque Leonor y Sofía son parecidas físicamente, aunque hayan tardado en reafirmarse estilísticamente y compartan una envidiable relación, ambas saben que hay algo que las diferencia. Sofía no ignora que su lugar está y estará siempre un paso por detrás de su hermana, y no porque esta sea la mayor. En la familia Borbón siempre tienen en cuenta los tratamientos, y para referirse a la prima Elena se habla de la infanta o el rey. En los Ortiz Rocasolano eso no ocurre, y no les agrada ser conocidos como la bisabuela de la princesa o el padre de la reina porque ya de por sí tienen un recorrido profesional propio y reconocible. Al final han terminado resignándose y gustándoles, aunque no lo reconozcan abiertamente. Entre ellos se refieren a las nietas, las bisnietas, por su nombre de pila, sin tratamientos oficiales e incluso con apelativos cariñosos,

como Leti o «los altísimos». Un mayor contacto con esa parte de la familia podría contribuir a la labor que intenta llevar a cabo Letizia en ese empeño por la «normalidad». De los Ortiz y de los Rocasolano podrían estar recibiendo, ambas jóvenes, las enseñanzas del mundo real si los tratasen con más frecuencia, cosa que no ocurre.

LOS ORTIZ, PROTAGONISTAS DE UNA HISTORIA DE LA QUE ELLOS HABLABAN

Con doce años don Felipe presencia el acto solemne de creación de la Fundación Príncipe de Asturias el 24 de septiembre de 1980.

—El entonces príncipe, que ya era muy sereno, no se daba cuenta de la importancia que tenía el acto, como seguramente le ocurre ahora a su hija —me comentó Graciano García, su creador y presidente de honor.

Felipe es un niño y Sabino Fernández Campo está pensando en cómo presentar públicamente al entonces pequeño príncipe. La idea de la Fundación y los premios encaja perfectamente en su objetivo.

—Para que se produzcan los milagros hay que creer en ellos —según su fundador.

Así es como comienza una historia que algunos tachan de locura y por la que Graciano está a punto de arrojar la toalla en más de una ocasión.

—Las cosas importantes de la vida se hacen por amor y yo se lo tengo a Asturias y a la cultura, pero no fue fácil. Gracias a Dios que Sabino lo vio según se lo iba contando —me aseguró.

Y esa Fundación también une, sin ellos saberlo en esos instantes, a ambas familias. El momento de introducir a Leonor es meditado y se hace de rogar. Ahí los padres tienen mucho peso, y eso que Leonor y Sofía demuestran públicamente su buena educación y que pueden seguir un acto oficial. Sin embargo, tardan quince años en hacer protagonista a Leonor de los premios que llevan su nombre. Posiblemente cuenta con la misma preparación que tuvo su padre y que su presidente de honor compartió conmigo:

—Con Leonor han hecho lo mismo que con el príncipe Felipe. Un año nos avisaron de que venía y daría su discurso. En la casa real siempre nos dicen: «Todo tiene su tiempo y su ocasión». Felipe, con trece años, también era muy responsable, y cuando llegaba del

colegio le iban preparando para ese primer discurso público que pronunció en la entrega de sus premios en 1981. Él lo memorizaba y lo escribía varias veces, incluso con faltas de ortografía, una be por una uve que él mismo corregía.

Leonor, a diferencia de su padre, cuenta con una excelente maestra, su madre, que no solo ayuda a mejorar los discursos del rey, también consigue que su hija tenga una magnífica dicción.

Curiosamente la familia Ortiz, hasta que se cruza un príncipe en el camino, vive esos premios en Oviedo:

—Trabajando como locos y viviéndolos con intensidad en una época en la que no existía Google y había que preparar las entrevistas a base de hemeroteca. Tampoco existían los móviles, tenías que buscar una cabina de teléfono que funcionase donde fuera —así me lo contaba el padre de la reina, encargado de cubrir los Premios Príncipe de Asturias, igual que Letizia y la abuela Menchu durante muchos años.

Ahora una Ortiz, heredera de aquellos que se dejaron la piel para cubrir los premios, es protagonista y parte de esa historia.

CAPÍTULO 15

LEONOR SERÁ LA REINA QUE LA INFANTA ELENA NO PUDO SER

–Es que ni lo pensé, pa qué. Las cosas son como son y no vale la pena discutir, ni tampoco se me ocurrió. La corona era para mi hermano, pues muy bien, le tocó a él la china, porque es difícil y lo ha hecho muy bien y ha estado toda su vida dedicado a esa tarea. Eso sí, mi padre nos educó a todos igual en una cosa, él nos decía: «Si no sirves a tu país, no sé de qué sirves». Eso sí que está metido en nosotros desde pequeñitos, el servicio a España.

Esta confesión que me hizo la infanta Pilar cuando le pregunté si no le había molestado que siendo la mayor de los hermanos fuera el pequeño el designado para ser rey es esclarecedora del sentir de quien nace en una familia real. Solo ellos entienden sus regios y vetustos engranajes. Pero esa discriminación por ser mujer sigue en la siguiente generación con la infanta Elena.

—Elena ha pensado lo mismo que yo, que esto es así. Hasta que crecieron las infantas hacíamos un montón de cosas; ellas se hicieron mayores y nos fuimos apartando. Es que no hace falta decirlo, es automático, es tan normal que nadie en mi familia se hace la pregunta, las hacen ustedes. Para nosotros es ley de vida y punto, no se discute.

Este dogma de fe genético que heredan los Borbones, y que solo alguien con sangre azul comprende —y posiblemente a Letizia le haya costado asimilar—, me lo reafirma un príncipe consorte de otra monarquía. Lamentablemente me pide que no haga público su nombre, pero sí el concepto tan difícil de entender en sociedades democráticas, donde los privilegios y las instituciones públicas —

me refiero a la Jefatura del Estado— no deberían heredarse y es difícil encontrar argumentos para defender esa anomalía no igualitaria:

—Yo no soy príncipe porque me haya casado con una princesa, a mí no me nace por ciencia infusa serlo porque esté casado con ella. Mi mujer lo ha heredado, yo no. Es como si beso a una negra no me vuelvo negro o si me hubiera casado con una embajadora, yo no lo sería. La embajadora sería ella y yo el marido de la embajadora. Lo de la monarquía también lo veo así. Soy el marido de una princesa, nada de príncipe consorte o similar.

A las diez y media del lunes 2 de junio de 2014, cuando salta la noticia de la abdicación del rey Juan Carlos, después de treinta y nueve años de reinado, Leonor y su hermana Sofía están en clase en su colegio madrileño. Sus abuelos y sus padres, en sus respectivos despachos de la Zarzuela, desde allí siguen la noticia. Todos en el mismo recinto, pero cada uno en su sitio. Por cierto que, como ya he dicho, ese palacio sigue siendo la sede de la Jefatura del Estado y también la residencia oficial de los reyes Juan Carlos y Sofía, aunque hayan dejado de ser los titulares de la Corona de España. Igual que hay dos papas en el Vaticano, uno en activo y otro emérito, en España ocurre igual y así se ahorran el trago de pasar al escalón inferior.

La casa real española hace lo que tiene que hacer: comunicarle al presidente del Gobierno que el rey abdica. El momento escogido es decisión del rey Juan Carlos, previamente consensuado cuatro días antes con Mariano Rajoy y con el líder de la oposición, y una vez que pasan las elecciones europeas para no alterar ese proceso electivo.

Leonor, que está tan ricamente en clase de Matemáticas, pasa a ser la segunda en la línea de sucesión y, sin ella saberlo, a formar parte de las clases de Historia que se impartirá en todos los colegios. Y desde ese momento, si a su padre le pasara algo, que Dios no lo quiera, Letizia Ortiz sería la reina regente hasta la mayoría de edad de Leonor.

La heredera se enfrenta al reto de recibir una educación que poco a poco irá incluyendo las materias propias de su situación especial.

De momento, con la abdicación de su abuelo, se convierte en la princesa más joven de las monarquías del continente, mientras que su padre pasa a ser el rey más joven de Europa. Ese papel que Elena no pudo desempeñar por ser mujer y porque tiene prevalencia el varón sobre la mujer en el orden sucesorio, su sobrina lo asume con nueve años, no porque hayan cambiado la Constitución —la discriminación sigue—, sino porque Leonor no tiene hermanos varones.

Tras la noticia de la abdicación, que supone un auténtico shock en España y en gran parte del mundo, se quiere dar imagen de normalidad, como es costumbre en la casa real, de tal forma que todos siguen con sus agendas previstas.

EL PRECEDENTE, SU PADRE

En la casa real hacen mucho hincapié en el párrafo del discurso de abdicación del rey, cuando dice que hay que dar paso a una nueva generación. Ahí queda claro que son otros tiempos y que Felipe y Letizia llevarán su propio camino. El precedente en cuanto a la educación de la futura princesa de Asturias es el que ocurre con Felipe, que siguió un plan de estudios y vital trazado por una terna de abogados y militares. Ese grupo de tutores organiza su educación y su paso por las academias militares. Parece que la intención de los actuales príncipes es educar a Leonor y Sofía en las mismas condiciones, al contrario de lo que sucedió en el caso de las infantas Elena y Cristina, que se las dejó hacer y estudiar libremente, siendo Felipe, como heredero, el único tutelado. Se concentró toda la atención solo en el varón.

Los reyes no quieren que sus hijas se sientan especiales, pero Leonor, desde junio de 2014, es más especial que ayer y menos de lo que será mañana. Su padre, una vez que acaba sus estudios secundarios, recibe una completa educación militar. Y una vez que termina su formación militar, comienza la educación civil en Derecho, Economía y Relaciones Internacionales. Este es el precedente que tiene Leonor. Si lo sigue o se lo cambian, solo lo sabremos con el tiempo.

Sobre Sofía el futuro es más incierto, puede convertirse en una influencer, como su prima Victoria Federica; en una deportista profesional, como su primo Pablo Urdangarin; en actriz y modelo, como Carla Vigo, o marcarse su propio currículum, pero siempre a la vera de Leonor por lo que pueda necesitar. Nadie mejor que una hermana para ayudarle con el peso de la Corona.

SUS ÚLTIMOS CUMPLEAÑOS CONFINADA

La princesa Leonor cumple sus últimos cumpleaños, los quince y los dieciséis —que en algunos países suponen el paso a la edad adulta — de forma extraña por culpa de una pandemia por el COVID-19 que dura demasiado. Hay tarta de chocolate y velas en familia. Sus abuelas Sofía y Paloma, el abuelo Jesús, la tía Telma y la prima Amanda, que viven a pocos minutos de la Residencia, pueden acercarse a festejarlo. Desde Alemania y por Skype recibe las felicitaciones de su prima Carla, hija de Érika, el abuelo Juan Carlos hace lo propio desde Abu Dabi, donde reside, y la bisabuela Menchu, que se maneja divinamente con la tecnología, gracias a un repetidor que le instaló su hijo Jesús, la felicita cuando cumple quince años de forma virtual desde la España vaciada en la que vive.

Cuando Felipe de Borbón cumple quince años en 1983, es estudiante de BUP en el colegio los Rosales y vive en el palacio de la Zarzuela. Se nacionaliza Rumasa, nacen los cedés, desaparece el partido político de Adolfo Suárez, UCD, y se descubre el virus causante del sida.

Cuando Letizia Ortiz cumple quince años en 1987, estudia bachillerato en el instituto público Ramiro de Maeztu de Madrid y vive en Rivas Vaciamadrid. Se acusa a Lola Flores de delito fiscal, nacen Los Simpson, ETA pone una bomba en el Hipercor de Barcelona y aparece el Cojo Manteca en las manifestaciones estudiantiles.

Leonor los celebra en estado de alarma y confinada, pero marcando la entrada en una nueva etapa, porque tarda en adoptar una estética más acorde con la de los jóvenes de su edad. Su cuerpo deja la infancia y muta a la adolescencia, y su fondo de armario también. Las hermanas ya no siguen el mismo código de ropa. A Leonor le gustan los brillos. Esos zapatos con brillibrilli para acudir por la mañana a un acto en la plaza de la Armería del Palacio Real de Madrid o el cuerpo bordado de minilentejuelas en la entrega de los Premios Princesa de Asturias hablan de sus gustos. Una

personalidad que forjan sus complejas circunstancias: entre llevar una vida lo más normal posible y el de representar a un país.

Después de unos años de incertidumbre, su padre, Felipe, sabe a ciencia cierta que su futuro ya no tiene marcha atrás. El 22 de noviembre de 1975 asiste en las Cortes a la proclamación de don Juan Carlos como rey de España. Tres días más tarde, el 25, se crea la casa de su majestad el rey, ya que hasta entonces vivían en un limbo tutelados por Franco que había designado a su padre su sucesor a título de rey. A partir de ahí comienza la carrera hacia su preparación. Igual que su heredera hoy. Tampoco tiene problemas con la comida, como su abuela Sofía, que no prueba la carne o su primo Froilán, que es alérgico a los frutos secos. Ha sido educada en un estricto régimen de comidas y, aunque se pudo ver su poco interés por la sopa de acelgas; las verduras, las legumbres, los huevos y las frutas ecológicas son la base de su alimentación. A su madre Letizia no le hace gracia el cordero, pero a Leonor no se le conocen intolerancias y por la alegría que le dio, un verano en el club de vela de Mallorca, que le ofrecieran una fuente de chucherías y otra de patatas fritas, la comida basura es inédita para ella, pero muy bien recibida.

En sus últimos cumpleaños estrena etapa vital y armario. La hemos visto «asaltar» el guardarropa de su madre y ponerse sus Varelas y sus Zaras. Leonor calza por primera vez zapatos con taconcito, aunque aún no sabe andar bien con ellos, pero la veremos manejarse con soltura. Se aprende con la práctica y ya no busca la aprobación de su madre. Ella tendrá que ir sola, pero sin perder de vista a su hermana, a la que cita en sus discursos, quizás para que no sienta un desplazamiento que se hará efectivo cuando Leonor forme su propia familia. De momento, la heredera sigue el ejemplo de su familia paterna, donde los hermanos han sido los puntales en los que se han apoyado. Don Juan Carlos en doña Pilar. La infanta Cristina en Elena y doña Sofía en Irene. Solo entre ellos sus confidencias están a salvo. Leonor lo ha aprendido pronto.

Recuerdo una anécdota un verano en Mallorca. A la salida de un museo, al preguntarles a Leonor y Sofía sobre lo que les había parecido la exposición, no había forma de que contestasen por más que insistía. Las niñas, sin abrir la boca, solo miraban a la madre y

enseguida Letizia dio la clave del mutismo:

—Si crees que te van a contestar, puedes esperar tranquila. Las tengo muy bien aleccionadas.

Ese cordón sanitario, unido a su timidez, resta una empatía necesaria. A los quince años de Leonor su padre viaja a Colombia en representación de la Jefatura del Estado, acompañado del presidente Felipe González. Eso sí que otorga carácter a un crío por muy príncipe que se sea.

CÓMO AFRONTAR LOS PRIMEROS NOVIOS

Y esos últimos cumpleaños, los que la introducen en la adolescencia —su madre considera que está un poco «pava»— también son la antesala a los primeros novios.

Cuando una revista argentina publica que Leonor tiene chico, a Letizia al principio el disparate le puede hacer hasta gracia, pero luego le entra la preocupación; ella entiende que es el principio imparable de lo que se avecina. Hasta ahora ha controlado más o menos la situación, pero sabe que la exposición de sus hijas será mayor y también sus cotas de libertad y las emociones que ambas tendrán que saber gestionar.

En la publicación se apunta que la princesa Leonor puede tener un novio. Como detalles de peso aporta que el supuesto pretendiente pertenece a una acaudalada familia y que se han conocido en el colegio en el que ambos estudian. No hay que ser avispado como Sherlock Holmes para dar esos datos, que en otras circunstancias y en otra edad serían irrefutables; rico y del colegio. Blanco y en botella.

Leonor vive una vida social casi limitada al centro donde estudia, y sus amistades se nutren, principalmente, de ahí, y además, el colegio es privado y caro. Enamorarse del guardaespaldas o de un trapecista solo pasa en Mónaco y a la princesa Estefanía. El resto, como sus primos más cercanos, los Marichalar Borbón, establece relaciones en su red de amistades, que suelen ser con jóvenes en parecidas circunstancias.

Si la primera novia de Froilán es una compañera de internado y de paso heredera de una fortuna familiar como empresarios del fiambre, la primera ilusión de Victoria Federica es un joven torero, pero su primer novio, con el que vive y pasa el confinamiento en una finca andaluza, es un chico espabilado, con éxito social, que trabaja de DJ y estudia.

Curiosamente, Victoria Federica, hasta los dieciocho años, parece,

igual que le sucede a su prima hermana Leonor, una joven tímida, pero que ya se ha visto que ha salido del cascarón con ganas, convirtiéndose en una cotizada influencer, que es lo que les toca a los jóvenes Borbones.

Las dos primas han sido niñas con aspecto más aniñado que otras jóvenes de su edad. Por ejemplo, su también prima hermana Irene Urdangarin, que solo se lleva cuatro meses con Leonor, parecen la noche y el día. La hija de la infanta Cristina luce atuendos acordes con las chicas de su edad. Claro que la presión y custodia sobre Irene no es la misma que la de Leonor. Ambas viven superprotegidas por sus circunstancias respectivas, pero Irene, al residir fuera de la influencia palaciega desde los cuatro años que sale de Barcelona para instalarse primero en Washington y luego en Suiza, la han llevado a madurar de otra forma. Tal vez ser la única chica en una casa con tres hermanos mayores, llevar una vida integrada en una sociedad en la que no corres el riesgo de que te hagan la pelota y sufrir las consecuencias de un proceso judicial al padre y posterior cárcel, también hace que espabiles más rápido.

Quizás la revista argentina se precipita y las típicas bobadas escolares adolescentes de a fulanito le gusta menganita las ha convertido en noviazgo, motivado porque en Sudamérica los quince años son como una mayoría de edad. A Leonor de Borbón le saldrán pretendientes de debajo de las piedras, será una joven con mucho éxito social, nadie lo duda; quien se case con ella se convertirá en príncipe y eso tiene mucho predicamento. Le quedan menos de dos años para alcanzar los dieciocho y jurar lealtad a su padre. Ese será el momento, si continúa como hasta ahora a curso por año, en el que acabe su formación académica obligatoria.Y por mucho que su entorno quiera controlar las emociones, las de Leonor son libres. Le pasa a don Felipe con su primera novia, Isabel Sartorius, y le pasa a la infanta Elena con su enamorado malagueño. Ambos sufren por sus primeros amores.

La hoja de ruta de Leonor está más o menos marcada en lo profesional y académico, pero en lo personal es un libro en blanco por escribir. Sus apariciones mediáticas son breves y puntuales, tienen un despegue en el inicio de 2018, cuando su padre celebra sus cincuenta años imponiéndole el Toisón de Oro a su heredera al

trono. Leonor tiene doce. Meses más tarde lee un artículo de la Constitución y al año siguiente ejerce de anfitriona en los Premios Princesa de Asturias, amén de los posados y breves respuestas veraniegas en Palma. El tema novios es recurrente, pero aún precipitado. En el Rosales pudo sucederle lo del tonteo adolescente, en el internado de Gales la ilusión puede ser mayor y sería un buen punto para ella, que la chispa saltase allí. En principio, es un lugar más ajeno a los peloteos que en España y con más estudiantes diversos e incluso desconocedores del oropel regio. Esa será la gran incógnita de Leonor, como lo ha sido para Felipe. Espejito, espejito mágico, ¿a quién quieren, a Leonor o a la princesa? ¿Me quieren a mí o a lo que represento?

Para ambos, el plus de enamorarse de ellos es que entras de facto en un mundo nuevo; la monarquía que corona la pirámide del poder: la Jefatura del Estado, y para algunos pretendientes resulta muy tentador. Y más cuando cada vez quedan menos monarquías en el mundo. De los cuarenta y ocho países que forman Europa, tan solo en siete se mantienen; Bélgica, España, Dinamarca, Suecia, Países Bajos, Noruega y Reino Unido.

Quién sabe lo que puede ocurrir con Leonor el día de mañana. Solo el futuro lo dirá.